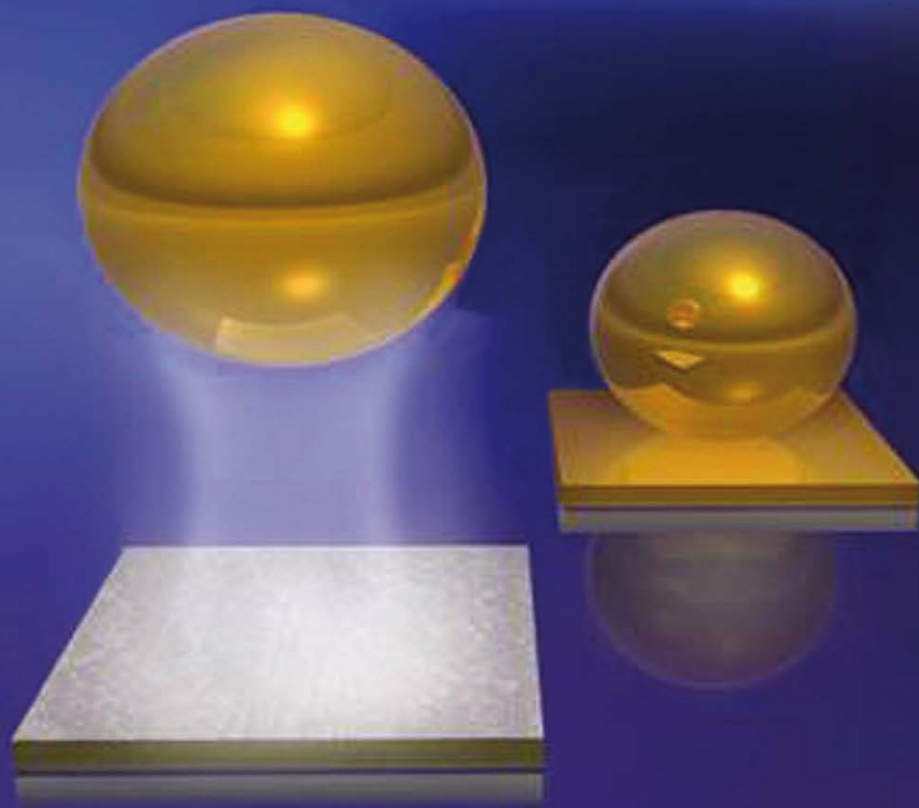


La levitación



Albert de Rochas

ALBERT DE ROCHAS

La levitación

Traducción al castellano:
ALFREDO ALONSO YUSTE

ÍNDICE

Prefacio de la edición española.....	4
Prefacio de la edición brasileña	5
Prefacio del autor	13
Capítulo I	
Casos ocurridos en oriente	14
Capítulo II	
Casos de la historia profana de occidente	21
Capítulo III	
Casos extraídos de los hagiógrafos	27
Capítulo IV	
Casos contemporáneos de occidente.....	35
Capítulo V	
Teorías propuestas y fenómenos análogos.....	59
Los límites de la física	66
La física de la magia	75
Gravitación y levitación.....	82
La levitación	91
Los efluvios ódicos	105

PREFACIO DE LA EDICIÓN ESPAÑOLA

Por encargo de la Federación Espírita Española he tenido el placer de traducir del portugués a nuestro idioma esta obra de Albert de Rochas, que fue traducida a su vez de su idioma original, el francés, al portugués.

Contiene multitud de casos interesantes que nos demuestran una vez más la existencia del espíritu y su influencia en lo que podemos llamar “mundo material”.

Los espíritas deberíamos valorar más nuestra reforma íntima que nos permitirá “*levitar*” mejor, por así decirlo, es decir, despegarnos lo más posible de las cosas materiales y elevar el patrón vibratorio de nuestro espíritu, único objetivo de nuestro paso por este breve mundo.

Agradezco a mi esposa Maribel su excelente labor profesional que ha permitido que este trabajo sea una realidad.

Madrid, octubre de 2009
ALFREDO ALONSO YUSTE

PREFACIO DE LA EDICIÓN PORTUGUESA

Entre los hombres eminentes que buscan, a través del método experimental, profundizar en el estudio de las causas de los fenómenos psíquicos, se encuentra el ilustre Rochas d'Aiglun (Eugène-Auguste-Albert, Conde de), perteneciente a una antigua familia que poseyó el feudo de Aiglun, cerca de Digne, desde mediados del siglo XV hasta la época de la Revolución, en 1789.

Después de efectuar brillantes estudios literarios en el Liceo de Grenoble, comenzó a estudiar Derecho para entrar en la magistratura, como su padre y su abuelo. Sin embargo, no siendo el estudio de las leyes suficiente para su actividad intelectual, también estudió otras ciencias. En 1836 obtuvo el premio de honor de Matemáticas especiales y, al año siguiente, fue recibido en la Escuela Politécnica de París.

En 1861 entró en el Ejército en calidad de teniente de Ingenieros, fue promovido a capitán por méritos en 1864, tomó parte en la guerra de 1870-71, y fue nombrado comandante de batallón en 1880. Para poder entregarse con mayor libertad a los trabajos científicos a los que era aficionado, dejó prematuramente en 1889 el servicio militar activo, y entró en la Escuela Politécnica como director civil ¹, pasando a la reserva con el rango de teniente coronel.

Los trabajos militares y científicos del coronel de Rochas son considerables. Conociendo a fondo todo lo que había sido escrito sobre las ciencias psíquicas, experimentador consumado, contribuyó en gran medida para clasificar el magnetismo entre las ciencias puramente físicas. Estudió la polaridad, contribuyó a la clasificación actual de las fases del sonambulismo, observó metódicamente los fenómenos espíritas, descubrió la exteriorización de la sensibilidad que no se sospechaba siquiera y mostró el mecanismo del desdoblamiento físico ².

Miembro de varias sociedades ilustres, oficial de la Legión de Honor, de la Instrucción Pública, de San Salvador (Grecia), y de las Ordenes de San Mauricio y San Lázaro (Italia); comendador de las Ordenes de Santa Ana (Rusia), del Mérito Militar (España), de Medjidié (Turquía), de Nicham (Túnez), del Dragón Verde (Anam), el coronel de Rochas es uno de los sabios a quien el Espiritualismo y el Magnetismo contemporáneos más deben.

El presente volumen, aunque está subordinado al título general de su obra "*La Levitación*", comprende no sólo algunos pequeños trabajos del

¹ Dejó ese cargo en 1902 (nota del traductor portugués).

² Véanse sus principales obras: "*L'Extériorisation de la Sensibilité*" "*L'Extériorisation de la Motricité*", "*Les Effluves Odiques*", "*Les Sentiments, la Musique et le Gest*" (nota del traductor portugués).

mismo autor (*Los límites de la Física, La Física de la Magia*, y parte de su introducción al libro *Los Efluvios Ódicos*) sino también el trabajo del Dr. Carl du Prel sobre gravitación y levitación, habiendo el Sr. de Rochas permitido y recomendado especialmente esa compilación, en una carta que nos dirigió.

La levitación es el levantamiento espontáneo de un cuerpo en el espacio. De todos los fenómenos psíquicos no hay ninguno que parezca estar más en contradicción con las llamadas “leyes de la naturaleza” y es el que se presta menos al fraude.

Desde tiempo inmemorial se han constatado fenómenos de levitación en todos los países. Las historias religiosas de todo el mundo señalan numerosos casos de levitación de sus santos, y hoy, las personas que gozan de esa facultad, se llaman médiums.

En apoyo de lo citado mencionaremos lo que nos dice Apolonio de Tiana: vi a esos brahmanes de la India que viven y no viven sobre la tierra y que tienen una ciudad sin murallas, nada poseen y todo lo poseen. Debemos entender esas palabras: que habitan sobre la tierra y que aquí no habitan, el fenómeno de levitación. La ciencia de los brahmanes le fue impartida después que ellos conocieron el objeto de su visita.

Una vez llegó ante él, el jefe le dijo: los otros hombres necesitan preguntar a los extraños quienes son, de donde vienen y qué desean. Nosotros, por el contrario, como primera prueba de nuestra ciencia, ya sabemos todo eso: júzgalo por ti mismo. El clarividente contó entonces a Apolonio los principales acontecimientos de su vida, le habló de su familia, su padre, madres, de lo que había hecho, etc., etc. Apolonio, lleno de admiración, suplicó entonces a los brahmanes que le iniciasen en esa ciencia tan profunda, tan sobrehumana, lo que le fue concedido. Después de completar sus años de estudio y pruebas, volvió a Europa, conde su clarividencia y las curas que realizaba maravillaron a todo el mundo.

A continuación presentamos un intento de explicación de los fenómenos de levitación, según el Sr. Ernest Bosc, autor de diversas obras de ocultismo. Se sabe que la Tierra es un inmenso imán, muchos sabios lo han expresado, entre otros, Paracelso.

La Tierra está, por tanto, cargada de una electricidad que llamaremos *electricidad positiva*, generada incesantemente en su interior o centro, que es un centro de movimiento. Todo lo que vive sobre la superficie terrestre: animales, plantas, minerales, todos los cuerpos orgánicos, están saturados de *electricidad negativa*, es decir, se cargan espontáneamente, constantemente y de una manera automática, por así decirlo, de electricidad negativa, de calidad contraria a la de la Tierra.

El peso o la fuerza de gravedad no es más que el resultado de la atracción terrestre. Sin ésta, no habría peso, y el peso es proporcional a la atracción, es decir, si esta fuese dos, tres o cuatro veces más fuerte, el

peso de la Tierra sería dos, tres o cuatro veces mayor. Por tanto, si el hombre llegase a vencer esa fuerza de atracción, no existiría ningún obstáculo para que se elevase en el aire como lo hace el pez en el agua.

Por otra parte, sabemos que nuestro organismo físico puede estar vivamente influenciado por la acción de una voluntad enérgica. Esta acción de voluntad puede, transformar el estado de *electricidad negativa* del hombre en *electricidad positiva*. Entonces, siendo la Tierra y el hombre de idéntico tipo de electricidad se repelerían, desapareciendo la ley de gravedad, siendo fácil para el hombre elevarse en el aire mientras dure la fuerza repulsiva³.

El grado de levitación varía pues, de acuerdo con la intensidad, capacidad y carga eléctrica positiva que puede condensar en su cuerpo. Desde que un hombre pueda almacenar a voluntad en su cuerpo cierta cantidad de *electricidad positiva*, le es fácil cambiar de peso, ejecutando ese acto tan fácilmente como el de la respiración.

Aunque esa explicación dada por el Sr. Ernest Bosc pueda también aplicarse a la levitación de objetos y móviles, ya que en este caso es necesario el concurso de un médium o persona que proporcione la debida *electricidad positiva*, nos parece que podría quedar más completa y satisfactoria si dijéramos que, en la mayoría de los casos, es indispensable

³ El cuerpo humano está polarizado, y las leyes físicas de magnetismo humano reposan sobre esa polaridad. Esas leyes son análogas a las que rigen la acción de los imanes y de la electricidad:

1. Los polos del mismo nombre se repelen, excitan, adormecen. Los polos de nombres contrarios se atraen, calman, despiertan.

2. Las acciones se producen en razón inversa del cuadrado de las distancias.

Por todas partes de la naturaleza observamos dos fuerzas antagónicas, o mejor, dos modalidades diferentes de una misma fuerza. El equilibrio que mantiene la vida y la salud en los seres vivos parece depender de ello.

Efectivamente, vemos por todas partes a la vida luchar contra la muerte, el principio plástico organizador y conservador de la vida hace todos los esfuerzos para resistir a ese principio no menos evidente que separa, desorganiza y destruye. Esos dos principios son los que mantienen el mundo físico y moral en equilibrio.

En filosofía pura, es la doctrina del finito y del infinito, en religión es el dualismo del bien y del mal, o Dios y el diablo, en economía social Prudhomme lo llamó la antinomia, en mecánica, las dos fuerza generadoras del movimiento circular son la fuerza centrífuga y la centrípeta.

Toda fuerza necesita una resistencia como punto de apoyo. Sin la sombra no apreciaríamos la luz, y si el placer no tuviese al dolor por punto de comparación, nos sería no sólo imposible definirlo sino siquiera elaborar una idea del mismo. La afirmación se motiva de la negación y el fuerte sólo triunfa sobre el débil. En las manifestaciones de los agentes físicos, esa dualidad o modalidad es evidente, sobre todo en la electricidad, el imán y el magnetismo terrestre. Constituyen una polaridad a la que más o menos están sometidos todos los cuerpos de la naturaleza (nota del traductor portugués).

la acción de los espíritus o almas que sepan invertir la polaridad del cuerpo humano.

Se comprende que una simple oración, cierto estado anímico, un cambio de atmósfera o de medio, la expectativa de una sesión o un deseo manifestado por tales o cuales vibraciones en el ambiente fluidico o astral, tienen en algunos médiums la propiedad de invertir la polaridad de su periespíritu o cuerpo fluidico, de modo que el cuerpo físico sufra igual acción. Es incluso natural que esto se opere automáticamente, sin que el médium sea consciente de ello, no obstante existir ahí solamente una acción suya, pero cuyas consecuencias sobre el mecanismo de la naturaleza, él no llega a comprender totalmente.

Ahora, ya que nos referimos al astral, permítanos el lector que entremos a ese respecto en algunas explicaciones, ya que el Sr. de Rochas no las ofrece en esta obra y son necesarias para una mejor comprensión de los fenómenos relatados en ella.

El astral es, según Stanislas de Guaita ⁴, el soporte hiperfísico del mundo sensible, el virtual indefinido de lo que son los seres corporales, en el plano inferior, las manifestaciones objetivas. No nos debe sorprender si se llama alma cósmica a esa luz secreta que baña todos los mundos.

Se podría también legítimamente llamarle esperma expansivo de la vida y receptáculo imantado de la muerte, pues todo nace de esa luz (por la materialización o paso de potencia en acto) y todo debe ser reintegrado en ella (por el movimiento inverso, o retorno del objetivo concreto al subjetivo potencial).

Como la electricidad, el calor, la claridad, el sonido (los diversos modos de actividad fluídica), es al mismo tiempo sustancia y fuerza. Los que sólo ven en ella el movimiento caen en un grave error, ¿cómo imaginar un movimiento efectivo, en la falta de alguna cosa que sea movida? La nada no vibra.

Concebir una agitación cualquiera u otra cualidad en el vacío absoluto es manifiestamente absurdo. Y reducir la luz astral a la abstracción del movimiento, es convertirla en un ser de razón, lo que es lo mismo que negar su existencia, aunque latente. Se debe por tanto definirla, una sustancia que manifiesta una fuerza, o, si se prefiere, una fuerza que

⁴ STANISLAS DE GUAITA (6 de abril 1861-19 de diciembre 1897) es un ocultista y poeta francés, co-fundador junto con Joséphin Péladan de la Orden cabalística de la Rosa-Cruz. Nacido en Lorena, en Alteville, en un castillo próximo a Tarquimpol. Poseía el título de Marqués. Stanislas de Guaita estudió en el liceo de Nancy, donde desarrolló una propensión natural hacia las ciencias de la observación, destacando principalmente en la química, donde alcanzó cotas de verdadera maestría en su época, al tiempo que se fue gestando en él un espíritu artístico y literario que le condujeron, posteriormente, al estudio de la metafísica y de la cábala (nota del traductor español).

acciona una sustancia, las dos son inseparables. Como sustancia, ya lo dijimos, la luz astral debe ser considerada el sustrato de toda materia, el potencial de toda realización física, la homogeneidad, raíz de toda diferenciación.

Es la expresión temporal de *Adamah*, ese elemento primordial donde, según Moisés, fue sacado el ser del Adán universal, o para los que utilizamos el lenguaje esotérico, esa tierra de la que el Altísimo hizo el primer hombre.

Como fuerza, el astral se nos aparece como compuesto por el influjo y reflujo de esa esencia viva a la que llamaremos, de acuerdo con Moisés, *Nepheseh-ha-chaiah* (el soplo de la vida). Para motivar ese flujo y reflujo del alma viviente, basta imaginarla puesta, por así decirlo, entre dos imanes: encima *Rouach Elohim*, soplo vivificador de la sustancia colectiva, homogénea, edénica; abajo, *Nahash*, agente suscitador de las existencias individuales, particulares, materializada. Es el principio de la divisibilidad ante el principio de integración, es el parcelamiento del “Yo” naciente o a nacer, que se opone a la unidad del “Su” eterno.

De esa oposición resulta un doble dinamismo de fuerzas hostiles, que convienen ser estudiadas en su propia naturaleza y en su mecanismo mutuo. Volviendo entonces a *Nahash*, comprenderemos más fácilmente el misterio del fluido luminoso del mismo nombre, con el contraste de sus corrientes opuestas y su punto central de equilibrio.

La luz astral es, por tanto, la sustancia universal animada, movida en dos sentidos inversos y complementarios, por el efecto de una polaridad doble, de polo integración al polo disolución, y viceversa. Sufre dos acciones contrarias: el poder de expansión fecundo, la luminosa *Jonah*, responsable por generar vida y el tenebroso *Hereb*, agente principal de la muerte y, por tanto, de la reintegración (retorno de los individuos a la colectividad, de la materia diferenciada y transitoria a la sustancia única permanente y no diferenciada).

Según otros autores podemos también decir que el astral es el lazo físico, aunque parcialmente inmaterial, que une el mundo material o físico al mundo invisible o espiritual.

El fluido astral, condensado en cuerpo astral, es una de las grandes fuerzas de la naturaleza. Es muy abundante, y de todos los cuerpos emana ese fluido bajo la forma de aura o efluvios ódicos. El fluido astral es el que permite la materialización de los cuerpos de los seres muertos o vivos, produce entonces el duplicado humano.

La fuerza que le pone en movimiento y que le es inherente se llama magnetismo. Allan Kardec llamó a eso principio vital. En el infinito, esa sustancia única es el éter ⁵.

⁵ Esta palabra tiene aquí una acepción diferente del líquido volátil del mismo nombre (nota del traductor portugués).

En los astros que imanta, se vuelve luz astral. En los seres organizados, luz o fluido magnético. En el hombre, forma el cuerpo astral o mediador plástico. La voluntad de los seres inteligentes actúa directamente sobre ese fluido y, a través suya, sobre toda la naturaleza sometida a las modificaciones de la inteligencia. Ese fluido luminoso es el espejo común de todos los pensamientos y de todas las formas, conserva las imágenes de todo lo que existió, los reflejos de mundos pasados y, por analogía, los esbozos de los mundos futuros.

Mesmer vio en esa materia elemental una sustancia indiferente tanto al movimiento como al reposo. Sometida al movimiento, es volátil, caída en el reposo, es fija, pero él no llegó a comprender que el movimiento es inherente a la sustancia primordial, que ese movimiento resulta, no de su indiferencia, sino de su aptitud combinada a un movimiento y a un reposo equilibrados ambos el uno por el otro. Que el reposo absoluto no existe en parte alguna de la materia universalmente viva, pero que el fijo atrae al volátil para fijarlo, mientras que el volátil actúa sobre el fijo para volatilizarle.

Que el pretendido reposo de las partículas aparentemente fijadas no es más que una lucha formidable y una tensión mayor de sus fuerzas fluidicas que se inmovilizan, neutralizándose.

Así, según Hermes, lo que está arriba es como lo que está abajo, la misma fuerza que dilata el vapor, condensa y endurece el hielo, todo obedece a las leyes de la vida inherente a la sustancia primitiva, esta sustancia atrae, repele, se coagula y se disuelve con una constante armonía; es doble o andrógina, se abraza y se fecunda, lucha, triunfa, destruye, se renueva, pero nunca se abandona a la inercia, porque la inercia sería su real muerte.

Esa materia universal está llamada al movimiento por su imantación doble y busca fatalmente el equilibrio. La regularidad y variedad de su movimiento resultan de las combinaciones diversas del equilibrio. Un punto equilibrado en todos los lados permanece inmóvil porque está dotado de movimiento. El fluido es una materia en gran movimiento y siempre agitada por la variación de los equilibrios.

El sólido es la misma materia en pequeño movimiento o en reposo aparente, porque está más o menos sólidamente equilibrada. No hay cuerpo sólido que no pueda ser inmediatamente pulverizado, esfumarse y volverse invisible, si el equilibrio de las moléculas cesase de repente. No hay cuerpo fluido que no pueda, en el mismo instante, volverse más duro que el diamante, si se pudieran equilibrar inmediatamente sus moléculas constituyentes. Dirigir los imanes es, por tanto, destruir o crear las formas, es producir en apariencia o aniquilar los cuerpos, es ejercer la omnipotencia de la naturaleza.

Nuestro mediador plástico (periespíritu o cuerpo astral) es un imán que atrae o repele la luz astral bajo la presión de la voluntad. Es un cuerpo luminoso que reproduce con la mayor facilidad las formas corres-

pondientes a las ideas; es el espejo de la imaginación. Este cuerpo se nutre de la luz astral, exactamente como el cuerpo orgánico se nutre de los productos de la tierra. Durante el sueño, absorbe la luz astral por inmersión, y, durante la vigilia, por una especie de respiración más o menos lenta.

Resumiendo, diremos que el cuerpo astral es el doble perfecto de nuestro cuerpo físico; contribuye para modelarlo en el acto del nacimiento y esto se realiza según el progreso que el espíritu haya conseguido en vida. Después de la muerte, todavía subsiste, poseyendo todas las sensaciones y todos los apetitos del cuerpo físico, de acuerdo con la depuración del espíritu.

El cuerpo astral durante la vida del hombre está en él y fuera de él; esta facultad es lo que hace decir que el cuerpo astral está en la cuarta dimensión ⁶.

Y por una fuerte concentración de la voluntad, el hombre puede proyectar fuera de sí su cuerpo astral, por lo menos en parte, puesto que si lo proyectase por completo, supondría la muerte física.

El hombre puede, por tanto, aparecer fluidicamente (en cuerpo astral) a una gran distancia de su cuerpo físico. Puede incluso materializarse, es decir, aparecer con el cuerpo físico y, en estas condiciones, posee hasta cierto punto todas las propiedades del cuerpo terrestre.

Muchas personas que en vida nunca proyectaron su cuerpo astral, lo proyectan de una manera inconsciente en el acto de la muerte; de ahí las apariciones de finados a sus parientes o amigos, apariciones frecuentemente relatadas en las obras espíritas.

Un buen magnetizador tiene el poder de exteriorizar el cuerpo astral de su sonambulismo. El hipnotizado se convierte entonces en una cosa del magnetizador, que le hace actuar a voluntad, puede incluso trazando un círculo en el suelo, encerrar ahí el cuerpo astral del sonámbulo. Pinchando ese cuerpo con un alfiler, maltratándolo, etc., puede hacer experimentar al sonámbulo esas mismas sensaciones, los mismos dolores, en una palabra, los mismos efectos, como si los hubiese realizado directamente en el sonámbulo.

El cuerpo astral es la propia vida del hombre, es el que sirve de bálsamo a nuestras heridas y cicatrices, a toda clase de heridas que el hombre pueda tener. Es el mejor reconstituyente de nuestras fuerzas físicas, reconstituye y rehace cualquier parte de nuestro organismo dañado por una molestia cualquiera. Toda acción buena o mala queda inscrita en el astral, pero el cuerpo astral sirve igualmente de receptáculo a los microbios morales, que se propagan a través de él y, siendo igualmente registrador del bien, anota todas las ideas que se producen para el bien de la humanidad. Ahí se ve cuánto progresaría la humanidad

⁶ Ver “*Física Trascendental*” de Zollner (nota del traductor portugués).

si todos los seres de un ciclo, siendo profundamente morales, sólo realizarasen buenas acciones.

En fin, presentando a nuestro público la narración de los diversos fenómenos que se operan con la ayuda de ese mediador plástico, creemos que ello pueda inducir a provechosos estudios de Psicología.

PITRIS

PREFACIO DEL AUTOR

El fenómeno de la ascensión de los cuerpos humanos o de la levitación, para emplear un término ya hoy consagrado, parece uno de los más extraordinarios entre los que son debidos a la fuerza psíquica que nuestra generación busca definir. Hay pocos todavía cuya realidad haya sido demostrada por un número más imponente de testimonios.

Esos testimonios los he agrupado aquí, en cuatro capítulos diferentes, para no herir mucho las susceptibilidades que ya se manifestaron hace algunos años cuando traté este asunto en un artículo de la "*Revue Scientifique*", limitando la reproducción de los hechos por orden cronológico.

Por un lado me censuraron por la falta de respeto a la religión, ya que confundía los milagros de los santos con las narrativas más o menos falsas de la historia profana. Por otro, me acusaron de haber tomado en serio los absurdos relatados por los historiadores de santos (hagiógrafos).

No me es posible discutir el valor de las obras de donde obtuve estos hechos, por lo menos en lo que a los antiguos se refiere, cada cual les atribuirá el valor que desee.

Este libro es una simple compilación destinada a proporcionar a aquellos interesados en este tema, una colección de documentos que, a pesar de estar incompleta, evitará largas y fastidiosas investigaciones.

ALBERT DE ROCHAS

CAPÍTULO I

CASOS OCURRIDOS EN ORIENTE

Filóstrato ⁷, hablando de los sabios de la India, dice: Damis les vio elevarse en el aire, a una altura de dos codos, no para causar ninguna admiración, ya que ellos no pretenden tal cosa, sino porque, en su opinión, todo lo que hacen en loor del Sol, a alguna distancia de la Tierra, es más digno de este dios.

La propiedad de quedarse suspenso en el aire era uno de los caracteres distintivos de los dioses y héroes ascetas. En la encantadora “*Historia de Nala*”, traducida por Emilio Burnouf, la bella Damayanti, pretendida en matrimonio por tres dioses al mismo tiempo que por el rey Nala, se encuentra de repente en presencia de cuatro Nalas difíciles de distinguir. Muy confusa, conjura a los dioses para que tomen de nuevo su forma divina, y de esta forma Damayanti los puede ver con sus atributos y sin tocar el suelo.

En la introducción a la “*Historia del Budismo hindú*” ⁸, se encuentra la siguiente narración:

“Entonces Bhagavat entró en tal estado de meditación, que al entregar su espíritu a este estado, desapareció del lugar donde estaba sentado y, lanzándose al aire por el lado de Occidente, apareció en cuatro actitudes, es decir, anduvo, se quedó de pie, se sentó y se echó. Después alcanzó la región de la luz... Lo que hizo en Occidente, lo efectuó igualmente en el Seil o “soga”⁹. Lo repitió a continuación en los cuatro puntos cardinales y

⁷ “*Vida de Apolonio de Tiana*”, libro III, capítulo XV (Nota del autor).

⁸ E. Burnouf, 1884, tomo I, pág. 183. Véanse también las páginas 250, 312 y siguientes (nota del autor).

⁹ Otro significado de *guna* es “soga”; se debe entender que el alma condicionada está fuertemente atada por las sogas de la ilusión. Un hombre que está atado de pies y manos no puede liberarse por sí solo; él debe recibir la ayuda de una persona que no esté atada. Como los atados no pueden ayudar a los atados, la persona que venga al rescate debe estar liberada. Por consiguiente, sólo el Señor Krishna o su representante genuino, el maestro espiritual, pueden soltar al alma condicionada. Sin esa ayuda superior, uno no se puede librar del cautiverio de la naturaleza material. El servicio devoto, o el proceso de conciencia de Krishna, puede ayudarle a uno a lograr esa liberación. Como Krishna es el Señor de la energía ilusoria, Él puede ordenar a esa energía infranqueable que suelte al alma condicionada. Él ordena esa liberación por su misericordia sin causa para con el alma entregada y por el afecto paternal que siente por la entidad viviente, quien es originalmente un hijo querido del Señor. De manera que, entregarse a los pies de loto del Señor es la única forma de liberarse de las garras de la estricta naturaleza material (nota del traductor español).

cuando, a través de estos cuatro milagros, dio testimonio de su poder sobrenatural, volvió a sentarse en su lugar.

Las anécdotas de este tipo son muy numerosas en los libros sagrados de la India, pero se presentan generalmente bajo una forma mística, que daría origen a equívocos sobre el verdadero carácter del fenómeno, si los hechos sucedidos en la época contemporánea no hubiesen podido determinar con precisión su naturaleza.

El Sr. Luis Jacolliot refiere lo siguiente, de lo que fue testigo ¹⁰: El protagonista era un faquir llamado Covindassamy, que procedía de Frivanderam, cerca del Cabo Comarim, en el extremo sur de la India, y estaba de paso en Benarés. Había sido encargado de traer los restos fúnebres de un rico malabar ¹¹ y vivía temporalmente en la margen del río Ganges, en un lugar cercano a la casa del Sr. Jacolliot. Hacía veinte días que ayunaba y oraba, cuando se produjeron, entre otras escenas prodigiosas, las dos que cito a continuación, copiadas textualmente de la obra del magistrado francés:

Tenía un bastón de madera que trajo de Ceilán, apoyó la mano en la parte superior del mismo y, con los ojos fijos en el suelo, comenzó a enunciar conjuros mágicos y a realizar gestos que no le había visto realizar antes.

Con una de las manos apoyada en el bastón, el faquir se elevó paulatinamente cerca de dos pies por encima del suelo, con las piernas cruzadas al estilo oriental, y se quedó en una posición muy parecida a esos budas de bronce que todos los turistas traen de Extremo Oriente. Intenté, por más de veinte minutos, comprender cómo podía Covindassamy burlarse de esta forma de las leyes físicas... No conseguí nada, sólo la palma de su mano derecha estaba en contacto con el bastón. No existía ningún otro apoyo visible para su cuerpo. ¹² Debemos decir que la escena se desarrolló en la terraza superior de la casa del Sr. Jacolliot, y que el faquir estaba casi desnudo. Igualmente sucedió con este otro fenómeno:

En el momento que me dejé para ir a almorzar y dormir la siesta durante algunas horas, lo que para él suponía una urgente necesidad, pues hacía veinticuatro horas que no había comido ni descansado, el faquir se

¹⁰ “*Voyage au pays des waldes enchanteurs*”, pág. 61 (nota del autor).

¹¹ Malabar es una persona procedente de una región del mismo nombre del suroeste de la India, hoy llamada Kerala (nota del traductor español).

¹² El Sr. Jacolliot dijo (pág. 27) que ya había visto hacer eso mismo a otros encantadores, y que en el “*Magazin Pittoresque*” ya ofreció una descripción a este respecto, si me acuerdo bien. Robert Houdin lo imitó, pero con ayuda de corazas y astas de acero ocultas debajo de las ropas, mientras que el faquir estaba desnudo. La mayor parte de los trucos de los prestidigitadores son, de hecho, inspirados en fenómenos reales reproducidos en condiciones esencialmente diferentes (nota del autor).

paró en el marco de la puerta que unía la terraza a la escalera de salida y, cruzando los brazos sobre su pecho, se elevó o pareció elevarse poco a poco, sin ningún apoyo visible, a una altura de veinticinco o treinta centímetros. Marqué como referencia un punto, lo que me hizo poder precisar la distancia exacta. Detrás del faquir había un tapiz de seda que servía de paño, de color rojo dorado y blanco, en tiras iguales. Noté que los pies del faquir estaban subiendo y al comenzar su ascensión, tomé mi cronómetro. La producción completa del fenómeno, desde el momento en que el encantador comenzó a elevarse hasta que tocó el suelo de nuevo, duró entre ocho y diez minutos. Permaneció cinco minutos más o menos inmóvil en el aire.

Hoy, que reflexiono sobre este hecho extraño, no puedo explicarlo de una manera diferente a la que he interpretado todos los fenómenos que mi razón se negaba a admitir, es decir, por cualquier otra causa que no sea un sueño magnético, sueño que me dejaba lúcido, permitiéndome al mismo tiempo ver por el pensamiento del faquir todo cuanto le apeteciese.

En el momento en que Covindassamy se despidió de mí, le pregunté si le sería posible reproducir este último fenómeno. El faquir me respondió con énfasis que podría elevarse hasta las nubes. Yo le pregunté de qué forma obtenía ese poder y él me respondió: –Es necesario que esté en constante oración contemplativa y que un espíritu superior descienda del cielo.

Describiremos ahora dos hechos contemporáneos, contados por indígenas. Fueron publicados en 1880 en “*Teosophy*”, una revista filosófica que se edita en Madrás. El primero lo narra José Ootamram Doolabhram, director de la Escuela de Astronomía de Baroda:

“En el año de Samrut de 1912 (1856), dijo el sabio hindú, yo estaba ocupado en realizar algunas investigaciones sobre la química antigua y estaba buscando un maestro competente que me pudiese proporcionar la información que necesitaba. Después de muchas indagaciones, encontré en Mahader, en la ciudad de Brooch, en las márgenes del río Narboda, a un sangasi (asceta) que practicaba el yoga (éxtasis), y acabé convirtiéndome en uno de sus discípulos. Era un hombre de unos treinta y cinco años, de estatura un poco superior a la media, buena presencia, con una expresión inteligente y la piel de un tono rosáceo muy singular que nunca vi en nadie. Tenía la cabeza rapada y utilizaba la túnica color azafrán de los sangasis. Había nacido en Pnedjah. Era conocido por el nombre de Narazananaud. Como todos los hombres de su casta, era de difícil acceso y no consintió aceptarme como discípulo ni que tuviese familiaridades con él sin haberme sometido a un interrogatorio minucioso para asegurarse de la sinceridad de mis intenciones y de mi capacidad para el estudio del yoga. Omitiré los detalles y diré que acabé por alcanzar mis propósitos. Narazananaud me aceptó como discípulo. Recibí su bendición y le serví durante dos años.

Durante ese tiempo, aprendí en la práctica muchas cosas que sólo conocía en teoría por la lectura de nuestros shastlrs (tratados de Teología) sagrados. Me inicié en muchos secretos de la naturaleza y pude convenirme, a través de numerosas pruebas, del poder que tiene el hombre de dominar sus propias fuerzas, pues mi maestro practicaba, entre otras cosas, el pranayama o suspensión de la respiración¹³.

No pretendo explicar, en el lenguaje de la ciencia occidental, los efectos producidos en el cuerpo humano por esa rama del *yog vidia* (unión mística del alma con Dios), pero lo que puedo decir es que, en el momento en que el sangasi estaba absorto en contemplación, alcanzando su pranayama, sentado en la postura prescrita del padmazan¹⁴, su cuerpo se elevó por encima del suelo a una altura de cuatro pies, y quedó suspendido en el aire durante cuatro o cinco minutos, al mismo tiempo que yo podía pasar la mano por debajo, comprobando de esa forma que la levitación era un hecho bien real”.

La segunda narración forma parte de un artículo firmado por Bubu Khrisna:

“Hace cerca de treinta años, cuando yo era un niño de diez años, en Benarés, vi a un pariente mío, llamado Amarchand Maitreyer, que era conocido en la ciudad por la práctica del *yoga dharma* (ley de unión con Dios). Ese venerable anciano podía elevar su cuerpo a una altura de un pie y medio por encima del suelo, y quedar suspendido en el aire durante

¹³ El pranayama (de prava, respiración) es un ejercicio religioso que consiste en tapar con el pulgar una fosa nasal y respirar por la otra.

En el libro de ocultismo hindú “*Onpnekhat*”, citado por Eliphaz Lévy en su “*Historia de la Magia*” en la página 71, encontramos lo siguiente:

Para convertirnos en dioses, es necesario retener la respiración durante todo el tiempo que podamos, y llenarnos por completo de ella. En segundo lugar, retenerla tanto tiempo como nos sea posible y pronunciar cuarenta veces es este estado el nombre divino de “AUM”. En tercer lugar, expirar durante todo el tiempo que nos sea posible, enviando mentalmente el soplo a través de los cielos, para unirse al éter universal.

En este ejercicio es necesario quedarse como ciego, sordo, inmóvil como un trozo de madera. Es necesario situarse sobre los codos y las rodillas, con el rostro vuelto hacia el norte. Con un dedo se cierra un agujero de la nariz, y por el otro agujero se atrae el aire y después, se debe cerrar con un dedo, pensando que Dios es el creador, que está en todos los animales, en la hormiga lo mismo que en el elefante. Debe uno quedarse fijo en estos pensamientos.

Primero se dice “AUM” 17 veces y, durante cada aspiración es necesario decir “AUM” 80 veces, haciéndose esto tantas veces como sea posible.

Se procede así durante tres meses, sin temor ni prejuicios, comiendo y durmiendo poco. Al cuarto mes veréis los *devas* y al quinto habréis adquirido todas las cualidades de los *devas*, al sexto estaréis a salvo (nota del autor).

¹⁴ El padmazan (literalmente sentado sobre el barro) es la postura de un religioso en la meditación, sentado con las piernas cruzadas. Simboliza a Brahma sentado sobre el barro (nota del autor).

más de un cuarto de hora. Sus dos nietos y yo, que teníamos casi la misma edad, le preguntamos, con curiosidad infantil, el secreto de ese fenómeno. Me acuerdo muy bien que él nos dijo que, por el *kumbha yoga*¹⁵, el cuerpo humano se vuelve más ligero que el aire y puede fluctuar encima del suelo. Esta explicación nos pareció suficiente¹⁶.

Me comunicaron la siguiente narración, firmada por Bavadjée D. Natts, y fechada en noviembre de 1885:

“Hace diez años viajaba con un biragi (asceta), cuando llegamos cerca de la ashrama (tienda) de una comunidad mística en el sur de la India. Pedí a mi compañero que me esperase en la aldea próxima, comentando que tenía que tratar algunos asuntos en la tienda, pero él insistió en acompañarme para tomar contacto con los ocultistas. La tienda está rodeada por dos colinas y en el fondo del valle hay un bosquecillo y un poco más allá, un río. Por el otro lado existe un subterráneo que conduce a un templo muy conocido por el nombre de Hanman que está situado en lo alto de una colina. Yo no sabía qué hacer con mi compañero. Pasamos la noche en el bosquecillo, decididos a adentrarnos al día siguiente en el valle. Después que nos acostamos para dormir, cerca de las 8 de la tarde, mi compañero recibió psíquicamente un aviso para que abandonase el lugar. Él creyó que era efecto de su imaginación y, como era muy tenaz, decidió quedarse, pasase lo que pasase.

Al cabo de algunos minutos se sintió agarrado por una mano enorme y vigorosa. En medio minuto fue transportado fuera del bosque, hasta la margen opuesta del río, y arrojado, sin sentido, en el suelo. Atravesé el río, y después de haberle magnetizado por algún tiempo, volvió en sí. Me dijo que había perdido el sentido en el momento en que fue arrojado al suelo, y que había sentido perfectamente la mano enorme del elemental¹⁷.

¹⁵ El kumbha es también un ejercicio religioso que consiste en tapar la nariz y la boca para retener la respiración (nota del autor).

¹⁶ Conforme al experimento de Brevster, referido en el capítulo IV (nota del autor).

¹⁷ Según las teorías de los teósofos de la India, los elementales son los genios o demonios que nuestras antiguas tradiciones designaban por los nombres de gnomos, silfos, ondinas o salamandras, conforme pertenezcan a la tierra, al aire, al agua o al fuego. Son de una esencia totalmente diferente a la nuestra. Los iniciados (*mahatmas*) pueden llegar, gracias a procesos que conservan secretos y a lo que llaman en sánscrito *Yalastambha* a repeler a los elementales y a impedir que tengan dominio sobre ellos durante cierto tiempo, mientras que el *Bus-tambha* o arte de repeler a los elementales de la tierra, permite a ciertos yoguis enterrarse impunemente durante algunos meses. De la misma forma, por el *Vajustambha* (arte de repeler a los elementales del agua), otros yoguis se sitúan en condiciones de flotar en el agua sin ropa, día y noche, durante cuatro o cinco semanas. Otros, se entregan al *Agnistambha*, que les permite enfrentarse a los ataques del fuego, etc.

Quiso entonces intentar la entrada al valle por el otro lado y nos dirigimos hacia la colina donde estaba edificado el templo. Ahí, nos encontramos con la entrada del subterráneo que conducía a la tienda. En ese momento, oímos una voz fuerte y clara que pedía a mi compañero que no persistiera en su proyecto. Le dijo que los dos primeros intentos serían perdonados, pero que un tercero podría costarle perder la razón. Pero, como hombre decidido que era, no prestó atención a la voz del *Asarivi vak* (voz del mundo sin forma). Nada más tomó esa resolución en su espíritu, quedó inconsciente y fue transportado hacia abajo de nuevo, hasta el lugar donde habíamos iniciado la ascensión. Una vez allí, volvió en sí.

Las personas que se encontraban en ese lugar no podían comprender como había vuelto allí tan deprisa. En el momento en que fue arrebatado, descendí rápidamente por la colina, invirtiendo una hora para llegar hasta él. Cuando llegué, los que estaban allí me confirmaron que mi amigo estaba allí hacía una hora, y lamentaban su suerte. Entonces él comprendió su error y consintió en esperarme allí. Sin entrar en muchos detalles, diré que durante todo el tiempo esa tienda estaba guardada por dos poderosos elementales, que impedían el paso a quien quisiera entrar allí sin su consentimiento.

Algún tiempo después de esa aventura, un amigo graduado de la Universidad y yo, nos relacionamos con un yogui. Pasábamos casi todo nuestro tiempo aprendiendo con él. El yogui tenía la costumbre de levantarse a las tres de la madrugada y encaminarse hacia un río que estaba cerca de su casa, volviendo después a la tarde. Mi amigo, impulsado por una fuerte curiosidad, me propuso un día que nos levantásemos antes que el yogui y fuésemos a esperarle en las proximidades del río para ver qué hacía. Cedí, con alguna reticencia. Esa tarde, cuando fuimos a su casa, el yogui sonrió y nos dijo: —¿Queréis saber que hago cerca del río? ¡Pues bien! No necesitáis espiarme, os iré a buscar mañana pronto e iremos juntos. Así lo hizo. Los tres, subidos en las piedras que había en el río,

Por encima de los elementales están los *Dhyanchohans*, espíritus superiores que presiden los movimientos de los mundos, entre los que estaría el espíritu de la Tierra, en el que creía el gran Kepler.

Se puede observar que los hindúes siguen las tradiciones de los filósofos neoplatónicos los que, habiendo constatado el desarrollo progresivo de la vida, del grano de arena al cristal, del cristal a la planta, de la planta al animal, no podían admitir que se parase bruscamente en el hombre y que hubiese una laguna en la creación entre el hombre y Dios. Fueron llevados así a personificar las fuerzas de la naturaleza, y como no sabemos más que ellos qué son esas fuerzas, nos veríamos en apuros para contradecirles.

Por debajo de los elementales, los hindúes colocan a los elementales (*Pisachschelles*), espíritus mejores o peores y poco inteligentes, que habitan la atmósfera de la Tierra. De estos se sirven los nigromantes (*Doug-pas*) para adherirles a sus malas obras, y es a esos a los que se atribuye la mayor parte de los fenómenos del Espiritismo. Los elementales parecen haber personificado primitivamente las pasiones humanas (nota del autor).

lavamos nuestras ropas, al estilo hindú, antes de bañarnos. Después de habernos bañado mi amigo y yo y haber hecho nuestra *sandhzavandana* (ceremonia), buscamos al yogui. Fue imposible encontrarle. Eran cerca de las cuatro de la madrugada y la luna brillaba todavía. Le llamamos, pero en vano.

Creímos que quizás le hubiese arrastrado la corriente y que podía estar ahogado, cuando vimos aparecer, en la superficie del agua, la sombra de la forma del místico con su túnica amarilla. Levantamos los ojos y le vimos, en persona, echado todo lo largo que era, como si durmiese en una cama de aire a 30 pies por encima de nuestras cabezas. Al despertar el día, le vimos descender con lentitud, hasta caer suavemente al agua. Entonces se bañó y volvió a casa con nosotros. Desde ese día, vimos al yogui todas las mañanas, suspendido y flotando en el agua durante casi dos horas y media. Esta experiencia se repitió durante un mes entero. El yogui se llamaba Ramagiri Swamy”.

He aquí como el mismo autor explica el fenómeno de la levitación:

La levitación en el aire, contrariando la ley de gravitación de la ciencia moderna, se explica únicamente por la teoría de la atracción y repulsión universal. Si los médiums son levantados, es porque, de forma temporal, se vuelven positivos en relación al magnetismo de la Tierra, en lo que se convino en llamar positivo. En cada organismo humano hay, como en el resto de la naturaleza, los dos magnetismos, el positivo y el negativo. Lo que llamamos vida, no es más que el resultado de la acción y reacción constante de esas fuerzas positivas y negativas. Al cesar o equilibrarse esas fuerzas se produce la muerte. Esta observación, sin embargo, no se aplica a los yoguis. Los ocultistas pueden producir a voluntad ese equilibrio en su naturaleza física sin morir, este hecho se da en los faquires de la India, que pueden permanecer enterrados durante cuarenta días.

Si fuésemos de naturaleza completamente negativa, tendríamos raíces como los árboles. Si fuésemos totalmente positivos, no podríamos parar un solo momento en el suelo, y seríamos siempre repelidos de su superficie, porque las fuerzas positivas se repelen. Cuando, por nuestra voluntad, saltamos por un momento, nos volvemos positivos, cuando nos quedamos sentados en el suelo, nos volvemos enteramente negativos en relación a la Tierra.

Como nuestra fuerza de voluntad no está desarrollada y, por consiguiente, no es tan fuerte como la de un ocultista, no podemos ser levantados, y, si nos conservamos en pie o estamos demasiado tiempo sentados, sobreviene el cansancio y nos vemos obligados a cambiar de posición.

CAPÍTULO II

CASOS DE LA HISTORIA PROFANA DE OCCIDENTE

Si pasamos de Oriente a Occidente, nos encontramos con centenares de casos de levitación.

Las Constituciones Apostólicas (1.VI), Arnobio (Tratado contra los gentiles, 1.II) y Sulpicio Severo (Historia Sacra, 1.II, cap. XXVIII) refieren la desventura de Simón el Mago, que, después de haberse elevado por los aires a la vista de Nerón y todo el pueblo, cayó y se rompió una pierna.

Vi, dice en otro lugar Sulpicio Severo (Dial.3, capítulo VI), un poseído elevado en el aire, con los brazos extendidos ante la cercanía de las reliquias de San Martín.

Durante la ceremonia de iniciación de Juliano el Apóstata, en los misterios de Diana en Efeso, el iniciador, el filósofo Máximo, se elevó por los aires con el iniciado. (Lamey, “Vida de Juliano el Apóstata”).

San Paulino, en la “Vida de San Félix de Nola”, afirma haber visto a un poseído caminar contra la bóveda de una iglesia, con la cabeza hacia abajo, sin que su ropa se desarreglase.

Jamblico cita, entre los prodigios operados por ciertos hombres, el transporte a lugares inaccesibles y por encima de los ríos:

“En esto también quiero indicarte las señales por las que se reconocen los que están verdaderamente poseídos por los dioses... Aquí tienes una de las principales: Muchos de ellos no se queman por el fuego, porque el fuego no les puede tocar, y muchos, si se les quema, no lo perciben, porque no viven de vida animal. Otros, atravesados por puntas de hierro, no las sienten. Otros reciben hachazos en la espalda o puñaladas en los brazos, sin que los sientan. Sus acciones no tienen carácter humano. El transporte divino les hace atravesar lugares inaccesibles, se tiran al fuego, andan por él, atraviesan los ríos, como la sacerdotisa Kastabaliana...”

Hay numerosas formas de posesión divina... En diversos casos, las señales que presentan son diferentes, algunas veces parece que el cuerpo crece, se hincha o es llevado a una gran altura por los aires...¹⁸

Cristina de Pisa en su “*Historia de Carlos V*”, hablando de Guillermina de Rochella, dice que era una mujer muy solitaria y amiga de la contemplación, pues personas de toda confianza afirmaron haberla visto en contemplación, suspendida en el aire a más de dos pies de altura. También se encuentra en la “*Mística*” de Görres.

¹⁸ “*Le Livre des Mystères*” (nota del autor).

El obispo de Pamplona, Fray Sandoval, en su *“Historia de Carlos V”* cuenta el siguiente hecho ocurrido durante un proceso a hechiceras que se presentó al Consejo de Estado de Navarra:

Queriendo convencerse, por sus propios ojos, de la autenticidad de los hechos de que eran acusadas las hechiceras, prometió el perdón a una si quisiese ejercer, en su presencia, las artes mágicas. La bruja aceptó la propuesta y sólo pidió que le devolviesen la caja de unguento que le habían confiscado. Subió a una torre con el comisario y muchas otras personas, después, desde una ventana, se dio el unguento en la palma de la mano, en los riñones, en los codos, el antebrazo, los hombros y el lado izquierdo. Gritó después con voz fuerte: –¿Estás ahí?– Y todos los asistentes oyeron en el aire una voz que respondió: –Sí, estoy–.

La hechicera se puso a descender de la torre, sirviéndose de sus pies y manos, como si fuese una ardilla. Cuando llegó a la mitad de la torre, inició el vuelo y los asistentes la siguieron con la vista hasta que desapareció en el horizonte.

Todos se quedaron estupefactos y el comisario mandó anunciar públicamente que aquel que la entregase de nuevo tendría una jugosa recompensa. Unos pastores que la encontraron, la trajeron pasados dos días. El comisario le preguntó porqué no voló más lejos, para escapar a los que la buscaban. Ella respondió que su señor no la quiso llevar más que a tres leguas de distancia, dejándola en el campo donde la encontraron los pastores.

Calmeil (*“De la folie”*, tomo I, pág. 244) narra la aventura del doctor Forralba, afamado sabio que, en 1519, pretendía haber venido desde Roma a España por el aire, a caballo en un palo, y que, en 1525, había anunciado a los habitantes de Valladolid el saqueo de Roma en el día siguiente al que se había realizado, diciendo que acababa de presenciarlo desde el aire.

Un respetable misionero de fines del último siglo, llamado Delacour, en una carta dirigida al Sr. Vinslow, refiere un hecho del que fue testigo ocular y que Clameil cita igualmente en su libro *“De la folie”* (tomo II, pág. 419). Se trata de un indígena, un joven de dieciocho o diecinueve años, al que creían poseído por el demonio y al que habían traído para que le curase.

Resolví en el exorcismo –dice él– ordenar al demonio que le transportase al techo de la iglesia con los pies hacia arriba y la cabeza hacia abajo. Su cuerpo se puso rígido, como si todos los miembros estuviesen impedidos, y fue arrastrado desde la mitad de la iglesia hasta una columna, y ahí, con los pies juntos, la espalda arrimada a la columna y sin servirse de las manos, fue transportado, en un abrir y cerrar de ojos, hasta el techo como un peso que hubiese sido atraído desde arriba a una velocidad asombrosa, sin que por parte del joven se hubiese realizado ninguna acción. Suspendido del techo, con la cabeza hacia abajo, hice que el demonio confesase, como era mi propósito, la falsedad de la religión pa-

gana. Lo mantuve más de media hora en el aire, y, no pudiendo tenerle ahí por más tiempo, tal era el susto que yo tenía de lo que estaba contemplando, le ordené que le pusiese a mis pies, sin hacerle daño... Inmediatamente el joven vino hacia mí como un fardo de ropa sucia, sin que sufriese la menor molestia.

Otro misionero nos dijo ¹⁹:

Vi un indio, a quien fui a bautizar, ser transportado de repente, desde el camino que conducía a la iglesia, para otro lugar. Este sacerdote, que vivía cerca de Cantón, nos dijo que esos hechos no eran extraños en los países idólatras, y que no había sido la única persona que los había observado.

En las “*Memorias*” de Fléchier, sobre los grandes días de Clermont (pág. 69), se puede leer la siguiente anécdota:

Cuando llegamos, encontramos en el albergue al Sr. Intendente, que volvía de Aurillac y había tenido dificultades con la nieve. Había mandado prender a un concejal de Brioude, acusado de varios crímenes y, en especial, de ser un mago. Uno de sus criados afirmó que le había realizado sortilegios que le hacían levantarse varias veces del suelo, cuando iba hacia la iglesia, a la vista de todo el mundo.

Un sabio benedictino, D. La Faste, que fue testigo ocular de los prodigios efectuados por los Convulsionarios de Saint-Médard ²⁰, dijo, hablando de la señorita Thévenet:

“Ella se elevaba de vez en cuando a siete u ocho pies de altura, e incluso hasta el techo. Al elevarse suspendía hasta una altura de tres pies a dos personas que tiraban de ella con todas sus fuerzas. ¿Verán los físicos en esto algo simplemente normal en la naturaleza? Y he aquí un hecho todavía más prodigioso: Nada más la Srta. Thévenet se elevaba con la cabeza hacia arriba, su vestido se doblaba, como por sí mismo, sobre su cabeza. ¿Obró o puede obrar alguna vez la naturaleza tales hechos?”
²¹.

Conocí, hace algunos años, en Ardèche, a una estigmatizada a quien llamaban santa Coux. Estaba sometida con frecuencia a períodos de éxta-

¹⁹ *Cartas edific.* Tomo VII pág. 303 (nota del autor).

²⁰ Antes de la Revolución Francesa y la caída del Antiguo Régimen, la iglesia de Saint-Médard fue lugar de milagros históricos hechos por el diácono Francisco de París a poseídos miembros de la secta de los Convulsionarios, que obligaron a las autoridades eclesiásticas y al Rey a exorcizar los demonios convocados por la mente delirante del populacho. En el sitio de los poseídos se puso una placa donde decía: "De parte del Rey se prohíbe a Dios hacer milagros en este lugar" (nota del traductor español).

²¹ “*Cartas Teológicas*”, Aviñón 1739, tomo II, pág. 1310 (nota del autor).

sis, con relación a los cuales la Sra. D... se dignó darme los siguientes detalles:

“Con profunda admiración, la vi quedarse con los ojos fijos, pero animados, elevarse poco a poco encima de la silla en que estaba sentada, extender los brazos hacia adelante, teniendo el cuerpo inclinado en la misma dirección, y permanecer así, suspensa, con la pierna derecha doblada por debajo de su cuerpo, y tocando con la punta del dedo del pie de la otra pierna el suelo. Esta posición, imposible para cualquier persona en estado normal, es la que veía siempre a la señora Victoria, en sus éxtasis, cuando la visitaba, que generalmente era dos veces por semana. Con ocasión de esas visitas, ella tenía dos o tres éxtasis, que duraban de diez a veinticinco minutos. La vi en ese estado más de mil veces, sobre todo en los primeros años de nuestra amistad ²²”.

El Sr. Brown-Séquard cuenta que, en 1851, fue testigo de un caso de éxtasis en una doncella que, todos los domingos, a las ocho de la mañana, subía al extremo redondo y liso de su cama y ahí se quedaba en posición vertical hasta las ocho de la tarde, en actitud de quien reza, con la cabeza echada para atrás.

Chardel dice ²³ haber oído, hace algunos años, en París, en una reunión mística, declarar a una sonámbula de catorce años en medio de un salón, que el cielo estaba abierto ante sus ojos, y anunciar que, llegada la Pascua, el fervor de sus oraciones la elevaría y sostendría en el aire, entre el suelo y el techo. Se puede suponer –dice él– que el milagro no se realizó, pero poco faltó para que la doncella, cuya fe pasaba por esta decepción, enloqueciese.

El Sr. De Mirville va más lejos y afirma ²⁴ haber visto, en un sueño magnético muy profundo, a los sonámbulos volar dando vueltas a las lámparas del salón.

Existen también otros hechos que he encontrado en diversos libros, sin indicación de sus orígenes, pero que cito para mostrar que el fenómeno se ha reproducido en las circunstancias más diversas.

San Paulino afirma haber visto, con sus ojos, a un poseído caminar cabeza abajo en la bóveda de una iglesia.

Moller refiere que, en 1620, dos sacerdotes protestantes están al lado de una mujer enferma en su lecho, cuando la vieron saltar del mismo, elevarse a una altura de siete u ocho pies, y quedarse en el aire hasta que

²² Esa mujer y la hija que dormía con ella, pretendían que muchas veces, era transportada por la noche, bien hacia el tejado de las casa vecinas o para el torrente de Ouvèze donde la misma fuerza invisible la volvía a llevar toda mojada a su lecho (nota del autor).

²³ “*Essais de Psychologie Physiologique*”, 1844, pág. 293 (nota del autor).

²⁴ “*Des esprits*”, 1858, pág. 301 (nota del autor).

la obligaron a volver a su cama. Horst cuenta un hecho semejante en su “*Deuteroscopia*”.

El Ritual de los Exorcismos clasifica también, entre las señales que son necesarias para establecer la posesión, la suspensión en el aire del cuerpo del poseído, durante un tiempo considerable.

El Sr. Leopoldo Delisle estudió ²⁵ recientemente un manuscrito de la Biblioteca Vaticana, escrito en 1428 por un francés de la Corte Pontificia. Es una crónica que tiene por título “*Breviarium historiale*” y que cita algunos detalles sobre Juana de Arco que entonces estaba viva y combatiendo a los ingleses. Si ella está –dice el cronista– exenta de supersticiones y sacrilegios, será fácil reconocerlo por tres características que impiden que se confundan los milagros practicados por los buenos con los de los malos. Los primeros se efectúan en nombre de Dios y tienen siempre una utilidad verdadera, mientras que los otros se utilizan en males o futilidades, como cuando se vuela por el aire o se provoca el entorpecimiento de los miembros del cuerpo.

En el año 1612, en Beauvais, una anciana mendiga, Dionisia Lacaille, fue tratada como poseída y exorcizada por el padre Pot, religioso jacobino. De repente, se elevó en el aire, dando gritos horribles. Eclesiásticos y devotos, temerosos que la criatura agitada se apareciese, le agarraban por los pies por caridad. (Garinet “*Historia de la magia en Francia*”, pág. 191).

En el año 1491, un convento entero de doncellas, en Cambrai, es víctima de los espíritus malignos, que las atormentan durante cuatro años consecutivos. Ellas corren por el campo, se lanzan al aire, trepan por los tejados y troncos de los árboles, como los gatos. Algunas predijeron el futuro. (Del Río “*Disquisiciones mágicas*” y Delancre “*De la incredulidad y la falta de creencia*”).

Cahneil, en su “*Tratado de la Locura*” (tomo I, pág. 255), cita un convento en Uvertat, en el Condado de Hoorn, donde a mediados del siglo XVI, después de una Cuaresma en la que habían sido sometidas a un austero ayuno, las monjas cayeron en crisis convulsivas. Algunas, sintiendo dificultad en equilibrar las articulaciones, caminaban de rodillas, arrastrando las piernas. Otras se entretenían en trepar a la copa de los árboles, de donde bajaban con los pies en el aire y cabeza abajo... Por unos instantes, saltaban al aire y volvían a caer con fuerza en el suelo. Se veían arrastradas fuera de la cama y se deslizaban por el suelo, como si las tirasen de las piernas. Casi todas tenían, en la planta de los pies, una sensación de quemadura o cosquillas, que muchas veces se halla mencionada en la descripción de crisis análogas.

²⁵ Comunicación realizada a la Academia de las Ciencias y de las Letras el 23 de octubre de 1885 (nota del autor).

Finalizaré este capítulo con una cita de la obra publicada recientemente por el célebre naturalista Sr. Alfred Russell Wallace, titulada “*Los milagros y el espiritismo moderno*”.

Lord Orrery y el Sr. Valentin Greatrak informaron ambos al Dr. Henry More y al Sr. Glanvil que, en casa de Lord Convay, en Sagle, Irlanda, un empleado de este caballero, en su presencia y en pleno día, se elevó en el aire y voló por todo el cuarto, encima de sus cabezas. Esto lo relata Glanvil en su “*Sadducismus Triumphatus*”. El Sr. Madden en su “*Biografía de Savonarola*” después de contar sobre este monje un caso semejante, dice: “Estos fenómenos han sido observados numerosas veces y que la evidencia, en la que se basan las narraciones hechas, merece tanto crédito como un testimonio humano. Ninguno de nosotros ignora que se pueden encontrar por lo menos cincuenta personas merecedoras de toda confianza y crédito que constatarían la misma cosa al respecto del Sr. Home (pág. 16 y 17).

CAPÍTULO III

CASOS EXTRAÍDOS DE LOS HAGIÓGRAFOS ²⁶

En el capítulo XXXII del tomo II de la “*Mística Divina*”, el abate Ribot, profesor de Teología Moral en el gran seminario de Orleans, refiere un gran número de casos de levitación atribuidos a santos. Prefiero citarlo textualmente, limitándome a suprimir los textos originales en latín, por el autor, en la parte inferior de las páginas²⁷.

Los seres corporales están ligados entre sí, como los anillos de una gran cadena, por acciones y reacciones que se prolongan y repercuten hasta en los últimos confines del mundo físico. En cada punto del espacio material se inscriben los resultados de las acciones recíprocas que ejercen, unas sobre otras, las partes que las componen.

Esa ley primordial de la materia, que pone sus elementos constituyentes en relación de dependencia, de unión, o, como se expresan los filósofos escolásticos, de continuidad, tiene el nombre de atracción, cuando se considera bajo el punto de vista general. Aplicada esa razón a la masa terrestre y los objetos que la rodean, es lo que llamamos gravedad. Todos los cuerpos están sometidos a la atracción imperiosa que les impulsa hacia el centro de la Tierra, hasta que el equilibrio se establezca entre la acción y la resistencia. Los seres vivos están sujetos a ella. La vida orgánica es una especie de lucha y reacción contra esa esclavitud de la materia por la materia y, cuanto más poderoso y libre es el principio de la vida, tanto más el cuerpo que ella anima y gobierna, parece esquivarse a los servidores exteriores. Un alma valerosa comunica a los miembros y órganos algo de la agilidad y la presteza del espíritu.

En la vida mística, esa espiritualización se lleva muchas veces hasta el milagro. Dejando de lado los fenómenos ordinarios que se producen como resultado de la simple influencia del alma sobre el cuerpo, como puede ser un andar fácil, ligero, precipitado, movimientos vivos y rápidos, bajo el impulso de un transporte interior, hechos, además, cuyo carácter maravilloso demuestra, hablando de éxtasis y júbilo, queremos mencionar sólo las derogaciones de la ley física de gravedad que la acción vital no basta para explicar. Se producen principalmente en el éxtasis y en grados diversos. Pocos místicos existen que no hayan sido vistos, algunas veces, en sus éxtasis, elevados por encima del suelo o

²⁶ La hagiografía es la biografía de un santo. El autor de la hagiografía es el hagiógrafo (nota del traductor español).

²⁷ En el Antiguo Testamento (Daniel, XIV, 35) se encuentra la historia de Habacuc, que fue transportado por los aires, desde Judea a Caldea. Eliseo también se elevó por los aires (nota del autor).

suspendidos en el aire sin ningún apoyo, volando y balanceándose a la menor oportunidad.

En éxtasis, escribe de sí misma Santa Teresa, mi cuerpo se volvía tan leve, perdiendo peso de tal modo que alguna vez notaba que mis pies no tocaban el suelo ²⁸. Cuando María de Agreda quedaba en éxtasis, su cuerpo se elevaba igualmente, como si no fuese pesado, y un ligero soplo, incluso a distancia la hacía oscilar y moverse como una pluma. Se pueden citar ejemplos a cientos. Se dice, en particular, que diversos santos, como San Pedro de Alcántara, San Felipe Neri, San Francisco Javier, San José de Cupertino y San Pablo de la Cruz, tenían en el altar esos éxtasis aéreos.

A veces no era una simple elevación por encima del suelo, sino una verdadera ascensión por los aires. Domingo de Jesús y María, religioso carmelita, tan célebre por sus éxtasis, se elevaba al punto que sus hermanos mal podían, extendiendo los brazos, tocar la planta de sus pies. San Pedro de Alcántara llegaba a veces, en sus transportes, hasta el techo del coro.

Un día de la Ascensión, mientras rezaba en el jardín con dos compañeras, la bienaventurada Inés de Bohemia, en súbito éxtasis, se elevó por los aires en presencia de ellas hasta que la perdieron de vista y volvió a aparecer al cabo de una hora, con el rostro radiante de gracia y alegría. Algunas veces, durante sus oraciones contemplativas, Santa Coleta desaparecía por completo en el espacio, a la vista de sus hermanas.

Ciertos éxtasis imprimen al cuerpo un movimiento rápido e impetuoso, que se consideró como un “vuelo”. San Pedro de Alcántara, oyendo cantar en el jardín del convento a un fraile que se entrenaba en los oficios las primeras palabras del Evangelio según San Juan: “En principio era el Verbo...”, fue arrebatado súbitamente, dando a su cuerpo, por una especie de instinto irresistible la forma de una bola. Sin tocar el suelo, se lanzó y atravesó rápidamente sin sufrir ningún daño tres puertas bajas que conducían a la iglesia y fue a parar al altar mayor, donde se detuvo y sus hermanos le encontraron sumido en el éxtasis.

²⁸ He aquí la continuación de ese hecho interesante de la vida de Santa Teresa, escrito por ella misma (capítulo XX):

Mientras el cuerpo está en éxtasis, queda como muerto y muchas veces con absoluta impotencia para obrar. Conserva la actitud en que fue sorprendido. Por eso, se queda de pie o sentado, con las manos abiertas o cerradas, en una palabra, en el estado en que el éxtasis le encontró.

Casi nunca es posible resistirse al éxtasis. A veces yo podía oponer alguna resistencia, pero como de alguna forma era como luchar contra un gigante, quedaba fatigada y exhausta. Otras veces, eran vanos todos mis esfuerzos. Mi alma era arrebatada y mi cabeza casi siempre seguía el movimiento sin que yo pudiese retenerla. Algunas veces, mi cuerpo era arrebatado de tal manera que dejaba de tocar el suelo. Cuando yo quería resistir, sentía debajo de los pies una presión admirable que me levantaba (nota del autor).

Muchas veces sucedía que se arrodillaba al pie de los árboles y ahí, en éxtasis, se elevaba, con la ligereza de un pájaro, hasta las ramas más altas. El bienaventurado Filipino, también de la Orden de San Francisco, permanecía suspendido en el aire, encima de los árboles, como un águila en libertad.

Esos prodigios abundan en la vida del bienaventurado José de Cupertino. Le veían volar hasta la bóveda de la iglesia, sobre el púlpito, a lo largo de las paredes donde se encontraba un crucifijo o una imagen piadosa, en dirección a la imagen de la Virgen de los Santos, pararse sobre el altar encima del tabernáculo, arrojar a lo alto, agarrarse y balancearse en las ramas como si fuese un pajarillo y transportarse, de un impulso, a grandes distancias.

Una palabra, una mirada, o el menor incidente que tuviese relación con la piedad, producían en él esos transportes. Nos gustaría describir algunas de esas escenas que el mundo tacharía de extrañas o ridículas, y que nosotros encontramos admirables, ya que confirman el maravilloso poder de las almas santas sobre el cuerpo y la naturaleza y, sobre todo, el del corazón de Dios que permite que se produzcan, pero esas descripciones detalladas no entran en nuestro programa.

La agilidad sobrenatural se manifiesta también fuera del éxtasis y de las múltiples formas que acabamos de describir. Margarita del Santísimo Sacramento pasaba instantáneamente de un lugar a otro. La encontraban en el coro, en la enfermería, en la sala de ejercicios, incluso con las puertas cerradas y varias veces, sus hermanas la vieron levantada sobre el suelo, como si su cuerpo no tuviese peso ninguno. Un día en que iba a coger uvas para una enferma, la vieron elevándose sin ningún esfuerzo a la altura de las uvas, tomarlas y volver a descender.

Ana Catalina Emmerich cuenta de sí misma que, desempeñando las funciones de sacristán, trepaba y se quedaba de pie en las ventanas, sobre las cornisas y los ornamentos, haciendo limpieza en lugares inaccesibles, sin miedo ni inquietud, acostumbrada como estaba, desde su infancia, a ser asistida por su ángel y sintiéndose, además de eso, llevada y suspendida en el aire por una virtud invisible.

No solamente la agilidad y la ascensión sencilla se encuentran fuera del éxtasis, sino también el vuelo en lo que tiene de más maravilloso.

Santa Cristina, llamada la Admirable, nos ofrece un notable ejemplo. No vamos a discutir aquí el carácter histórico de las excentricidades atribuidas a esa santa, que los propios bolandistas ²⁹ califican de paradójica.

²⁹ Se designa con el nombre de *bolandistas* al grupo de colaboradores jesuitas que prosigue la obra hagiográfica iniciada en el siglo XVII por el Padre Jean Bolland (1596-1665) en Amberes, dedicada a la recopilación de todos los datos posibles sobre los santos católicos (nota del traductor español).

Para nosotros, es suficiente que esos doctos autores hayan aceptado las narrativas que les merecen respeto, declarándolas, por lo menos en la parte que citamos, dignas de crédito y consideración.

Omitir esas narraciones por temor al escándalo que puede producir la incredulidad, sería ceder a un respeto humano que hace mucho tiempo nos debería haber detenido, y que nos parece tan contrario a la piedad como a la ciencia. Así que resumo, en pocas palabras, esa singular existencia:

Cristina nació en Saint-Trond, en la provincia de Lieja, a mediados del siglo XII. Huérfana al poco tiempo, se quedó al cargo de dos hermanas suyas más mayores y se ocupaba de guardar los rebaños en los campos. Activados por la contemplación, los ardores de su alma se volvieron tan intensos que su cuerpo no los pudo resistir. Cayó enferma y murió. Al día siguiente, llevaron sus restos a la iglesia para los funerales. Con ocasión del Agnus Dei de la misa que se celebraba por ella, la vieron de repente moverse, levantarse del ataúd y volar, como un pájaro, hasta la bóveda del templo. Los asistentes huyeron espantados, a excepción de su hermana mayor que se quedó inmóvil, pero aterrorizada, hasta el final de la misa. Atendiendo la orden del sacerdote, Cristina descendió ilesa y volvió a casa, donde comió con sus hermanas.

Después contó a los amigos que vinieron para preguntar que, después de su muerte, los ángeles la habían transportado al purgatorio, al infierno y al paraíso, sucesivamente. Ahí, le dieron la oportunidad de quedarse para siempre en ese lugar o volver a la Tierra para, con sus sufrimientos, trabajar por el rescate de las almas del purgatorio, lo que ella aceptó sin dudar un momento. Sin duda tenía que pasar por un purgatorio, pues desde entonces comienza para esa virgen admirable una vida extraña. La presencia y el contacto de los hombres le son insoportables. Para evitarles, huye para los desiertos, vuela por encima de los árboles, a lo alto de las torres o de las iglesias, para todos los puntos elevados. La creyeron poseída, la amarraron con mucha dificultad y la encadenaron.

Ella, sin embargo, se suelta y continúa sus correrías aéreas, yendo de un árbol a otro como si fuese un pájaro. Sin embargo, le empieza a apretar el hambre. Invoca al Señor y, contra todas las leyes de la naturaleza, sus senos destilan una leche abundante con la que se alimenta durante nueve semanas. Cae por segunda vez en manos de sus perseguidores, pero escapa de nuevo y va a Lieja a pedir a un sacerdote la divina Eucaristía. Alimentada por la forma celestial, sale de la ciudad, llevada por su espíritu a la rapidez del viento, atraviesa el río Mosa, ligera como un fantasma y vuelve a retomar su vida errante, lejos de las viviendas, arriba de los árboles o de las torres, muchas veces en las estacas que lindaban las fincas y en las ramas más delgadas, donde se balanceaba como un pajarillo.

Avergonzados por esas aparentes extravagancias, que la gente atribuía a una legión de demonios, sus hermanas y amigos contrataron a un

malvado, hombre muy forzado, para que la apresase. No pudiendo agarrarla del todo, pudo, no obstante, aproximarse lo suficiente para romperle con su garrote, el hueso de una pierna, y en ese estado, la trajo a sus hermanas. Por compasión, ellas mandaron llevarla en un carro a un médico de Lieja, recomendándole al mismo tiempo que la curase y que se ocupase de ella. Este la encerró en una bodega que sólo tenía una entrada, la ató firmemente a una columna y volvió a cerrar la puerta, después de haber aplicado al miembro fracturado las ataduras convenientes. Después que se retiró, Cristina se quitó lo que le había aplicado, considerando indigno recurrir a otro médico que no fuese Nuestro Señor Jesús. Su esperanza no fue en vano. Una noche, el Espíritu de Dios se prodigó sobre ella, rompió sus cadenas, curó su fractura y ella, libre, corría y saltaba de alegría en su cárcel, alabando y bendiciendo a Aquel por quien había resuelto vivir y morir.

No pasó mucho tiempo sin que, sintiéndose su espíritu angustiado entre esas paredes, consiguió, con ayuda de una piedra enorme, abrir una salida y, veloz como una flecha, saliendo fuera, reconquistar su libertad. Atrapada por tercera vez, la amarraron de tal forma a un banco de madera, que las cadenas comenzaron a penetrar en su carne. Abatida por los sufrimientos, a los que vino a añadirse el tormento del hambre, recurrió de nuevo al Señor, y vio entonces salir de sus pechos, como ya dijimos anteriormente, una aceite limpio con el que untó el pan y curó sus llagas. Enternecidas con ese espectáculo, las hermanas, hasta entonces inhumanas por causa de su incredulidad, le libraron de sus cadenas y permitieron que siguiese, con toda libertad, al Espíritu que la animaba. Continuó, en efecto, sus santas locuras durante largos años, porque pasaron cuarenta y dos entre su liberación y su muerte, ocurrida en 1224.

Ese poder ascensional se produjo algunas veces con tal energía que ningún obstáculo era capaz de contenerlo. Lo que acabamos de narrar sobre Cristina la admirable, bastaría como prueba, pero no es el único ejemplo. Citamos también a San José de Cupertino, en el que parecían reunirse todas las maravillas de la vida extática. En un día de la Inmaculada Concepción, invitó al padre prior a repetir con él: ¡María es bella! Y, después de repetir estas palabras, el santo, entrando en éxtasis, pasó su brazo por la cintura de su superior y le llevó consigo a los aires, repitiendo juntos: ¡María es bella!

Otra vez, le trajeron un caballero, en estado de profunda demencia, para conseguir su cura, por parte de Dios. El santo mandó que se arrojase y poniendo su mano en la cabeza, le dijo: Sr. Baltasar, no tenga miedo, le recomiendo a Dios y a su Santísima Madre... En ese mismo instante dio el grito que habitualmente anunciaba el éxtasis: –Ah– tomó al hombre por los cabellos y se elevó con él al espacio donde le mantuvo suspendido por algún tiempo, y cuando sus pies de nuevo se posaron en el suelo, el enfermo estaba curado.

La ascensión aérea no es la única forma de agilidad sobrenatural, también se produce el andar sobre las aguas. Los primeros ejemplos se

encuentran en el Evangelio. Se sabe que el Salvador caminó sobre la ola como si fuese sobre tierra firme, y permitió al príncipe de los apóstoles que avanzase hacia él sobre las aguas agitadas. El prodigio se reprodujo más de mil veces en el mar, los lagos, ríos y arroyos para testificar que Dios se complace en liberar a sus santos de la esclavitud normal.

El Breviario Romano señala, entre los más brillantes milagros atribuidos a San Raimundo de Peñafort, su travesía desde la isla de Mallorca a Barcelona, unas ciento sesenta millas marinas, que él y su compañero cubrieron en seis horas, sin más barco que su capa.

San Jacinto, al no encontrar ningún barquero para atravesar el río Vístula, hizo la señal de la cruz y entró resueltamente en el río, cuyas aguas se hicieron firmes debajo de sus pies. Sus compañeros, sin embargo, menos confiados, no osaban seguirle. Se volvió a ellos, y, extendiendo la capa sobre las aguas, los hizo ponerse encima y les condujo así hasta la otra orilla, delante de una gran multitud. La Iglesia inmortalizó ese milagro, dejó constancia del mismo en la bula de canonización y en el Breviario. En otra ocasión, el mismo santo volvió a efectuar ese prodigio de una manera más espectacular todavía. Los tártaros acababan de asaltar la ciudad de Kiev y se habían entregado al pillaje, cuando avisaron al santo que no había un instante que perder si quería salvarse con su comunidad. Tomó en cuenta este aviso y, sin dejar las vestiduras sagradas, tomó en sus manos el santo copón y se dispuso a salir. Al llegar a la mitad de la iglesia, oyó una voz fuerte y quejosa que salía de una estatua de alabastro de la Virgen, que pesaba de ochocientas a novecientas libras:

—¿Jacinto, hijo mío, me vas a abandonar a las profanaciones de los tártaros? Llévame contigo.

—Gloriosa Virgen —respondió el devoto siervo— esta imagen es muy pesada. ¿Cómo podré con ella?

—Cógela, hijo mío, se volverá muy ligera.

El santo, teniendo en una de sus manos la eucaristía, tomó con la otra la estatua, que se volvió más ligera que una pluma y, cargando con ese doble tesoro, pasó sano y salvo con los suyos, en medio de los bárbaros que ya invadían el monasterio y llegó a las orillas del Dnieper. Allí el convirtió su capote en una barca para sus hermanos y atravesó a pie el río en toda su anchura, imprimiendo en las aguas sus pisadas.

Tendríamos mucho otros hechos semejantes para contar, porque abundan en las vidas de los santos, pero debemos ultimar esas narraciones para buscar una interpretación... (Tomo II, págs. 588-600).

La independencia, en relación a los elementos exteriores, se manifiesta también por la resistencia a las acciones que ejercen.

Es, en algunos casos, una inmovilidad que hace vanos todos los impulsos y esfuerzos. Un día en que el bienaventurado Gil, de los hermanos predicadores permanecía suspendido en el aire a causa de su éxtasis, su

compañero y las personas de la casa donde estaban intentaron hacer descender su cuerpo hacia el suelo sin conseguirlo de ninguna manera.

Santa Lucía, la mártir de Siracusa, amenazada con ser llevada a un lupanar, se quedó tan inmóvil que ni los verdugos que tenían orden de llevarla ni varias yuntas de bueyes, a las que la amarraron con cuerdas, pudieron hacerla mover. (Tomo II. Págs. 601-602).

San Pascual Bailón manifestó algunas veces su presencia y su virtud por medio de percusiones en las imágenes que le representan, pero es principalmente en los relicarios, que contienen sus reliquias, donde esos ruidos extraordinarios se hacen oír, bien suaves y armoniosos o más acentuados e incluso retumbantes como una bomba (Tomo II, pág. 229).

El abate Ribet dice, en otro lugar (II, 547), que Santa Ota era levantada y sostenida por ángeles dos veces al día, cuando oraba.

Además de los santos mencionados por ese escritor como sujetos de levitaciones, los bolandistas atribuyen el mismo milagro a las siguientes personas, clasificadas por fecha, desde el siglo IX hasta comienzos del siglo XVIII: André Salus, esclavo (tomo VIII, pág. 16); Luca de Sotherium, monje griego (II 85); Esteban I, rey de Hungría (I 541); Ladislao I, rey de Hungría (V, 318); S. Domingos (I, 405, 573); Ludgard, hermana belga (III, 238); Humiliana, de Florencia (IV, 396); Juta, de Prusia, eremita (VII, 606); S. Buenaventura (III, 827); Santo Tomás de Aquino (I, 670); Ambrosio Santedonio, sacerdote italiano (III, 192, 681); Pedro Armengal, sacerdote español (I, 334); San Alberto, sacerdote siciliano (II, 326); Margarita, princesa de Hungría (II, 904); Roberto de Solenthum, sacerdote italiano (III, 503); Ines de Montepoliciano, abadesa italiana (II, 794); Bartolo de Vado, eremita italiano (II, 1.007); Isabel, princesa de Hungría (II, 126); Catalina Columbina, abadesa española (VII, 532); S. Vicente-Ferrer (I, 497); Coleta de Ghont, abadesa flamenca (I, 559, 576); Jeremias de Panormo, monje siciliano (I, 297); San Antonio, arzobispo de Florencia (I, 335); S. Francisco de Paula (I, 117); Osana de Mantua, monja italiana (III, 703, 705); Bartolome de Anghiera, monje italiano (II, 665); Columba de Rieti, monja italiana (V, 332, 334, 360); San Ignacio de Loyola (VII, 432); Salvador de Horta, monje español (II, 679, 680); S. Luís Bertrand, misionero español (V, 407, 483); Juan de Cruz, sacerdote español (VII, 239); J. B. Piscator, profesor romano (IV, 976); Buenaventura de Potenza, monje italiano (XII, 154, 157-9).

Podemos añadir a esos nombres los de otros santos o bienaventurados, sacados de biografías particulares.

André-Huberto Fournet, sacerdote francés, fundador de la Orden de las Hijas de la Cruz, 1752-1854. (O. R. P. Rigaud –Vida del buen Padre André-Huberto Fournet, pág. 496).

Claudio Dhière, director del gran seminario de Grenoble, 1757-1820. (A.-M. de Franclieu –Vida del Sr. Claudio Dhière, págs. 293-4).

El bienaventurado Cura d'Ars, 1786-1859. (El abate Alfredo Monnin – “*Vida del Sr. Juan Bautista-Maria Vianney*”, pág. 159).

Se encuentran también casos de levitaciones realizadas por religiosos o religiosas menos notables en las obras del Dr. Calmet y en las cartas de Nicolina.

Y aquí tenemos otros hechos:

En la segunda parte del primer siglo de nuestra era, el diácono Felipe era arrebatado por un espíritu al volver de Gaza, donde fue a bautizar a Candocia, reina de Etiopía.

Amelinau (“*Los Monjes Egipcios*”, publicación del Museo Guimet) cuenta que, habiendo los paganos de Antinoë acusado a Schnoudi de haber roto sus ídolos, éste fue levantado, por los ángeles del Señor, hasta una altura donde todavía se podía hacer oír. Quedó así suspendido encima del tribunal del gobernador durante bastante tiempo, después descendió poco a poco. La multitud le llevó en triunfo.

En 1555, en el reinado de Carlos V, Tomás, arzobispo de Valencia, estuvo suspendido en el aire en éxtasis, por doce horas. Este fenómeno fue constatado no sólo por los habitantes de su palacio y del clero, sino también por gran número de ciudadanos. Al volver en sí, tenía todavía en la mano el breviario que estaba leyendo al comenzar el éxtasis y se contentó con decir que no sabía en qué punto se había quedado en la lectura. (Bolland, V, 332, 334, 360).

El bienaventurado Pedro Clavet, apóstol de los negros, pasó una noche arrodillado en el aire con un crucifijo en las manos.

Existen varios cuadros y grabados representando casos de levitación. El más conocido es el Milagro de San Diego, por Murillo (catalogado en el Museo del Louvre bajo el número 550 bises). Otro cuadro, que se encuentra en una iglesia de Viterbo, muestra a un sacerdote elevándose en los aires en el momento de la consagración.

CAPÍTULO IV

CASOS CONTEMPORÁNEOS EN OCCIDENTE

A. OBSERVACIONES DEL MAGNETIZADOR LAFONTAINE

Lafontaine, en sus viajes a través de Europa, tuvo ocasión de observar, entre los enfermos que le traían para ser curados por el magnetismo, algunos fenómenos que pueden relacionarse con aquellos que acabamos de mencionar.

Así, cuenta ³⁰ que una doncella de familia noble, en Inglaterra, presentaba todos los síntomas de la gran histeria descrita después por Charcot, y esa agilidad extraordinaria que ha sido constatada en más ocasiones. Cuando llegó a su casa, la encontró en la cama, sin respiración aparente. Parecía que la vida le había abandonado. Su rostro, pálido, estaba cubierto de un sudor frío. De repente, ese cadáver, se animó.

De un salto, la doncella fue hasta la mitad del aposento, con los ojos abiertos como platos, gesticulando con los brazos, elevándose con la punta de los dedos de los pies y corriendo, semivestida por el cuarto, se tiró al suelo, con horribles convulsiones, chocando con su cuerpo en todas partes, dando gritos y rechazando a las personas que intentaban sujetarla para que no se hiciese daño. Después, enderezándose de repente y pronunciando palabras entrecortadas y sonidos inarticulados, saltó a alturas extraordinarias. Luego, retorciéndose en actitudes casi imposibles, puso la cabeza entre las rodillas, levantó una de las piernas y giró la otra a una velocidad espantosa, conservando a la vez la cabeza cerca del entarimado.

A veces se incorporaba, con gritos de terror, como si estuviese viendo un espectáculo horrible, otras abrazaba con amor a fantasmas invisibles y después caía exhausta sobre la alfombra. Luego, saltaba de nuevo y corría para uno y otro lado del aposento, poniendo los pies sobre los muebles, las tazas, las jarras, las lámparas, sobre las vitrinas que guardaban la plata, y todo eso sin romper ni tirar nada al suelo. Después, se sentaba en la alfombra, conversando con un ser imaginario, cuyas respuestas imaginarias ella escuchaba. Las convulsiones se presentaban de nuevo... Después, sus ojos quedaban arrobados, caía de rodillas y sus labios murmuraban palabras como una oración. Estaba en éxtasis. La inspiración se apoderó de ella, recitó versos, compuso poesías, anunció hechos que iban a suceder, se elevó en el aire como para volar, y después, finalmente, volvió a caer en total postración, inerte, sin movimiento, sin respiración perceptible. Había terminado la crisis, que duró dos horas.

³⁰ “*Mémoires d'un Magnétiseur*”, tomo I, pág. 284 (nota del autor).

Después de esas terribles convulsiones, la doncella caía en un profundo sueño, que duraba algunas veces dos días, en los que no tomaba ningún alimento. Lafontaine dice que intentó la cura de esta doncella y que, magnetizándola durante tres meses, hizo desaparecer las crisis, que habían durado desde los 14 hasta los 18 años.

En 1858, visitó la aldea de Morzina, en Chablais, donde se había declarado una epidemia de convulsiones entre las doncellas de 11 a 20 años. (De las 23 personas atacadas, sólo una era un muchacho de 13 años de edad).

Las poseídas se pusieron a correr por los bosques, a subir a los árboles con una agilidad extraordinaria, y a balancearse en la parte más alta de los pinos. Si la crisis cesaba en cuanto estaban en la cima, era grande su embarazo para descender. Además de eso, no recordaban al despertar nada de lo que ocurría durante las crisis.

Una de ellas, Victoria Vuillet, de dieciséis años de edad, con un rostro simpático y de carácter afable, era la más exaltada. No sólo corría por los campos durante horas enteras sin cansarse, hablando y gesticulando siempre, o subía a lo alto de los árboles y bajaba con rapidez extrema, sino que, cuando estaba en la cima de los pinos más altos, se tiraba de uno a otro, como lo haría un mono o una ardilla.

Recurrieron a Lafontaine para que la tratase y la llevaron a su casa, en Ginebra.

La vimos por primera vez en nuestra casa el 3 de Abril de 1858. Estaba en crisis. Hablaba con una voz grave y sepulcral, ella, que tenía su voz suave y clara.

Decía frases como esta: –Soy un demonio del infierno de donde salí para atormentar a Victoria hasta que al final, se vendrá conmigo. ¿Oís las cadenas y el fuego al crepitar y los gritos de los condenados que están ardiendo? Esto alegra el corazón y proporciona muchísimo placer. Después, saltaba a una altura pasmosa, daba gritos roncós, y retorció el cuerpo hasta tocar con la cabeza los talones, para revolcarse por el suelo. De un salto, se puso de pie, giró con velocidad espantosa y se paró instantáneamente. Hacía después grandes gestos, articulaba sonidos incomprensibles y saltó sobre una silla, quedándose de repente suspendida sobre el respaldo de la misma, en una posición indescriptible.

Después, corría por encima de todos los muebles, poniendo un pie en un sillón y otro en el respaldo de una silla, más tarde se tiraba encima de otros muebles, girando continuamente en nuestro despacho o sala de visitas, siempre sin dejar de hablar.

Tras haber observado muy bien esa crisis, puse una de las manos en la cabeza de la doncella y otra en su estómago, toda esa maravilla desapareció y sólo quedó enfrente de nosotros una enferma que tenía estertores y se retorció en convulsiones que hicimos cesar casi instantáneamente.

Después de ser magnetizada con pases largos durante treinta minutos, Victoria se sintió muy bien.

Lafontaine destaca que después de quince días de magnetización, Victoria se sintió curada de sus crisis, dolores de cabeza y de estómago. Esa cura fue definitiva, como certificó un tío de la doncella que la había llevado y que residía con ella en Ginebra.

He aquí otro caso referido por el mismo autor (tomo II, pág. 96):

Una paciente mía, la Sra. de A... que yo sonambulicé durante su tratamiento, me proporcionó la ocasión de realizar algunas observaciones curiosas. Un día, en que, más enferma, se quedó en la cama y estaba a su lado una de sus parientes, fui a magnetizarla.

La dormí rápidamente, después dirigí mi acción sobre su estómago y sus piernas. Me mantuve en silencio mientras magnetizaba, como siempre hago en los casos graves, lo que motivó que la joven Laura, aburriéndose, se fuese a la sala de visitas, cuyas puertas estaban abiertas. Después de lanzar una ojeada sobre los libros que había encima de una mesa, se acercó al piano, lo abrió, tocó algunos acordes, y se quedó algún tiempo en una especie de abstracción.

A las primeras notas de los acordes, mi paciente experimentó por todo su cuerpo un ligero estremecimiento que, poco a poco se calmó durante el tiempo de la pausa, sin embargo cuando la joven Laura comenzó a tocar un trozo muy patético que iba directo al alma, mi paciente pareció salir del estado de entorpecimiento en que la sumergió el sueño. Se animó su cara, se sentó en la cama y, siguiendo la música al mismo ritmo, se encontró, de un salto, de pie encima de la cama con los ojos fijos como platos. Sus pies se deslizaron después hasta el borde de la cama, sin que hubiese ningún movimiento de los músculos. Los pies se pararon suavemente fuera de la cama y descendieron al mismo tiempo, sin tener punto de apoyo, hasta la alfombra, como si estuviese movida por una de esas poleas que se utilizan en los teatros para hacer descender a las divinidades desde las nubes. Todo su cuerpo parecía estar suspendido en el aire por un hilo invisible. Sus miembros estaban rígidos.

Yo la miraba con profunda estupefacción, sin comprender nada en absoluto, pero mis ojos estaban bien abiertos. Mi inteligencia y razón se encontraban en su lugar, no podía engañarme. Los pies y las piernas estaban desnudos y la misma Sra. de A... estaba sólo cubierta con una camisa y una ligera mantilla. Mientras, habiendo descendido hasta la alfombra, sus pies se deslizaban sin moverse, sin la menor contracción. Parecía una estatua colocada en un tablón al que estuviesen empujando y que se deslizase sin ningún balanceo, como si estuviese entre rieles.

Yo, admirado, la seguía con mis brazos rodeando su cuerpo, pero sin tocarle, para poder sujetarla en caso de accidente.

La Sra. de A... llegó de esta forma hasta las puertas abiertas de la sala de visitas. La joven Laura, al verla aparecer, pálida, toda de blanco, con

los cabellos en desorden, cayéndole por la espalda, con los ojos fijos, vacíos y sin vida, como un fantasma, soltó un grito de pavor y dejó de tocar. Inmediatamente se dobló el cuerpo de la Sra. de A... No pude retenerla. Se produjeron movimientos convulsivos en todos sus miembros, después se quedó fría y rígida, con el rostro lívido como el de una muerta, era un cadáver. A petición mía, Laura, temblando, tocó algunas notas que parecían ser percibidas por la enferma y que, siguiendo con la interpretación, la hicieron volver a la vida. La música no tardó en hacer su efecto. La Sra. de A... se levantó, con la cabeza hacia atrás, y abrió los ojos que los tenía cerrados. Extendiendo sus brazos para un ser invisible, cayó de rodillas. Su cabeza tocó en la alfombra con humildad, y después, con movimientos voluptuosos, contorneó su cuerpo en actitudes cuya gracia no se puede expresar. Nunca vi nada tan bello y gracioso. Parecía que todo lo que existe de inmortal en nosotros se revelaba en sus actitudes.

Pasado cierto tiempo, atraje de nuevo a la Sra. de A... que se deslizó hacia atrás, siempre en éxtasis. Hice parar la música cuando estaba cerca de la cama y, con un movimiento brusco, hice que se acostase. Entonces, su cuerpo se volvió en poco tiempo tan frío y rígido como un verdadero cadáver. Desapareció todo el movimiento y toda la respiración. Su pulso, como su corazón, no se hacía sentir. Parecía que su alma había huido y no quedase sino el cuerpo de la enferma. Era una situación aterradora, sobre todo al ver el dolor y la desesperación de Laura que se acusaba a sí misma de haberla matado y, de resultas de esto, perdió el sentido en un desmayo que duró una hora.

Mandé que los criados la levantasen y condujeran a otro cuarto, y me quedé solo con la enferma, que no daba ninguna señal de vida. A fuerza de insuflaciones calientes sobre el corazón, estómago y cerebro, hice que volviese gradualmente a la vida. Esto duro media hora. Después la apliqué pases por todo el cuerpo, desde la cabeza hasta los pies, durante dos horas, para que mantuviese un sueño benéfico y reparador. Al final de ese tiempo, jadeante, exhausto, pero triunfante y contento conmigo mismo, desperté a la enferma por completo.

Entonces, tuve la felicidad de oír a la Sra. de A... decir que jamás se había sentido mejor que en ese momento. Además de eso, la parálisis de las piernas, que padecía había recibido una mejoría tal que pudo dar, en el mismo día, totalmente despierta, dos vueltas por el cuarto sin ninguna ayuda, resultando esto maravilloso, ya que hacía dos meses que no podía apoyarse en las piernas. Después de esto, la mejoría aumentó de tal manera que, tres semanas después, la Sra. de A... estaba completamente curada.

B. EL CASO DEL DR. CYRIAX

El Dr. Cyriax, de Berlín, cuenta, en un artículo publicado hace algunos años con el título “*Como me hice espírita*” una aventura que le ocurrió en Baltimore, donde habitaba en 1853:

“Estaban una tarde reunidas en el taller del pintor Lanning unas cien personas para oír un discurso de la Sra. French en estado de trance, cuando de repente, fue levantada del estrado donde se encontraba y llevada al fondo de la sala, dando la vuelta completamente a la misma y parando a una altura de aproximadamente dos pies por encima del suelo. Este fenómeno, constatado por mis ojos así como por los de una centena de personas que se encontraban allí, me produjo escalofríos. Veía delante de mí, estando totalmente consciente, una persona que, sin hacer ningún movimiento, con los brazos cruzados y los ojos cerrados, planeaba por encima del suelo, iba entre dos filas de bancos, cada una con cincuenta personas aproximadamente y volvía después de la misma manera del fondo de la sala hasta el estrado y proseguía con su discurso como si nada extraordinario hubiese sucedido.

Todas las demás personas constataron este fenómeno y quedaron tan aturcidas como yo. Mis sentidos no me habían engañado, por tanto. ¡Lo que vi, ocurrió en la realidad! ¿Qué fuerzas se habían puesto en acción? ¿Sería una fuerza natural, ciega, capaz de obtener resultados tan admirables sin encontrar ningún obstáculo?

Ya que esta hipótesis entraba en oposición con la experiencia, me vi obligado, después de un serio examen, a llegar a la conclusión de que, en estas circunstancias, al haber sido suprimidas, al parecer, las leyes de la gravedad, o encontrado menor resistencia, debía admitir la intervención de una voluntad inteligente, y que, en consecuencia de esta voluntad dar prueba de inteligencia, no podía emanar sino de una personalidad, de un individuo. Querer encontrar una explicación en la manifestación inconsciente de un cerebro no era admisible en esta circunstancia. Este fenómeno me impresionó de tal forma que no dormí en toda la noche. Me veía constantemente delante de lo que había visto y buscaba, en vano, explicarlo por las leyes naturales conocidas.”

C. LAS LEVITACIONES DEL MÉDIUM HOME

Esas levitaciones fueron constatadas por un gran número de testimonios y sobre todo por el Sr. Crookes, que cita estos detalles a este respecto en sus “*Investigaciones sobre el Espiritismo*”:

“Estos hechos se produjeron cuatro veces en la oscuridad en mi presencia. Las condiciones de verificación en que se realizaron fueron ente-

ramente satisfactorias, tanto como se puede juzgar, pero la comprobación por nuestros propios ojos de semejante hecho es tan necesaria para destruir nuestras ideas preconcebidas sobre lo que es o no posible, que me limitaré a mencionar aquí únicamente los casos en que las deducciones de la razón fueron confirmadas por el sentido de la vista.

En una ocasión vi a una señora sentada en una silla, elevarse algunas pulgadas del suelo. En otra ocasión, en que la misma señora se elevó cerca de tres pulgadas, quedó suspendida durante diez segundos más o menos, y enseguida descendió vigorosamente. Se arrodilló para apartar cualquier sospecha de que la elevación hubiese sido producida por ella misma encima de la silla, de tal forma que le veíamos los pies.

Dos niños también se elevaron del suelo con sus sillas en dos ocasiones diferentes, en pleno día y en las condiciones más satisfactorias para mí, porque yo estaba de rodillas y no perdía de vista los pies de la silla, notando bien que nadie podía tocarle.

Los casos más sorprendentes de levitación, de los que fui testigo, se dieron con el Sr. Home. En tres circunstancias diferentes, le vi elevarse completamente encima del suelo del aposento. En la primera, estaba sentado en una tumbona, en la segunda, estaba de rodillas encima de una silla, en la tercera, estaba de pie. En cada una de esas ocasiones, tuve todo el tiempo posible para observar el hecho en el momento en que se produjo.

Hay por lo menos cien casos bien constatados de elevación del Sr. Home, que se produjeron en presencia de muchas personas diferentes, habiéndoles yo oído de boca de tres testigos: el conde de Dunraven, Lord Lindsay y el capitán C. Wynne, con la narración de los más sorprendentes hechos de este género, acompañada de los menores detalles de lo que pasó. Rechazar la evidencia de estas manifestaciones equivale a rechazar todo el testimonio humano, sea cual sea, porque no hay hecho, en la historia sagrada o en la profana, que esté apoyado por pruebas más imponentes.

La acumulación de testimonios que avalan la realidad de las elevaciones del Sr. Home es enorme. Sería mucho desear que alguien, cuyo testimonio fuese reconocido como concluyente por el mundo científico (si acaso existe una persona cuyo testimonio en favor de semejantes fenómenos pueda ser admitido), quisiese estudiar pacientemente esta clase de hechos. Muchos testigos oculares de esas elevaciones viven todavía, y ciertamente, se prestarían a dar su testimonio.

Los mejores casos de levitación del Sr. Home se dieron en mi casa. En una ocasión, se colocó en la parte más visible de la sala, y pasado un minuto, dijo que se sentía levantar. Le vi elevarse vigorosamente, en un movimiento continuo y oblicuo, y quedarse, durante algunos segundos, cerca de seis pulgadas encima del suelo para, inmediatamente, descender lentamente. Ninguno de los asistentes salió de su lugar. El poder de elevarse casi nunca se comunica a las personas próximas al médium. No

obstante, mi mujer fue levantada una vez junto con la silla en la que estaba sentada”.

Crookes escribió al Sr. Home el 12 de abril de 1871:

“Podéis, sin ningún problema, citarme como uno de vuestros testimonios más firmes. Media docena de sesiones del género de las de anoche, con algunos hombres de ciencia bien cualificados, bastarían para hacer admitir científicamente esas verdades que, entonces, se volverían tan incontestables como los hechos de la electricidad”.

La narración de la levitación que se realizó el 16 de diciembre de 1868, en Londres, en una sesión oscura, en presencia de Lord Lindsay, Lord Adare y el capitán Wynne, fue redirigida por Lord Lindsay para la Sociedad Dialéctica, en los términos siguientes:

Home, que estaba en trance hacía algún tiempo, después de haber paseado por el cuarto, se dirigió a la sala vecina. En ese momento, me asustó una comunicación. Oí una voz murmurarme al oído: “El va a salir por una ventana y entrar por la otra”.

Completamente aturdido con el pensamiento de una experiencia tan peligrosa, comuniqué a mis amigos lo que acababa de oír, y esperamos su vuelta con ansiedad. Notamos entonces que se levantaba la vidriera de la ventana del otro cuarto, y casi inmediatamente vimos a Home flotar en el aire, por la parte de fuera de nuestra ventana.

La luna daba de lleno en el cuarto y, como yo estaba de espaldas a la luz, el alféizar de la ventana proyectaba sombra en la pared que estaba a mi lado. Vi entonces los pies de Home por encima, suspendidos a una distancia de seis pulgadas. Después de estar en esta posición durante algunos segundos, levantó la vidriera, se deslizó hacia el cuarto con los pies por delante y fue a sentarse.

Lord Adare pasó entonces hacia el otro aposento y, notando que la vidriera de la ventana, por la que acababa de salir, estaba levantada, solo hasta dieciocho pulgadas de altura, expresó su sorpresa de que Home hubiese podido pasar por esa abertura. El médium, siempre en trance, respondió: “Voy a demostrárselo”. Volviendo la espalda hacia la ventana, se inclinó hacia atrás y fue proyectado hacia fuera con la cabeza por delante con el cuerpo enteramente rígido y después volvió a su lugar. La ventana estaba a setenta pulgadas del suelo. La distancia entre las dos ventanas era de siete pies y seis pulgadas, y cada una tenía sólo un alféizar de doce pulgadas que servía para depositar tiestos.

Destacaré algunos testimonios recientemente publicados:

Home fue levantado de la silla, y le cogí los pies mientras flotaba por encima de nuestras cabezas. (Carta del conde Tolstoi a su mujer ,17 de junio de 1866)

Después, el propio Sr. Home anunció que se sentía levantado. Su cuerpo toma la posición horizontal y es transportado, con los brazos cruzados sobre el pecho, hasta la mitad de la sala. Después de permanecer allí cuatro o cinco minutos, es reconducido a su lugar, transportado de la misma forma (Acta efectuada por el Dr. Karpovitch, de una sesión realizada en San Petersburgo, en casa de la baronesa Taoubi, en presencia del general Philosophoff y de la princesa Havanschky).

La misma noche, habiéndose Home sentado al piano, comenzó a tocar. Como nos había invitado a aproximarnos, me coloqué a su lado. Yo tenía una de mis manos en su silla y otra en el piano. Mientras tocaba, la silla y el piano se elevaron a una altura de tres pulgadas, después, volvieron a su lugar. (Confirmado por Lord Crawford, luego Lord Lindsay, en 1869).

Un célebre médico inglés, el Dr. Hawksley, que trataba en 1862 a la primera mujer de Home, refiere que un día Home hizo, en su presencia, subir consigo a un visitante que deseaba ver algún fenómeno, en una fuerte y pesada mesa que se elevó inmediatamente, con su carga, a ocho pulgadas de altura. El doctor Hawksley se agachó y pasó fácilmente la mano entre las patas de la mesa y la alfombra, después, terminado ese examen, la mesa descendió y el visitante la abandonó.

Veamos como el propio Douglas Home describe sus impresiones ³¹:

Durante esas elevaciones o levitaciones, nada siento de particular en mí, excepto la sensación de costumbre, cuya causa atribuyo a una gran abundancia de electricidad en mis pies. No siento mano alguna que me sostenga, y, desde mi primera ascensión citada más adelante ³², dejé de tener miedo, puesto que si me hubiese caído de algunos techos hacia los que fui elevado, me hubiese herido gravemente. En general, soy levantado perpendicularmente, con los brazos tiesos y erguidos por encima de la cabeza, como si quisiese agarrar al ser invisible que me levanta suavemente del suelo. Cuando llego al techo, los pies son llevados hasta el nivel de la cabeza y me encuentro como en una posición de descanso. He estado muchas veces así suspendido durante cuatro o cinco minutos.

³¹ “*Revelaciones sobre mi vida sobrenatural*”. París, 1864, págs. 53-53 (nota del autor).

³² Se hizo en América, país de Douglas Home, en la oscuridad, en la noche del 8 de agosto de 1852 (Home tenía entonces 19 años), en que se habían producido movimientos de mesas y otras manifestaciones espíritas.

Uno de los testigos lo relata así: de repente, con gran sorpresa de los asistentes, ¡el Sr. Home fue elevado en el aire! Yo tenía en ese momento su mano en la mía y sentí, lo mismo que los otros, sus pies suspendidos a doce pulgadas del suelo. Temblaba de la cabeza a los pies, en lucha evidente con emociones contrarias de alegría y temor, que ahogaban su voz. Otras dos veces sus pies dejaron el suelo. En la última, llegó hasta el alto techo del aposento, donde su mano y su cabeza chocaron sin violencia, suavemente (nota del autor).

Se encuentra un ejemplo de esto en un acta de sesiones que se realizaron en 1857, en un castillo cerca de Burdeos. Una sola vez mi ascensión se realizó en pleno día. Fue en América. Fui levantado en un aposento en Londres, calle Sloane, en el que había cuatro lámparas de gas y en presencia de cinco caballeros que podrán confirmar lo que vieron, sin contar el gran número de testimonios que puedo publicar después. En algunas ocasiones, habiendo disminuido la rigidez de mis brazos, hice con un lápiz letras y señales en el techo, que la mayor parte todavía existen en Londres.

Home atribuía las levitaciones y la mayor parte de los otros fenómenos que producía, a seres inteligentes e invisibles que se apoderaban de su fuerza nerviosa para manifestarse. Tal era también la opinión del Dr. Hawksley, que se expresó así en un artículo pedido por una sociedad científica de Londres:

“Una vez que consentí en realizar este artículo, me reservé la libertad de expresar mi opinión sobre la causa de estos fenómenos, que no es la que suelen tener generalmente. Después de un serio examen, llegué a la conclusión de que esas manifestaciones eran producidas por un espíritu inteligente, que se apoderaba del cuerpo de mi amigo y podía dejarle para operar a distancia ciertos actos, por ejemplo, tocar un instrumento, levantar y proyectar objetos materiales, leer el pensamiento o responder con inteligencia por medio de golpes a las preguntas que le eran hechas.”

Los casos de posesión que hablan las Escrituras, dan lugar a creer que esos fenómenos son idénticos a los que sucedían en tiempos de Cristo. Esas posesiones, según el Evangelio, no constituían un castigo ni prueba de culpabilidad de los que eran sus víctimas. Antes habría que ver en ellas una prueba o un infortunio que debe tener su razón de ser, aunque hasta ahora han resultado totalmente incomprensibles para nosotros. En cuanto a lo que dije respecto al Sr. Home, aunque fuese llevado a creer que estaba poseído, al conocer su vida y sus cualidades, estoy absolutamente convencido de su honestidad, benevolencia y de la nobleza de su carácter (Gardy, “*El médium D. Home*” pág. 142).

D. LAS LEVITACIONES DEL SR. STANTON MOSES

El Sr. Stainton Moses ³³ describió igualmente las impresiones que sintió en la primera de las levitaciones de que fue objeto, en el transcurso de las sesiones efectuadas con algunos amigos:

³³ El Sr. William Stainton Moses, nacido en el condado de Lincoln el 5 de noviembre de 1839 y fallecido en septiembre de 1892, era un sacerdote que profesó en la Universidad de Cambridge. Fue a estudiar teología durante seis meses a un monasterio en el monte Athos. Desde 1870 fue objeto de fenómenos

“Un día (30 de junio de 1870) sentí que mi silla se apartaba de la mesa y se daba la vuelta en la esquina donde estaba sentado, de manera que quedé con la espalda vuelta para los demás y de frente a la esquina de la pared. Inmediatamente, la silla fue levantada del suelo hasta una altura, que, por lo que pude juzgar, sería de 30 a 40 cm. Mis pies tocaban la columna que podría tener 30 cm de altura. La silla quedó suspendida algunos instantes y entonces sentí que la dejaba y seguía subiendo con un movimiento suave y vigoroso. No tuve ningún miedo y no sentí malestar. Tenía perfecta conciencia de lo que sucedía y describía el fenómeno a los que estaban sentados a la mesa. El movimiento era muy regular y nos pareció bastante duradero antes de haber finalizado.

Estaba bien cerca de la pared, tan cerca que pude, con un lápiz, sujeto a mi pecho, marcar la esquina opuesta en el papel de la pared. Esta señal, que se midió más tarde, se encontraba a poco más de 1.80 m del suelo y, según mi posición, mi cabeza debía estar en la esquina del cuarto, cerca del techo. No puedo pensar que estuviese adormecido en ese momento.

Mi espíritu estaba con toda su perspicacia, y yo tenía una completa percepción del fenómeno. No sentí en el cuerpo ninguna presión, tenía la sensación de estar en un ascensor y ver los objetos pasar a lo lejos de mí. Me acuerdo solamente de una leve dificultad al respirar, con una sensación de hinchazón en el pecho y de ser más ligero que el aire. Fui descendido con mucha suavidad y colocado en la silla que volvió a su posición anterior. Las mediciones se realizaron inmediatamente y se registraron las marcas que yo hice con el lápiz. Mi voz decía que resonaba como si viniese de la esquina del techo. Esta experiencia fue repetida nueve veces con mayor o menor éxito.

E. OBSERVACIONES DEL SR. DONALD MAC-NAB

El Sr. Donald Mac-Nab, ingeniero de artes y manufacturas, tan notable por la entereza de su corazón como por la elevación de su espíritu, y que la muerte robó prematuramente a la ciencia, hizo una serie de experimentos con dos amigos suyos, el Sr. F..., compositor de música y el Sr. C..., escultor, varias obras de los cuales fueron admitidas en el Salón de los Campos Elíseos.

extraordinarios. Un resumen de ellos, realizado por el Sr. Myers, miembro de la Sociedad de Investigaciones Psíquicas de Londres, acaba de ser publicado en los “*Anales de Ciencia Psíquica*”. El Sr. Myers fue durante 17 años su amigo íntimo y da el más brillante testimonio de su honradez. El Sr. Stainton publicó la mayor parte de sus libros bajo el pseudónimo de “Oxon”, que significa miembro de la Universidad de Oxford (nota del autor).

El Sr. Mac-Nab publicó, en 1888, el resultado de esos experimentos en "*Lotus Rouge*", dirigido entonces por el Sr. Gaboriau. Aquí se relata lo que se refiere a las levitaciones:

"El médium Sr. F... Son frecuentes las veces que son levantadas en el aire durante las sesiones, pero esto sucede la mayor parte de las veces, con un amigo mío, el Sr. C..., que es también médium. Una vez nos dijo que fue levantado con su silla. Oímos, en efecto, el sonido de su voz que cambiaba de lugar. Hay que tener en cuenta que él tenía zapatos gruesos y no se oía el menor rumor de sus pasos. Finalmente, habiendo encendido la luz, se encontró sentado en su silla, y ésta encima de la cama. Otra vez, habiendo encendido la luz sin mucha consideración, mientras era levitado sobre el piano, cayó tan pesadamente que el pie del mueble se rompió. Tres ingenieros, los Sres. Labro, F... E. M.... fueron testigos de estos hechos. Creí necesario tener pruebas más palpables de esta levitación, y aquí describo lo que imaginé: extendí en el suelo un trozo cuadrado de paño poco resistente, que se llama andrinópolis, una especie de tejido de color rojo, en medio pusimos una silla e hicimos sentar en ella al Sr. C... Otro médium, el Sr. F..., no estaba. Cada uno cogió una punta del paño y, como éramos cinco, dos personas aseguraron una punta. Apagué la luz, y casi inmediatamente sentimos la silla levantarse, quedarse algún tiempo en el aire, y descender luego lentamente. El paño estaba tenso, y, al menor esfuerzo se habría rasgado. Este experimento producía terror al Sr. C... Las personas presentes eran los Sres. R y C, dos señoras y yo.

No creo que se pueda objetar nada a este experimento de levitación del médium, constatado por medio de un paño extendido debajo de la silla. Él ya estaba colocado en su silla cuando apagamos la luz. La elevación se efectuó casi inmediatamente. Éramos cinco personas a su alrededor y le hubiera sido imposible volver después a subir sin que lo notásemos. La levitación no es una fuerza necesariamente vertical, como muchas personas creen. Damos como ejemplo el hecho siguiente, producido en presencia del Sr. de Rochas y que yo observo en casi todas las sesiones:

El Sr. C... estaba sentado a mi lado, junto a la ventana, en la oscuridad. De repente, fue levantado y situado al lado del piano con su silla, muy cerca del Sr. Gaboriau³⁴. Esto ocurrió de una forma tan rápida que

³⁴ El Sr. Gaboriau dice al respecto en una nota: Habiendo el Sr. Mac-Nab encendido la luz bruscamente, como siempre, vi que el médium estaba muy agotado y sudoroso, como si acabase de levantar un fardo pesado. Invirtió algún tiempo en descansar. Por lo que recuerdo, él tenía que haber pasado por encima de la mesa para caer a mi lado, encima de mi silla. Me acuerdo perfectamente del aspecto conmovido y asustado del Sr. C..., y estoy convencido de que había pasado por encima de la mesa con la silla, ya que, siendo muy pequeño el cuarto en que estábamos, lo ocupaba casi completamente con la mesa y las sillas dispuestas alrededor de ella. No habría podido pasar por detrás de nosotros sin rozarnos, especialmente en la oscuridad (nota del autor).

oímos casi simultáneamente el ruido que hizo la silla al levantarse y al posarse en el suelo. Durante el transporte, describió un ángulo de 180°, porque el Sr. C... está de espaldas al piano, y un instante antes estaba de espaldas a la ventana. En una sesión, el Sr. Montorgueil y en otra, el Sr. de Rochas, pasaron la mano por debajo de los pies del médium, durante la ascensión, y pudieron comprobar que no empleaba ningún recurso gimnástico.”

F. OBSERVACIONES DEL SR. B... ANTIGUO PROFESOR DE LA ESCUELA POLITÉCNICA.

En el transcurso del año de 1887, un amigo mío, antiguo profesor de la Escuela Politécnica, que ocupa una posición científica elevada, descubrió por casualidad que un familiar suyo presentaba facultades mediúnicas. Estudió sus diversas manifestaciones y he aquí lo que me escribió al respecto de los fenómenos de levitación:

“Estos fenómenos deben ser tenidos en cuenta como los más interesantes de todos los que fuimos testigos. Mesas pesadas, con un simple movimiento de la mano del médium, se levantaban con las cuatro patas a una altura considerable, y difícilmente se podían bajar al suelo, a pesar de todos nuestros esfuerzos.

Una noche estábamos sentados en el cuarto del médium, a oscuras, alrededor de una mesita colocada delante de la estufa. Encima del suelo, en uno de los ángulos de la estufa, había dos obuses vacíos. Uno tenía un calibre de 16 cm y un peso de 30 kg y el otro, menor, pesaba 12 kg. Después de una serie de golpes violentos, oigo ruidos que se producen por debajo de la mesa, parecidos a los de una máquina eléctrica y, mirando a la izquierda, veo el mayor de los dos obuses rodeado de una viva claridad. Sentí que se elevaba rozándome la pierna, y le vi pasar muy despacito por encima de la mesa. El otro obús, menor, siguiendo el mismo camino, vino a colocarse al lado del primero.

Unos instantes después, se oyó al médium exclamar: –siento que me elevo– Subido a una silla, sigo su ascensión hasta el techo, a lo largo del cual se encuentra estirado, y mi mano puede recorrer su cuerpo espacio en toda su extensión, de la cabeza a los pies. Desciende lentamente, tomando de nuevo la posición vertical, y se coloca de pie encima de la mesa, donde le encontramos, después de haber aumentado la luz de gas, con los pies exactamente puestos en el estrecho espacio que separa los dos obuses. Esa triple ascensión, a pesar del esfuerzo considerable que se supone debía hacer, se realizó sin ningún ruido, y el médium, por más extraña que sea su situación, no parecía sorprendido ni asustado.

El peso del médium sería de unos 60 kg. Suponiendo que la altura de la mesa fuese de 80 cm y la del techo de 3 m, el trabajo efectuado por la

fuerza oculta para producir las tres ascensiones sucesivas no fue menor de $(30+12) 0,8 + 60 \times 3 = 214$ kg.

En otras dos sesiones distintas, el médium fue igualmente levantado y dejado en el techo de su cuarto, sin experimentar la sensación de cualquier impulso exterior y sin poder comprender los motivos de su ascensión”.

G. LEVITACIONES DE EUSAPIA PALADINO

Eusapia Paladino es una mujer de Nápoles, de cuarenta años de edad, cuyas propiedades mediúnicas fueron estudiadas por un gran número de sabios, en Nápoles, Roma, Milán, Varsovia, Cambridge y Francia. Los diferentes artículos, realizados después de los experimentos, fueron reunidos por mí en el libro “*La exteriorización de la motricidad*”, publicado por la librería Chamuel, de Paris, en 1885.

1º. *Levitaciones en Nápoles, en el año de 1883.*— El caballero Chiaia remitió al Congreso Espírita de 1889 una relación de experimentos que acababa de realizar en Nápoles con Eusapia, en presencia del Profesor Dr. Manuel Otero Acevedo, de Madrid, y del Sr. Tassi, de Perugia. La médium estaba en trance, y se bajó la luz de gas a su petición. Al cabo de algunos instantes, durante los cuales sólo se oía el castañetear habitual de dientes de la médium en letargo, Eusapia, en lugar de hablar, como siempre, en mal dialecto napolitano, comenzó a hablar en puro italiano, pidiendo a las personas sentadas a su lado que le asegurasen las manos y los pies. Después, sin oír ningún ruido ni movimiento de su persona, ni la más leve ondulación de la mesa en torno a la cual estábamos, los Sres. Otero y Tassi, más cercanos a la médium, fueron los primeros que percibieron una ascensión inesperada. Sintieron que sus brazos se levantaban muy despacio y, no queriendo de ninguna forma dejar las manos de la médium, tuve que acompañarla en su ascensión.

Este caso espléndido de levitación es tanto más digno de atención cuanto que se realizó bajo la más rigurosa vigilancia, y con tal rapidez que parecía que levantasen una pluma. Lo que sorprendió sobre todo a esos señores, fue el sentir los dos pies de la médium puestos encima de la pequeña superficie de la mesa (0.80 m x 0,60 m), ya en parte cubierta por las manos de cuatro asistentes, sin que ninguna de estas manos fuese tocada, estando todas en la más completa oscuridad.

Todavía aturdidos por un hecho tan extraordinario e imprevisto, uno de nosotros preguntó a John ³⁵ si le sería posible levantar un poco a la

³⁵ John es el nombre de un personaje enigmático e invisible del que Eusapia pretende estar poseída cuando entraba en trance (nota del autor).

médium encima de la mesa, con los pies juntos, de forma que nos permitiese constatar mejor la elevación. Enseguida, sin discutir la exigente y maliciosa pregunta, Eusapia fue levantada de 10 a 15 cm por encima de la mesa. Todos nosotros pudimos pasar la mano libremente por debajo de los pies de la médium, suspendida en el aire.

Al contaros esto, no se cual es el sentimiento más fuerte en mí, si la satisfacción de haber obtenido un fenómeno tan magnífico y maravilloso, o la sospecha de ser considerado como un visionario, incluso por mis más íntimos amigos. Felizmente, éramos cuatro, con el Dr. Acevedo, siempre desconfiado, y dos semicreyentes, dispuestos a aceptar la evidencia de los hechos.

Cuando la médium quiso descender de la mesa sin nuestro auxilio, con una destreza no menos maravillosa que la empleada para subir, tuvimos otros motivos de admiración. Encontramos a la médium extendida, con la cabeza y la parte superior de la espalda apoyados en el borde de la mesa, y con el resto del cuerpo horizontal y derecho como una barra, sin ningún otro apoyo en la parte inferior, a la vez que el vestido estaba sujeto a sus piernas, como si estuviese atado o cosido alrededor de ella. Aunque en la oscuridad, este hecho importante fue (es inútil repetirlo) observado escrupulosamente con el mayor cuidado por todos, de manera que fue más evidente que si se hubiese producido en pleno día.

Tuve ocasión de ser testigo de una cosa todavía más extraordinaria. Una noche, vi a la médium, con el cuerpo rígido en el más completo estado de catalepsia, conservarse en posición, teniendo sólo la cabeza apoyada en la mesa, durante cinco minutos, a la luz del gas, en presencia de los profesores de Cintus, Dr. Capuano y el bien conocido escritor Federico Verdinois y otras personas.

2º) *Levitaciones en Milán, en el año de 1892.* –La relación oficial de los experimentos de Milán, dirigida por el Sr. Aksakof, consejero de Estado del emperador de Rusia, es firmada por los Sres. Giovanni Schiaparelli, director del Observatorio Astronómico de Milán; Carl du Prel, doctor en Filosofía, de Munich; Angelo Brofferio, profesor de Filosofía; Giuseppe Gerosa, profesor de Física en la Escuela Superior de Agricultura de Portici; Ermacara, doctor en Física; Charles Richet, profesor en la Facultad de Medicina de Paris; Cesar Lombroso, profesor en la Facultad de Medicina de Turín.

Constata, con la levitación, otros dos fenómenos conexos:

Variación de presión ejercida por todo el cuerpo de la médium sentada en la balanza. La experiencia se presentaba muy interesante, pero también muy difícil, porque se entiende que todo el movimiento, voluntario o no, de la médium sobre la plancha de la balanza puede ocasionar oscilaciones de la misma, y, en consecuencia, del indicador. Para que el experimento fuese concluyente era preciso que el indicador, una vez en su nueva posición, permaneciese ahí algunos segundos para medir la dislocación del peso. Se hizo el ensayo con esa esperanza. La médium fue colocada

en la balanza, sentada en una silla, y dio un peso de 62 kg. Después de algunas oscilaciones, se produjo una caída muy pronunciada del indicador durante segundos, lo que permitió al Sr. Gerosa, colocado cerca del mismo, comprobar el peso inmediatamente. Era de 52 kg, lo que indicaba una disminución de la presión equivalente a 10 kg. Al expresar nosotros el deseo de obtener el fenómeno inverso, la extremidad del indicador no tardó en elevarse, indicando un aumento de 10 kg. Esta experiencia fue repetida varias veces, y en cinco sesiones diferentes. Una vez no dio resultado, pero en otra ocasión, un aparato registrador permitió obtener dos curvas del fenómeno.

Intentamos reproducir esas depresiones y no pudimos conseguirlas sino situándonos de pie en la plancha y cargando entonces, de un lado y otro cerca del borde, con movimientos bastante amplios, los cuales nunca se observaron en la médium, ni su posición en la silla lo hubiese permitido.

Pero, reconociendo que no se podía declarar el experimento como totalmente satisfactorio, lo completamos tal como se describe más adelante. En esta experiencia de la balanza, algunos notaron que el éxito dependía probablemente del contacto del vestido de la médium con el suelo, encima del cual estaba situada directamente la balanza.

Esto fue comprobado por un observador especialmente propuesto para ese propósito en la noche del 9 de octubre. Estando la médium en la balanza, la persona que estaba encargada de vigilar sus pies, no tardó en ver la orla inferior de su vestido alargarse hasta colgar abajo de la plancha. Mientras se opusieron a esta operación que, con certeza, no era producida por los pies de la médium, la levitación no se efectuó, pero, desde que dejaron que la parte inferior del vestido de Eusapia tocara el suelo, se produjo una levitación repetida y evidente, que fue indicada por una gran curva en el cuadrante registrador de las variaciones de peso. En otra ocasión, intentamos obtener la levitación de la médium colocándola encima de una tabla grande de diseño, y ésta encima de la plancha de la balanza. Impidiendo la tabla el contacto del vestido con el suelo, la experiencia no surtió efecto.

Finalmente, en la noche del 12 de octubre, se preparó otra balanza, con una plancha bien aislada del suelo y distante de este unos 30 cm. Como se vigilaba cuidadosamente para impedir todo contacto fortuito entre la plancha y el suelo, incluso por la orla del vestido de Eusapia, la experiencia falló. No obstante, en estas condiciones creemos haber obtenido, el 18 de octubre, algunos resultados, pero la experiencia no fue bien evidente.

Llegamos a la conclusión de que ninguna levitación dio resultado cuando la médium estaba perfectamente aislada del suelo.

Movimiento del indicador de la balanza de contrapeso. Esta experiencia fue realizada por primera vez en la sesión del 21 de septiembre.

Después de haberse constatado la influencia que el cuerpo de la médium ejercía en la balanza, mientras estaba sentada encima de ella, era interesante comprobar que esta experiencia podía surtir efecto a distancia. Para eso, la balanza fue colocada por detrás de la espalda de la médium sentada a la mesa, de tal forma que la plancha quedase a 10 cm de su silla. En primer lugar, la orla de su vestido fue puesta en contacto con la plancha y el indicador comenzó a moverse. Entonces el Sr. Parofferio se tiró al suelo y aseguró la orla con la mano. Constató que no estaba doblada hacia atrás, y después volvió a su lugar. Continuando los movimientos con bastante fuerza, el Sr. Aksakof se tiró al suelo detrás de la médium, aisló completamente la plancha de la orla del vestido y, dobló aquella por debajo de la silla y comprobó, con la mano, que estaba bien libre el espacio entre la plancha y la silla, de lo que nos informó inmediatamente. Mientras estaba en esa posición, el indicador se movía y se desplazaba, lo que todos vimos y oímos.

Esta experiencia fue realizada una segunda vez, en la sesión del 26 de septiembre, en presencia del profesor Richet. Cuando, después de algún tiempo de demora, el movimiento del indicador se produjo a la vista de todos, el Sr. Richet se alejó de su lugar junto a la médium y comprobó, pasando la mano en el aire y por el suelo, entre la médium y la plancha, de que ese espacio estaba libre de todo manejo o artificio.

Elevación de la médium por encima de la mesa. Situamos entre los hechos más importantes y significativos, esta elevación que se efectuó dos veces, el 23 de septiembre y el 3 de octubre. La médium, que estaba sentada en un extremo de la mesa, gimiendo fuertemente, fue levantada con su silla y colocada con ella encima de la mesa, sentada en la misma posición, teniendo siempre las manos seguras y acompañadas por las de las personas que estaban próximas.

En la noche del 28 de septiembre, la médium, mientras los Sres. Richet y Lombroso aseguraban sus manos, se quejó de sentir unas manos que la agarraban por debajo de los brazos. Después, en estado de trance, dijo con la voz transformada, como la tenía siempre en ese estado: Ahora llevo a mi médium encima de la mesa. Al cabo de dos o tres segundos, la silla, con la médium sentada en ella, fue, no tirada, sino levantada de improviso y depositada encima de la mesa, estando los Sres. Richet y Lombroso seguros de no haber colaborado en nada en esa ascensión con su esfuerzo. Después de hablar, en estado de trance, la médium anunció su descenso y, habiendo el Sr. Finzi sustituido al Sr. Lombroso, la médium fue depositada en el suelo con la misma seguridad y precisión, mientras que los Sres. Richet y Finzi, sin colaborar en nada en el movimiento de las manos y se preguntaban a cada instante acerca de la posición de las manos. Además de eso, durante el descenso, ambos sintieron una mano, que por varias veces, les tocó levemente en la cabeza. En la noche del 3 de octubre, se produjo de nuevo el mismo fenómeno en circunstancias bastante parecidas, estando al lado de la médium los Sres. Carl du Prel y Finzi.

3º) *Levitaciones en Varsovia, en los años de 1893 y 1894.* Eusapia fue a Varsovia en el fin de año de 1893 y se quedó allí durante el mes de enero de 1894. Ahí fue examinada por muchas personas, y se suscitaron al respecto polémicas muy animadas. Hubo varios casos de levitación que fueron mal descritos en la relación dada por la “*Revue de l’Hypnotisme*”. Aquí tenemos un caso bien comprobado:

Una vez, cuenta el Sr. Matazewski, fui testigo de la elevación del médium en el aire, en medio del cuarto, sin ningún apoyo. Estaba en trance y se elevó gradual y lentamente (en postura erecta), volviendo a caer de la misma forma, gradual y lentamente, en el suelo. Daba la impresión que alguien levantaba y bajaba a la médium. Eusapia quedó bastante tiempo suspendida en el aire, para que, libremente, se le pudiese pasar la mano por debajo de los pies para constatar que no tocaba de ninguna manera el suelo. La elevación fue de algunas pulgadas. El hecho se repitió cuatro veces.

El Sr. Ochorowicz habló de esas levitaciones en “*La Ilustración*” de Varsovia:

Otro hecho de los más sorprendentes y raros (obtenido en el Congreso de Milán) fue la levitación completa de la médium, que, agarrada por las manos y los pies, fue levantada del suelo y llevada, con su silla, en estado de catalepsia, encima de la mesa.

“Levantaré a mi médium en el aire”, dijo Eusapia en un francés bastante correcto (lengua que ella no conoce en su estado normal), y, realmente, fue levantada. Tal fue por los menos, mi impresión durante algunos segundos. Pasando la mano por debajo de sus botines, puede constatar que entre estas y la mesa había una distancia de cuatro a cinco pulgadas.

Una vez más fue la médium bruscamente levantada del suelo. Estaba en pie, y el Sr. Ochorowicz tuvo tiempo de pasar la mano entre los pies de Eusapia y el suelo. Terminada la levitación, la médium, siempre en estado semiconsciente, fue caminando hacia la mesa y, apoyando las manos de una manera tosca por encima de su cabeza, intentó simular o quizás provocar una nueva elevación.

Una particularidad digna de notarse, dijo el Sr. De Siemiradzki que fue testigo de ella, es la de los movimientos automáticos análogos, que pueden ser distinguidos muy fácilmente de los verdaderos fenómenos, a los cuales, en muchos casos, se deben atribuir los aparentes fraudes de que acusaron en ocasiones a Eusapia.

4º) *Levitación en Agnelas.* En el mes de septiembre de 1895, Eusapia estuvo en Francia, en mi casa de campo, situada en Agnelas, cerca de Voiron (Isère), para ser estudiada por una Comisión compuesta por los Srs. Sabatier, dean de la Facultad de Ciencias de Montpellier; Coronel de Rochas, director de la Escuela Politécnica; Conde Arnaldo de Gramont, doctor en Ciencias Físicas; Dr. Dariex, doctor en Medicina, director de la

revista “Annales des Sciences Psychiques”; Maxwell, sustituto del Procurador General en Limoges; Barón de Watteville, licenciado en Ciencias Físicas y en Derecho.

Hubo una levitación en la sesión del 27 de septiembre. El acta publicada por la Comisión describe así el fenómeno:

10h.50.– Los Sres. de Gramont, Sabatier y el Coronel de Rochas son sucesivamente tocados en la cabeza, en el hombre, en la espalda y en el brazo. En ese momento, el Sr. Dariex, cansado, deja la sesión.

El Sr. Maxwell cede su lugar, a la izquierda de Eusapia, al Sr. De Rochas. El Sr. de Gramont, abandona la comprobación de las piernas de Eusapia y pasa a la derecha de la médium, sustituyendo al Sr. Sabatier. El Sr. de Rochas asegura la mano izquierda de Eusapia y el Sr. de Gramont la mano derecha.

Eusapia pide que aparten la mesa de la ventana y la lleven al medio de la sala. Se le examinan sus manos, como dijimos. Los pies de Eusapia descansan de esta forma: el derecho encima del pie izquierdo del Sr. de Gramont y el izquierdo encima del derecho del Sr. de Rochas.

Eusapia dijo varias veces: “apare, apare”, es decir “elevar, elevar”, para indicar que va a hacer un esfuerzo para erguirse. Hace repetir a los Sres. de Gramont y al coronel de Rochas, que le aseguren las manos, el movimiento de acompañar las manos en el aire, pero sin ofrecer tracción o resistencia notable. Al cabo de algunos minutos y en una oscuridad casi completa, que permite con gran esfuerzo distinguir los rostros, le pareció al Sr. de Gramont, que aseguraba la mano derecha de Eusapia, que ésta, sin apoyarse en las manos de los observadores que siguen simplemente las suyas, ni los pies de los mismos observadores encima de los cuales descansaban los suyos, era levantada y sentada con un movimiento continuo bastante rápido, no por un impulso o salto, sino más por una ascensión.

La silla se elevó con ella, y los pies de Eusapia llegaron casi a la altura de la mesa. Los observadores se levantaron al mismo tiempo para seguir su movimiento. A partir de ese momento, ella se escapó de las manos de los observadores. El Sr. Sabatier, situado a la derecha del Sr. De Gramont, intenta percibir por el tacto, en la oscuridad, si Eusapia, mientras se eleva, coloca una rodilla encima de la mesa para que le sirva de palanca, pero no puede constatarlo claramente. Los Sres. De Gramont y el Coronel de Rochas afirman que Eusapia fue levantada con su silla a una altura un poco inferior a la de la mesa, sin ejercer la menor presión en ellos ni apoyarse en sus manos o sus pies.

La sorpresa trajo al examen una confusión y relajamiento notables. Se constata solamente que Eusapia está de pie, con su silla encima de la mesa. Intenta elevarse todavía verticalmente. El Sr. Sabatier pasa la mano rápidamente por debajo de la planta de los pies de Eusapia, y constata que los talones están levantados encima de la mesa, ya que Eusapia se apoya

en los dedos de los pies, como hacemos cuando nos erguimos en la punta de los pies. Eusapia entonces se debilita. Las personas más próximas a ella, la reciben en sus brazos y la hacen sentarse en el suelo. Debemos destacar que una de las personas que se encontraban próximas a la mesa, se desmayó casi completamente, no de emoción, sino de debilidad, diciendo que había sentido huir de sí sus fuerzas, bajo la influencia de los esfuerzos de Eusapia.

H. EXPERIENCIAS EN ROMA EN EL AÑO DE 1893

El Sr. Palazzi (de Nápoles) publicó, en diciembre de 1893, la narración de una sesión, a la que acababa de asistir en Roma, en casa de un pintor, el Sr. Francesco Alegiani, en presencia del Sr. Henrique de Siemiradzki, del Dr. Nicola Santángelo, médico de Venosa, de los profesores Ferri y Lorgi, de la Universidad de Roma, del Sr. Hoffmann, director de la revista “*Lux*”, del Sr. Giorli y de algunos otros señores y señoras, en total unas veinte personas, entre las que se encontraban tres médiums, el Sr. Palmiani, ingeniero, y dos jóvenes estudiantes, los Sres. Arturo Ruggieri y Alberto Fontana. Este último era el médium más poderoso.

Catorce personas formaron una cadena alrededor de la mesa iluminada por una linterna roja. El Sr. Fontana estaba en una de las esquinas. El Sr. Giorli le aseguraba la mano derecha y el Dr. Santangelo, que se encontraba, a causa del ángulo de la mesa, en el borde perpendicular a la que ocupaban los otros dos, le aseguraba la mano izquierda. Se oyeron en primer lugar estallidos en la mesa, que se levantó parcialmente, y después se irguió por completo, a treinta centímetros del suelo. Entonces, satisfaciendo el pedido de la mesa, hecho por medio de golpes, se hizo una total oscuridad. Momentos después, de repente, y sin que nada lo hubiese hecho prever, las tres personas arriba indicadas fueron erguidas al mismo tiempo y llevadas encima de la mesa, los Sres. Fontana, en pie, y Santangelo, de rodillas. Esta diferencia de posición podría tener su explicación en el esfuerzo que la fuerza agente no había podido desarrollar enteramente sobre Santangelo, que no se encontraba en la misma línea que el Sr. Fontana. Tuvo que dejar al doctor arrodillado sin conseguir ponerle en pie.

Sea como sea, es necesaria una fuerza muy poderosa para levantar, de una sola vez y al mismo tiempo, tres personas, dos de las cuales, los Sres. Giorli y Santangelo, son muy pesadas.

Este fenómeno fue debidamente constatado por varias personas, entre otras la Sra. Ferri y el Sr. Siemiradzki. Durante ese tiempo, el médium era levantado por encima de la mesa, fenómeno constatado y verificado por la mayor parte de los asistentes, no solo por los que estaban junto al

médium, sino también por la Sra. Ferri, el Sr. Siemiradzki y por mí, que estábamos al lado opuesto de la mesa. Pasamos completamente varias veces la mano por debajo de los pies del médium, entre sus pies y la mesa. Estaba levantado cerca de diez centímetros.

Como la oscuridad completa podía hacer suponer que los dos pies por debajo de los que se pasaba la mano, no eran los del médium, sino que uno pertenecía al médium y el otro al Sr. Giorli que estaba de pie a su lado, trajeron la luz roja, hicieron bajar a los dos verificadores y pidieron a la fuerza agente, que decía ser un espíritu llamado Oscar, que reprodujese el fenómeno en el médium, que quedó sola encima de la mesa y siempre asegurado por la derecha e izquierda por los verificadores, lo que fue aceptado. Una vez se hizo de nuevo la oscuridad, el médium fue levantado encima de la mesa. Se comprobó entonces, muy claramente, que había sido levantado todavía a mayor altura que la primera vez, pues la mayor parte de los asistentes pudieron pasar la mano debajo de sus pies, no tan extendida como antes, pero sí directa y atravesada.

Una vez constatada la levitación, el médium descendió hasta la mesa. Pedimos entonces al espíritu que le bajase de encima de la mesa, lo que hizo. El médium, mientras era bajado lentamente, no cesaba de gritar que, por compasión, no le tirasen de las manos.

Pocos instantes después de estar sentado el médium en su silla, fue, de repente, tirado todo lo largo que era por debajo de la mesa, con tal violencia que arrastró consigo al Sr. Giorli y casi hizo caer al Dr. Santangelo. El médium y el Sr. Giorli vinieron a dar con sus pies en los nuestros, teniendo en cuenta que estábamos en el otro extremo de la mesa. Dijimos al Sr. Giorli que levantase al Sr. Fontana, pero, después de algunos esfuerzos, nos dijo que, debido al peso del Sr. Fontana, no podía moverlo. Otras personas intentaron también, inútilmente, levantar al médium. El Sr. Giorli estaba siempre estirado al lado del médium. Le hicimos retirarse de allí y ponerse de pie, con temor de que contribuyese para volver pesado al Sr. Fontana.

Este, en su espanto eterno, recomendaba a los Sres. Giorli y Santangelo que no soltasen sus manos. El Sr. Siemiradzki, hombre alto y fuerte, quiso levantar al médium, pero no tardó en declarar que el Sr. Fontana estaba pegado al suelo y que no conseguía moverle. La Sra. Ferri quiso también intentar la prueba, pero llegó al mismo resultado negativo. Ferri, que estaba sentado a mi lado, exclamaba lleno de sorpresa: “Y es así, mi mujer es más fuerte que un hombre”. Pedimos finalmente al espíritu Oscar que levantase al médium. En un abrir y cerrar de ojos, éste fue devuelto en su silla. El Dr. Santangelo confirmó los hechos de levitación obtenidos en las sesiones del 8 y 15 de diciembre de 1893, en una carta, de la que destaco lo siguiente:

En completa oscuridad, tanto en la primera como en la segunda sesión, comprobamos la levitación del médium Ruggieri, que se elevó casi a un metro por encima del nivel de la mesa, lo que yo mismo certifiqué e hice constatar, en la primera sesión, por la Sra. Possidoni, que es-

taba a mi izquierda, y en la segunda sesión por la Sra. Ferri, que nos había honrado con su presencia. En el transcurso de la sesión, el médium, después de haber sido elevado al aire, fue tirado con fuerza debajo de la mesa y obligado a quedarse inmóvil, echado sobre su espalda. La Sra. Ferri, el Sr. y la Sra. Siemiradzki y yo nos esforzábamos para moverle por lo menos un centímetro. Todo fue inútil, parecía ser de plomo y estar fuertemente pegado al suelo. Todavía hay más. En la segunda sesión se produjo un hecho que me impresionó mucho y todavía me impresiona todas las veces que lo cuento.

Cuando el médium Sr. Ruggieri comenzaba a elevarse, yo le estaba asegurando fuertemente con la mano, pero, viéndome empujado con fuerza hasta perder pie, me agarré a su brazo y de esta forma fui elevado en el aire como mi compañero, que estaba al otro lado del médium. Fuimos los tres elevados hasta una altura de por lo menos tres metros del suelo, pues yo tocaba con los pies la lámpara que pendía del techo. En rápido descenso, encendida la luz, me encontré arrodillado encima de la mesa, casi con riesgo de romperme la cabeza, aunque todavía no me había ocurrido nada desagradable.

Si, en Roma, yo mismo, sin alas, volé en el aire, y esto lo puedo atestiguar delante de Dios y de los hombres, pero antes de mí, los tres médiums, Cecechini, Ruggieri y Boella fueron también levantados en el espacio hasta tocar el techo... y era maravilloso oír su voz que venía de tan alto, anunciando el fenómeno (ver "*Lux*" VI año, fase 12°).

He aquí hechos importantes, increíbles, si, pero todavía dignos de todas las consideraciones posibles e imaginables. ¿Qué ventaja sacarán de ellos la Química, la Física, la Fisiología, la Psicología, la Antropología, la Ética, la Moral, la Política, Religión, etc.? ¿Por qué no son estudiados?... Son cosas incomprensibles. El Sr. Falcomer, profesor en el Real Instituto Técnico de Alejandría, me habló de esa sesión en una carta fechada el 10 de noviembre de 1895:

"En la casa de mi amigo Hoffmann, en Roma, un médium se elevó al punto de tocar con la cabeza el techo de la sala. Mientras se elevaba, estaba asegurado por dos personas, una tenía su mano derecha y la otra la izquierda. Mi amigo, el caballero Santangelo, médico cirujano y otro, erguidos por los brazos, se elevaron al mismo tiempo que él".

En la misma carta, el Sr. Falcomer señala otra levitación que acababa de realizarse en Florencia, y cuyo resultado fue tan desastroso que me pidió no publicar los nombres de las víctimas. Un médico, redactor de una revista de hipnotismo asistió a esta sesión, trayendo consigo a su pariente, Sr. X... tan incrédulo como él. El Sr. X desafió en términos bastante groseros, a la fuerza desconocida, para que produjese alguna cosa delante de él. El espíritu no tardó en responder con un argumento irresistible. Levantó hasta el techo de la sala a aquel que le había desafiado y le dejó caer tan pesadamente que le rompió el brazo.

Espero convencer a los lectores, por procesos menos brutales.

J. CASOS DIVERSOS

Recientemente fueron observados dos casos en Grenoble y confirmados por el cura de una de sus parroquias, por un profesor de facultad y por un ingeniero, antiguo alumno de la Escuela Politécnica, que dieron testimonio de ellos.

El primero se refiere a una mujer en éxtasis recogida en un convento de los alrededores. Esa mujer permanecía echada en el momento de sus crisis. Algunas veces, su cuerpo se ponía rígido y, si la cogían por el codo, podía ser levantada como una pluma, tan leve parecía. El segundo caso es de un niño, que durante algunos años, presentó fenómenos análogos a los descritos bajo el nombre de agilidad sobrenatural, en el capítulo III, es decir, trepaba sin esfuerzo a lo largo de las paredes. La madre estaba muy inquieta con esas manifestaciones anormales. Consultó en vano a varios médicos. Un día, el niño cayó en una crisis de sonambulismo y dijo el nombre de una tisana que debía beber, lo que fue realizado, y se curó.

En la sesión del 3 de febrero de 1897 de la Sociedad de Ciencias Psíquicas, el padre Bulliot citó un caso de levitación que oyó narrar a monseñor Hulst. La tía del prelado, una santa religiosa, madre del burgo-maestre, fallecida en 1863, fue elevada del suelo en varias ocasiones y a la vista de todas las hermanas de su comunidad, en especial cuando en su presencia se hablaba del amor de Dios.

Un día, la piadosa madre, habiendo sido atada a su reclinatorio, lo arrastró consigo. El reclinatorio cayó de una altura tal que se rompió en pedazos, que fueron conservados. Monseñor Hulst interrogó por separado a varias religiosas que confirmaron estos hechos.

Conozco, en Burdeos, una mujer honrada, la señora Agullana, que me dijo haber sido de joven, perseguida en su aldea, donde pasaba por ser bruja, porque algunas veces se elevaba de repente en el aire, durante un instante, sin que supiese de donde provenía eso.

La levitación fue algunas veces obtenida por atracción magnética.

Uno de los casos, observado por el Sr. Borguignon, negociante en Rouen, fue descrito en una carta dirigida al Dr. Charpignon, el 3 de junio de 1840. Habiendo notado, dijo él, que sus miembros (los del paciente que él magnetizaba) seguían, cuando yo deseaba, todos mis movimientos, intenté atraerles. Habiendo conseguido buen resultado en diferentes ensayos, coloqué mi mano a dos o tres pulgadas encima del epigastrio, y todo su cuerpo se elevó, quedando suspendido... Resaltaré que habiendo tenido, hace seis semanas, la persona que yo magnetizo, un catarro al pecho, dejó, de elevarle horizontalmente, para no cansarla. Colocó entonces la mano por encima de su cabeza, y la hizo elevarse de forma que conseguí pasar varias veces la mano o un bastón por debajo de sus pies.

El Sr. Borguignon afirma que, de diez experiencias, tuvo éxito en ocho de ellas, aunque no pudo reproducirlas con ningún otro paciente.

El Sr. Phéron, de Montauban, dijo él, con quien estoy relacionado y que se ha ocupado en magnetizar según mis consejos, afirmó haber obtenido el mismo resultado en una sonámbula. No pude ver eso, pero sé que es un hombre incapaz de alterar la verdad ³⁶.

El “*Journal du Magnetisme*” de Ricard, consigna en su número de noviembre de 1840, un hecho análogo. El Sr. Schmidt, médico de Viena (Austria) fijó su residencia en Rusia con su hija, que se casó después con el Sr. Pourrat (de Grenoble).

En Kiev, la Sra. Pourrat, que era muy enfermiza, fue magnetizada por su padre. El efecto fue tan poderoso que, después de realizados algunos pases, la enferma, con gran admiración de los asistentes, fue levantada del lecho en el cual estaba echada cuan larga era, de manera que podía pasarse la mano entre la cama y el cuerpo, sin tocar nada en absoluto.

El Dr. Kerner refiere igualmente en su obra “*Voyants de Prévorst*”, que, habiendo constatado que sus dedos atraían a los de la Sra. Hauffe, extendió las manos por encima de ella y la levantó del suelo. Su mujer obtuvo el mismo resultado.

En fin, haré observar que la levitación de una persona viva puede ser considerada como un caso particular de levitación de un objeto pesado cualquiera, de los que di tan numerosos ejemplos en mi libro “*Extériorisation de la Motricité*”, y cuya realidad acabamos de constatar en dos series de sesiones efectuadas del 15 de septiembre al 15 de octubre de 1895 con Eusapia Paladino, en París y en Choisy-Yvrac, cerca de Burdeos.

En París, una mesa pesada se elevó bruscamente debajo de las manos de los experimentadores hasta la altura de sus barbas, quedando en esa posición durante algún tiempo, a pesar de los esfuerzos empleados para hacerla descender, y después cayó con estruendo.

Uno de esos experimentadores, el Sr. Sully-Prudhomme, de la Academia Francesa, vio una mocheta de arquitecto, muy pesada, avanzar hacia él. Me rozó, me dijo él, el lado izquierdo, se elevó a la altura de la mesa, y vino a ponerse encima de la misma.

En Choisy-Yvrac, mientras asegurábamos y veíamos las dos manos de Eusapia puestas encima de la mesa, una silla, colocada detrás de ellas, se elevó sola, pasó por encima de su cabeza, y vino a presentarse, en el aire, a la mano de uno de nosotros que iba a su encuentro.

Cualquier persona que, abriendo este libro al azar, leyese aisladamente uno de los hechos que citamos no dudaría en calificarlo de absurdo, pero ahí está la historia de las ciencias para recordarnos que cada generación vio caer, ante nuevos hechos pacientemente recogidos y observados, la

³⁶ Charpinon “*Physiologie du Magnétisme*”, pág. 74 (nota del autor).

mayor parte de los conocimientos de los que la generación anterior se sentía bien segura. Veamos la biblioteca de un físico, de un químico, de un fisiólogo del último siglo. ¿Qué queda hoy? ¿Tenemos derecho a que nos consideren más privilegiados que a nuestros antepasados, sobre todo cuando pensamos en las dificultades de toda clase que se han opuesto y se oponen al estudio de los fenómenos que aquí tratamos?

CAPÍTULO V

TEORÍAS PROPUESTAS Y FENÓMENOS ANÁLOGOS

A. LAS TEORÍAS

Hemos visto, en los capítulos precedentes, cuan diversas eran las circunstancias en las que se producía la levitación, y algunas de las explicaciones que han sido dadas.

El abate Ribet y algunos místicos son llevados a atribuir la mayor parte de los casos a la preponderancia que el espíritu toma sobre el cuerpo.

Los ocultistas expresan casi la misma opinión, diciendo que el cuerpo astral, desprendiéndose, arrastra al cuerpo carnal, y hacen notar que a este desprendimiento del cuerpo astral, operado en otras condiciones, son debidos los sueños tan frecuentes en que se imagina ser sustraído a la acción de la gravedad y tener la facultad de lanzarse a través de los aires.

Home, Eusapia y la gran mayoría de los católicos ven en eso la acción de entidades inteligentes e invisibles (elementales, ángeles o demonios)

Ciertos sabios orientales, finalmente, explican el hecho por corrientes eléctricas.

Esa es también la explicación propuesta por el Sr. Fugairon, doctor en Ciencias y Medicina, que admite la realidad de los hechos, en su libro titulado "*Ensayos sobre los fenómenos eléctricos de los seres vivos*".

Esto es lo que dice (págs. 133 y siguientes):

Son conocidos los movimientos debidos al flujo de electricidad por las puntas, flujo que se demuestra en los cursos de Física, por medio del torniquete. Si fijamos un instrumento sobre el conductor de una máquina eléctrica, lo vemos girar en sentido contrario al flujo de la electricidad. Se explica ese movimiento por la repulsión que se ejerce entre el aire electrizado y la punta, repulsión que expele el aire de una parte, y de otra retroceder la punta. La rotación se da también en el aceite, líquido mal conductor, pero no en el agua.

Por consiguiente, ¿no sería posible que un paciente generador de electricidad, bien dotado, de pie sobre la punta de los pies, sobre un suelo o un ladrillo mal conductor, y produciendo un flujo muy intenso de fluido eléctrico por los dedos de los pies, se elevase por encima del suelo? ¿No podría producirse el efecto si el paciente, en éxtasis, dejase escapar su fluido al mismo tiempo por los dedos de los pies y por las rodillas dobladas?

Se sabe que el cuerpo de los animales es diamagnético³⁷, y que la Tierra es un imán. Ahora, de la misma forma que los cuerpos pesados se apartan de la superficie de la Tierra, cuando pesan menos, en igual volumen, del que el medio ambiente, de la misma manera un imán repele el cuerpo que es menos magnético de lo que el medio en que está sumergido. Quizás que este principio, debido a Becquerel, represente también un papel en la levitación³⁸.

Parece esto más probable cuando se ha visto, en las citas precedentes producirse la levitación como una especie de prolongación de la agilidad sobrenatural, esto es, de la disminución de peso de los pacientes³⁹, y las experiencias realizadas a finales del siglo XVIII parecían probar que la electricidad disminuía el peso de los cuerpos.

Esto es lo que dice Steigglehner, profesor de Física en Ingolstadt, en una memoria publicada en el año de 1785, en Haia, con el título “*Analogía de la electricidad y del magnetismo*”.

Mandé hacer dos vasos cilíndricos de latón. Con una buena balanza conseguí que tuviesen el mismo peso y los llené con igual cantidad de agua. El diámetro de cada vaso era de 31 líneas⁴⁰. Saqué uno de los vasos de la balanza y lo electricé con el agua que contenía. Puse el otro aparte, pero lo dejé en el mismo cuarto para no exponerlo a otra temperatura. Después de haber electricizado el vaso y el agua que contenía, durante una hora, volví a poner los dos vasos en la misma balanza, y el que había sido electricizado pesaba 12 granos⁴¹ menos. Habrá, pues, una evaporación equivalente a la misma cantidad.

—Coloqué un pájaro en una balanza, y lo electricé durante dos horas o más. Me di cuenta que disminuía cada vez más de peso, de forma que, por último, estaban algunos granos más leves, sin embargo no puedo todavía determinar el número exacto, porque es diferente según el estado de la máquina y del aire.

³⁷ El *diamagnetismo* es una propiedad de los materiales que consiste en ser repelidos por los imanes (nota del traductor español).

³⁸ Dice Alfred Erny en su excelente obra “*El Psiquismo experimental*”: “Según los yoguis de la India, la levitación depende de la diferencia entre las polaridades eléctricas o magnéticas, y el cuerpo humano tiene una polaridad diferente de la Tierra, de manera que dichas polaridades se pueden anular en algunos casos. Esto quiere decir que, si la Tierra y el cuerpo llegan al mismo estado de polaridad, el cuerpo alcanza el poder elevarse en la atmósfera (nota del autor).

³⁹ Se sabe que, en otro tiempo, se pretendía reconocer a las brujas sumergiéndolas en el agua. Eran condenadas si flotaban, es decir, si presentaban una ligereza específica mayor que la mayoría de los mortales (nota del autor).

⁴⁰ Línea: medida de longitud antigua que correspondía a 1/12 pulgada (nota del traductor español).

⁴¹ Grano, medida de peso antigua que equivalía a 0,064 gr (nota del traductor español).

Encontré, en el intervalo de tiempo que acabo de enunciar, algunas veces 8 granos, otras veces 12. El abate Nollet encontró casi la misma cosa. Según sus experiencias (Memorias de la Academia Real de Ciencias, en 1747, pág. 238; en 1748, pág. 178), un gato perdió entre 66 y 70 granos, una paloma entre 15 y 20, pero electrizó durante 5 o 6 horas.

Ciertos magnetizadores pretenden que se puede transformar un objeto pesado o leve, magnetizándole. Afirmamos, dice el Sr. de Mirville (*“De los espíritus”*, pág. 300), que, a una simple señal que nosotros mismos transmitíamos a un magnetizador, o su sonámbulo, cargado a nuestros propios hombros, se transformaba a nuestra voluntad infinitamente más leve. También afirmamos que, a una simple señal nuestra al magnetizador, situado en el otro extremo del cuarto, ese sonámbulo, cuyos ojos estaban herméticamente cerrados, se dejaba arrastrar rápidamente... O bien, obedeciendo a nuestras nuevas intenciones, se quedaba de repente tan pegado al suelo que, curvado horizontalmente y no sosteniéndose sino en la punta de los pies, eran inútiles todos nuestros esfuerzos (éramos cuatro personas) para hacerle avanzar lo más mínimo. El magnetizador decía: “Podéis atarle a seis caballos, que no se moverá de ahí...”. Allan Kardec refiere en su *“Libro de los médiums”* que varias veces se vio a personas flacas y delicadas levantar con dos dedos, sin esfuerzo y como si fuese una pluma, a un hombre fuerte y robusto junto con el mueble donde estaba sentado. Esta facultad es, además, no continua en los pacientes, visto un fenómeno de otra clase que se puede extraer del experimento siguiente, referido por el célebre físico David Brewster, miembro de la Sociedad Real de Londres, en una de sus cartas a Walter Scott sobre la magia natural:

La persona más gruesa de la Sociedad se sitúa encima de dos sillas, de forma que la parte inferior se asienta en una y los hombros en otra. Cuatro personas, una en cada pie y en cada hombro, intentan levantarlo y comprueban que es muy difícil. Cuando vuelven a sus lugares, la persona que está echada da dos palmadas como señal. A la primera, todos ellos aspiran con fuerza. Después que los pulmones están llenos de aire, da la segunda señal para la elevación, que se realiza sin la menor dificultad, como si la persona levantada fuese tan leve como una pluma. En varias ocasiones pude observar que, cuando una de las personas que levantaban no aspiraba al mismo tiempo que las otras, la parte del cuerpo que se esforzaba por levantar, quedaba por debajo de las otras. Muchas personas hicieron sucesivamente el papel de levantador o levantado. Todas quedaron convencidas que, por el proceso que acabo de describir, o el peso de la persona levantada disminuía o la fuerza de los levantadores aumentaba.

En Venecia, se repitió la misma experiencia en condiciones todavía más admirables. El hombre más grueso de la Sociedad fue elevado y cargado en la punta de los dedos meñiques de seis personas. El mayor H... declara que la experiencia falla cuando la persona a elevar está echada encima de una tabla. Considera esencial que los levantadores estén en contacto con el cuerpo humano a elevar. No tuve ocasión de verificar este hecho personalmente. Es muy probable que el fenómeno sea

complejo ⁴² y no siempre debido a las mismas causas. Por eso, interesa recordar al respecto de una cuestión todavía tan oscura, otros hechos que pueden tener algún parecido y que son evidentemente causados por la electricidad.

B. FENÓMENOS DE REPULSIÓN PRODUCIDOS POR LA CORRIENTE ALTERNA

(Extraído de la obra “*Physique Populaire*”, Desbeaux, págs. 56 y siguientes).

El profesor Elihu Thomson, de Lynn (estado de Massachusetts), observó en 1884, en el Instituto de Washington, que un electroimán, excitado por una corriente alterna y periódica, repelía una magneto, un disco de cobre, un tubo, etc, convenientemente colocados en su campo. Esas experiencias intriguaron mucho a los visitantes de la Exposición de 1889, poco habituados la mayoría, a los fenómenos de acción a distancia, es decir, ejercida sin un intermediario visible. El calentamiento intenso de los objetos repelidos era igualmente para ellos una causa de admiración.

El electroimán empleado no era diferente de los que describimos. Estaba colocado verticalmente sobre un soporte. Su núcleo estaba formado por un grueso manojo de hilos de hierro, aislados unos de otros. El hilo de cobre enrollado alrededor de este núcleo era muy largo. Sus extremos terminaban en los dos límites del soporte, unidos por otra parte a las extremidades del circuito exterior que conducía la corriente de una poderosa dinamo de efectos alternos. Un tubo de cartón, enfilado en el electro, ocultaba el hilo.

Estando preparadas de esta forma las cosas, se abandona a sí mismo un anillo que rodea el electro, es violentamente lanzado al aire.

C. TRANSPORTE, POR EL RAYO, DE OBJETOS INANIMADOS

(Extraído de la obra “*Le Tonnerre*” de F. Arago, páginas 124 y siguientes).

Una propiedad del rayo digna de ser estudiada es aquella en virtud de la cual el meteoro transporta algunas veces a distancia masas de un gran peso. Voy a citar algunos ejemplos de esos transportes.

⁴² En una de las últimas sesiones que se efectuaron con Eusapia, en Choisy-Yvrac, cerca de Burdeos, en la casa del Sr. Maxwell, yo me encontraba sentado a la derecha de la médium cuyas manos estaban atadas. Sentí una mano que se introdujo en mi sobaco derecho y, obedeciendo a esta indicación, me puse en pie. Inmediatamente, mi silla subió a lo largo de mi espalda y vino a colocarse de tal forma que quedé con la cabeza entre sus cuatro patas. Eusapia dijo que me quería haber levantado con la silla, pero que ésta se levantó sin darle tiempo (nota del autor).

En la noche del 14 al 15 de abril de 1718, un rayo hizo saltar el tejado y las paredes de la iglesia de Gouesnon, cerca de Brest, como lo habría hecho la dinamita. Las piedras fueron lanzadas en todas las direcciones, hasta una distancia de 51 metros.

El rayo que cayó en el castillo de Clermont-en-Beauvaisis, hizo un agujero de 65 centímetros de largo y de 60 de profundidad en una pared, cuya construcción, según la tradición general, se remontaba al tiempo de los Césares y que, en todos los casos, era tan dura que costaba picarla. Los trozos, provenientes de ese agujero, se hallaban diseminados en diversas direcciones, a más de 16 metros de distancia.

Durante la noche del 21 al 22 de junio, el rayo rompió un árbol en el bosque de Nemours. Los dos fragmentos del tronco tenían uno 5 y otro 7 metros de largo. Cuatro hombres no habrían levantado el primero, pero el rayo lo lanzó a 15 metros de distancia. El segundo estaba a 5 metros del primer lugar, pero en una dirección opuesta al primer fragmento. Su peso excedía el que sólo ocho hombres conseguirían mover.

En enero de 1762, un rayo cayó en el campanario de la iglesia de Breag, en Cornosilles. La torrecita (pináculo) hecha de ladrillos del sudoeste se rompió en cien pedazos y fue totalmente demolida. Una piedra, que pesaba quintal y medio, fue lanzada desde arriba del tejado de la iglesia, en dirección al sur, a una distancia de 55 metros (sesenta yardas). Se encontró otra piedra a 394 metros (400 yardas) de la torre, pero esta vez en dirección al norte. Una tercera estaba al sudoeste.

En Funzie, en Feltar (Escocia), a mediados del último siglo, una roca de granito, de 32 metros de largo por 3 de ancho y que tenía, en algunas partes 1,20 metros de espesor, fue arrancada en un instante por un rayo y rota en tres fragmentos grandes, sin contar los pequeños. Dos fragmentos mayores, uno con 7,90 metros de largo, 3 metros de ancho y 1,20 metros de espesor, fueron girados simplemente. El segundo, con 8,50 metros de largo, 2,10 de ancho y 1,5 de espesor, fue lanzado por encima de una habitación y cayó a una distancia de 45 metros. Otro fragmento, de 12 metros de longitud, fue proyectado en la misma dirección con mayor fuerza todavía, y se perdió en el mar. (Extraído por el Sr. Hilbert, de los *“Manuscritos”* del Rev. Jorge Low, citado por el Sr. Lyell en el primer volumen de su obra *“Principios de Geología”*).

El 6 de agosto de 1809, en Swinton, a cerca de 8 kilómetros de Manchester, un rayo produjo, en una parte de la casa del Sr. Chadwick, efectos mecánicos notables que vamos a describir sin ocuparnos por ahora de su explicación.

Una casita hecha de ladrillo, que servía para almacenar carbón de piedra, y terminada, en su parte superior, por una cisterna, estaba al lado de la habitación del Sr. Chadwick. Las paredes tenían 0,90 metros de grosor y 3,30 metros de altura. Sus cimientos descendían a 30 centímetros aproximadamente de la superficie del suelo. El 6 de agosto, a las dos de la tarde, después de sucesivos truenos de una tormenta apartada y que parecía

aproximarse, se oyó una formidable explosión, seguida de un torrente de lluvia. Durante algunos minutos un vapor sulfuroso rodeó la casa.

La pared exterior de la casita, con la carbonera y la cisterna fueron arrancadas de los cimientos y levantadas en conjunto. La explosión las elevó verticalmente y sin derribarlas, a alguna distancia de su lugar primitivo. Uno de sus extremos se dislocó 2,70 metros, otro 1,20 metros. La pared, así levantada y transportada se componía, sin contar la argamasa, de 7.000 ladrillos y pesaría unos 26.000 kilogramos.

En el momento del fenómeno, la carbonera contenía una tonelada de carbón y la cisterna una cierta cantidad de agua. (*Memorias de Manchester*, tomo II, 2ª serie.).

El Sr. Liais relata que, durante la tempestad desatada en Cherburgo en la noche del 11 al 12 de julio de 1852, el rayo cayó en el mástil de mesana⁴³ del navío “El patriota”, que se encontraba en el puerto. El mástil fulminado fue abierto en una longitud de 26 metros, entre la punta y el cesto de la vela. Varios fragmentos fueron lanzados a gran distancia. La fuerza de la proyección fue tal que un trozo de 2 metros de longitud, que medía 20 centímetros en escuadra en el extremo más grueso, y terminando en punta en el otro extremo, fue, a cerca de 80 metros de distancia, a derribar el tabique de roble de la cerrajería, que tenía 3 centímetros de grosor.

Esa astilla entró por la parte más gruesa y se empotró hasta casi la mitad del tabique. La detuvo un nudo.

D. TRANSPORTE POR EL RAYO DE PERSONAS VIVAS

(Extraído de la obra del Dr. F. Sestier “*La Foudre*” París 1866, tomo II, pág. 87)

El rayo, que trasporta a lo lejos los cuerpos inertes, ejerce también sobre el hombre y los animales los efectos de traslación.

En el momento en que el navío “La Felicidad” fue fulminado cerca de Bona, se vio pasar al grumete, arrebatado con la rapidez del relámpago, de popa a proa del navío, donde cayó.

El 8 de julio de 1839, a las tres de la madrugada, un rayo cayó en un roble cerca de Boiremont, en los alrededores de Friel (Sena-et-Oise) e hirió a dos obreros de la construcción, que se habían refugiado debajo de él. El más joven, Atanasio Pion, de 22 años de edad, murió en el acto. Presentaba señales de quemadura desde el hombro derecho hasta el pie del mismo lado y sus ropas de algodón caían en hilachos. El padre, fulminado a la vez, presentaba también señales del rayo, desde la frente y

⁴³ El mástil de mesana es el situado más a popa en un barco de tres palos (nota del traductor español).

el hombro izquierdo hasta el pie izquierdo, cuyo zapato tenía un agujero. En el mismo instante, fue levantado y transportado a 23 metros de distancia a unos castaños, donde le retiraron semimuerto. El infeliz quedó discapacitado para siempre.

Algunas veces, los fulminados son levantados perpendicularmente, y caen después en el mismo lugar. Los doctores Raymond y Fallibart citan varios ejemplos. El Dr. Girault refiere otro ejemplo. Un caso más común es aquel en que las personas son levantadas, lanzadas o transportadas a diferentes distancias.

Fort-Liceti cuenta que, habiendo caído un rayo durante un oficio divino en una iglesia de Carpentras, un niño fue arrebatado de los brazos de su madre y proyectado a tres pasos de distancia. Un hecho semejante fue relatado por el Dr. Frencaley. Otro fue observado en la iglesia de San Martín, en Dijon.

Un empleado de un puesto de Telégrafos sufrió una conmoción tan violenta que fue arrebatado de su silla y lanzado con fuerza, a través de una ventana, hasta un jardín vecino.

Tres hombres estaban en un granero donde penetró un rayo. Uno fue impulsado hacia delante y arrojado al suelo, donde quedó como muerto. Los otros dos fueron lanzados en direcciones opuestas, uno contra la pared y otro contra un tabique de madera (Lathrop).

La distancia del transporte es a veces muy grande ⁴⁴. Un leñador, fulminado por un rayo, fue lanzado a una distancia de 20 pies (Cester).

Howard, Lathrop, Buissart, Huberto, Lozeran y Beyer citan casos análogos.

El siguiente, referido con Sage, es muy interesante.

El 23 de junio de 1773, cerca de Chantilly, el cirujano Brillonet fue sorprendido por una tempestad, acompañada de granizo y de fuertes vientos. Bajó del caballo y buscó refugio debajo de un árbol, donde ya se había recogido un labrador. Para oponer mayor resistencia al viento, se estrecharon el uno contra el otro, abrazando el árbol, pero un rayo, cayendo sobre ellos, les separó. El labrador fue arrojado a 6 pies del árbol hacia el este, y el caballo para el oeste dentro de un foso que estaba a la misma distancia. Brillonet fue levantado y transportado a 25 pasos en dirección al foso, describiendo una parábola. Los barqueros, que vieron el hecho a distancia, le vieron de lejos, en el aire, como un bulto negro.

De la misma forma que no explicamos la levitación, no podemos explicar actualmente los efectos del rayo, así como muchos otros que

⁴⁴ Se han visto niños de pecho, arrebatados de los brazos de sus madres, transportados y depositados, sin ninguna lesión, a muchos pasos de distancia, habiendo fallecido o siendo heridas las madres por meteoro. (Id. Tomo I, pág. 212) (Nota del autor).

están relacionados con los fenómenos observados en la reuniones mediúmnicas, como las bolas de fuego y las proyecciones de caracteres o dibujos. Sean cuales sean las relaciones que esos hechos puedan tener entre sí, deberían de ser estudiadas por los científicos de la Física...

Hoy no sólo es el ilustre William Thomson, actual Lord Kelvin, quien, como en 1871, en su discurso de inauguración de las sesiones de la Asociación Británica para el Avance de las Ciencias, en Edimburgo, pueda proferir estas nobles palabras:

“La Ciencia está obligada, por la eterna ley de la honra, a encarar sin temor cualquier problema que le pueda ser francamente presentado”.

LOS LÍMITES DE LA FÍSICA

Memoria presentada en 1898 en el Congreso Espiritualista de Londres, por el Coronel de Rochas.

No me es posible, dice Arago, en su libro sobre Baily, aprobar el misterio en que se envuelven los hombres de ciencia que han asistido a las experiencias de sonambulismo. La duda es una prueba de modestia y raramente perjudica a los progresos de la ciencia. No podemos, sin embargo, decir lo mismo de la incredulidad.

Solamente en las matemáticas puras está permitido el empleo de la palabra imposible. La prudencia es un deber, en especial cuando se estudia el organismo humano.

A pesar de las sabias palabras de ese hombre genial, la mayoría de los científicos que se esconden en jaulas de vidrio, persiste en manifestar una desdeñosa hostilidad contra todo aquello que, directa o indirectamente, se relaciona con los fenómenos psíquicos.

Citemos como ejemplo, las siguientes líneas sacadas del periódico “*Le Temps*” del 12 de agosto de 1893, firmadas por el Sr. Pouchet, profesor en el Museo de París.

“Quieren demostrar que un cerebro puede, por una especie de gravitación, actuar a distancia sobre otro cerebro, como un imán, el Sol sobre los planetas y la Tierra sobre los cuerpos que están en su superficie; buscan descubrir una influencia, una vibración nerviosa propagándose en un conductor material, y los que causa más asombro es ver que todos aquellos que creen más o menos en esas cosas, que escapan al examen de nuestros sentidos, a pesar de su ignorancia, sospechan de la importancia del interés y novedad en ellas contenidos y de la revolución que producirán en el seno de la sociedad en un futuro. ¡Hacedlo buena gente! Demostradnos eso y vuestros nombres alcanzarán la inmortalidad por encima de

Newton, y yo os garantizo que los Berthelots y los Pasteurs se inclinarán sumisos ante vosotros”.

Ciertamente no aspiramos subir a esas alturas, pero estamos convencidos de la importancia de lo que investigamos, por tanto, nos consolamos de los golpes que descarga sobre nosotros el Sr. Pouchet, en primer lugar porque tenemos certeza de la realidad de los hechos que observamos, y en segundo lugar por ver a hombres de la estatura del profesor Lodge y del Dr. Ochorowicz, clasificados con nosotros como simples ignorantes, estudiando la cuestión y buscando resolver el problema físico-fisiológico.

Como un añadido a las numerosas observaciones en que se basaron esos hombres eminentes, quiero llamar su atención para un caso muy característico, probablemente poco conocido en Inglaterra. El caso de un niño de siete años de edad, observado en 1894 por el Dr. Quintar. Ese pequeño, en su estado normal, responde a cualquier pregunta, resuelve sin la mínima dificultad cualquier problema, mientras que su madre esté en condiciones de hacerlo. Él lee instantáneamente los pensamientos de su madre, sin dudarle, incluso con los ojos cerrados o vueltos hacia otro punto. Basta, por tanto, colocar un simple biombo entre los dos, para que cese la comunicación. Estamos en los límites de la Medicina, y la explicación de ese fenómeno no es menos cierta que la de la telegrafía sin hilos.

No es el mejor ejemplo que aquellos que consumieron su juventud en el estudio de las teorías establecidas por sus predecesores, y que ahora buscaban a su vez pasarlas hacia adelante, sólo acepten con repugnancia innovaciones que fuerzan a una penosa revisión de su educación.

Siempre se dio eso, y mi llorado amigo, Eugenio Nus, dedicó su libro “*Lamentos de otro mundo*” a los venerados, ennoblecidos, coronados, condecorados y reputados sabios que rechazaron la teoría de la rotación de la Tierra, de los meteoritos, del galvanismo, de la circulación de la sangre, de la vacuna, de la teoría ondulatoria de la luz, del daguerrotipo, del propulsor, del barco a vapor, la vía férrea, el gas para iluminación, la homeopatía, el magnetismo, etc., etc.

Lo mismo dirá el futuro de los que hoy están vivos y proceden como aquellos. Esos sabios, con todo, sirven para algo, pasarán a la condición de piedra kilométrica, representan el pasado del progreso. Si solamente debiésemos aceptar los hechos conformes con las teorías hoy admitidas, deberíamos rechazar casi todos los descubrimientos realizados en nuestros días en el dominio de la electricidad.

En las ciencias, dice el profesor Hopkinson, cuanto mayor sea el número de hechos que conozcamos, mejor percibiremos la continuidad de la cadena que les une, haciéndonos ver el mismo fenómeno manifestado de maneras diferentes. No sucede esto con el magnetismo. Cuanto mayor es el número de hechos observado, mayor es el de los detalles excepcionales que les distinguen, y menor el de las probabilidades de existir un lazo entre ellos que les reúna a todos.

La atmósfera eléctrica nos ofrece constantemente fenómenos cuya llave no posee, y que se aproximan tanto a los que observamos en las manifestaciones de la fuerza psíquica, que nos asiste toda la razón para preguntar si no proceden de la misma causa.

Todos ustedes son conscientes de los globos de fuego, más o menos grandes, que se presentan junto a los médiums, pareciendo, a veces, guiados por una fuerza inteligente. Muchos encogerán los hombros oyendo hablar de esto, pero diré que en las obras clásicas están reflejados muchos fenómenos exactamente análogos y tan inexplicables como estos. Voy a citarles algunos: el primero se dio cerca de Ginepreto, no lejos de Pavía, el 29 de agosto de 1791, en ocasión de un violento temporal. Fue descrito en una carta del abate Spallanzini Barletti (obra citada. Volumen XIV, pág. 296).

Una bandada de patos se posó a unos ciento cincuenta pasos de una finca, un niño de doce años y otro más pequeño salieron de casa corriendo para hacerlos retirarse, estando a la vista de un hombre de cerca de cincuenta años y una niña de nueve o diez años. De repente, apareció en el campo, a tres o cuatro pies de la niña, una bola de fuego, tan grande como dos manos cerradas que, deslizándose sobre el suelo, se fue a colocar entre los pies desnudos de la niña, introduciéndose por debajo de su vestido, y transformándose como si fuese un paraguas, fue hasta la mitad de su corpiño y, siempre conservando su forma esférica, salió al aire, donde detonó con un estruendo.

Esos detalles no los dijo la chica, pues cayó sin sentido, sino el hombre y el niño mencionados que, interrogados separadamente, dieron idénticas respuestas. Les pregunté, dice Spallanzini, si en aquel momento no había visto una llama, una luz brillante descender, caer de nuevo y precipitarse sobre la niña, y ellos siempre me respondieron que no, que habían visto a la bola subir y no descender.

En el cuerpo de la niña, que volvió en sí plácidamente, había una mancha muy superficial, que se extendía de la rodilla derecha hasta la mitad del tórax entre los senos, su camisa estaba despedazada en los lugares correspondientes y mostraba trazos de quemadura que desaparecieron con un lavado. Se encontró una abertura de dos líneas de diámetro en el corpiño que usan las mujeres de ese país.

El Dr. Dagno, médico del lugar, visitando a la paciente algunas horas después del accidente, encontró todavía la mencionada mancha, muchas marcas superficiales, ennegrecidas y dispuestas, en zigzag, e indicios de división de la corriente. El campo, en el lugar del accidente, no presentaba vestigios del paso de un meteorito.

El Sr. Babinet comunicó a la academia Francesa de Ciencias, el 5 de julio de 1852, el siguiente caso, en una nota:

Esta nota tiene por objeto presentar a la Academia, uno de los casos de aparición de globos luminosos, que ella me encargó recopilar, hace ya

algunos años. En el caso al que me voy a referir, la bola damnificó al salir, no al entrar, una casa situada en la calle Saint-Jacques, en los alrededores de Val-de-grasse. En resumen, les contaré a ustedes la historia de un obrero en cuyo aposento la bola-rayo descendió y luego subió.

Poco después de oír el estruendo de un trueno muy fuerte, ese obrero, sastre de profesión, estaba sentado junto a su mesa y cuando acababa de cenar, vio como el biombo de papel, que escondía la chimenea, caía como impulsado por un fuerte soplo de viento, a la vez que una bola de fuego, de las dimensiones de la cabeza de un niño, salía suavemente de la chimenea y recorría el aposento a pequeña distancia del suelo enladrillado.

Según el sastre, la bola parecía un gato de tamaño mediano, curvado en forma de bola y moviéndose sin tocar el suelo con los pies. La bola de fuego era muy brillante y luminosa, pero no quemaba ni calentaba, no experimentando el hombre ninguna sensación de calor. Se acercó a sus pies, le rozó las piernas, como los gatitos acostumbran a hacer, pero el hombre podía mover las piernas, cuidándose de evitar el contacto con el fuego.

Después de permanecer algún tiempo junto a los pies del hombre sentado, que la miraba atentamente, inclinándose hacia ella, hizo varios viajes en distintas direcciones, sin abandonar el aposento, y se elevó verticalmente hasta la altura de la cabeza del hombre que, para evitar que le tocara la cara y quedarse en una posición mejor para observar, se recostó e inclinó la silla para atrás. Levantándose después hasta una altura de nueve decímetros del suelo, la bola se apartó un poco y se dirigió oblicuamente para un agujero que había en la chimenea, que estaba cerca de un metro por encima de la mesa.

Ese agujero había sido hecho para acomodar en él un tubo de estufa, de la que el obrero se servía en invierno, utilizando las expresiones del propio hombre, sin embargo, el rayo no podía ver ese agujero que el papel cubría. La bola apartó el papel sin estropearlo, entró en la chimenea y, llegando al tope colocado a sesenta pies encima del suelo, produjo una terrible explosión que destruyó parte de la estructura de la chimenea, desperdigando sus restos por el suelo. Los techos de varias casitas vecinas fueron derribados, sin que se diesen, afortunadamente, pérdida de vidas. El domicilio del sastre estaba en el tercer piso, a menos de la mitad de la altura del edificio. Los otros pisos no fueron visitados por el rayo, cuyo movimiento fue siempre lento y discontinuo. Su luz no era deslumbrante y el calor que difundía era poco sensible. No mostraba ninguna tendencia para los cuerpos buenos conductores, ni buscaba seguir la corriente del aire.

El “*Cosmos*” de 30 de octubre de 1897 narra un caso perfectamente análogo.

La Sr. B..., estando en un lugar vecino a Bourbon, en la sala de un piso bajo, cuya puerta estaba abierta, vio, coincidente con una tempestad,

un bola de fuego entrar por la puerta, correr lentamente por el suelo, aproximarse y, rodeando como un gato que anima a su dueño, según ella dice, se dirigió a la chimenea y desapareció. Todo eso se dio en pleno día.

¿Será más difícil admitir los golpes y los movimientos de mesas que la danza del plato, que contaba el Sr. André, en la sesión del 2 de noviembre de 1885, de la Academia de Ciencias?

El 13 de junio de 1885, a las 8 horas de la tarde, se encontraba sentado a la mesa en una sala que formaba parte de la torre de un faro, situada al noroeste de la misma, cuando vio, repentinamente, una cinta vaporosa de algunos metros de longitud, destacarse de la línea superior de la pared de al lado, haciendo sombra, al mismo tiempo que, junto a sus pies, oía un ruido fuerte, sin eco o prolongación, pero de una violencia extrema. El sonido era semejante al que produciría un cuerpo sólido chocando con la cara inferior de la superficie de la mesa que, con gran sorpresa suya no se movió, así como todo lo que estaba sobre ella. Después, su plato comenzó a girar como una peonza, rodando muchas veces sin ruido que demostrase existir roce, lo que prueba que entonces el plato estaba apartado de la mesa, aunque todavía por una distancia inapreciable para nosotros. Después, la mesa y el plato quedaron intactos.

Esos fenómenos, que todavía no han sido perfectamente explorados, son muchas veces producidos en una atmósfera enteramente tranquila, sin producir ruido alguno, y pudiendo persistir por muchos días.

La levitación del cuerpo humano no es más inexplicable que el transporte de masas pesadas por la electricidad e incluso de cuerpo humanos vivos, sin que sufran ningún daño.

El 6 de agosto de 1809, cuenta el Sr. Funvielle, en su obra “Éclairs et Tonerre”, a las dos de la tarde se oyó una explosión horrorosa en la casa del Sr. Chadwick, en los suburbios de Manchester.

La pared de enfrente de un pequeño taller, cuyo espesor era de 14 pulgadas, con una altura de 11 pies y 6 pulgadas de profundidad, fue arrancada y transportada de su lugar, sin desviarse, en vertical. En el examen al que se procedió, se comprobó que uno de los extremos se había dislocado 9 pies, girando alrededor de la otra, cuya dislocación fue solamente de 4. La masa que se movió pesaba unas 25 toneladas.

El Sr. Monteil, secretario de la Asociación arqueológica de Morbihan cita, entre los efectos de una tempestad ocurrida en Vanes el 5 de diciembre de 1876, a las diez y media de la noche, el despedazamiento de un muro, la proyección a distancia de varias piezas de madera y, finalmente, el transporte de un inválido paralítico de su cama al suelo, a una distancia de 13 pies, a pesar de estar esa cámara a 270 metros del punto alcanzado por el rayo.

Daguin también habla de personas transportadas a distancias de 20 y 30 metros. Algunas personas fueron despojadas de sus ropas, que fueron transportadas a distancias considerables. Estos hechos han sido observa-

dos con frecuencia, así como la pérdida de todos los cabellos del cuerpo o el despedazamiento de la lengua u otros músculos.

En general, podemos decir que el rayo parece dar preferencia a ciertos individuos y que las mujeres y ciertos árboles gozan de cierta inmunidad. Hay muchos que han recuperado el uso de sus miembros paralizados por el choque que recibieron por el rayo y otros que, al contrario, han quedado paráliticos por la misma acción.

Muchos de los muertos por el rayo conservan las actitudes en que se hallaban cuando fueron alcanzados.

En cuanto a los fenómenos de proyección de señales o de escritura que se producen en las sesiones de los médiums de efectos físicos, y de los que yo mismo fui testigo en las de Eusapia Paladino, ¿no hay semejanza entre ellos y los de producción, en el cuerpo de las personas heridas por el rayo, de las imágenes de los objetos que las rodean?

Para no salirnos de los límites marcados para este trabajo, mencionaré solamente los fenómenos de la electricidad animal. Ni siquiera hablaré de las propiedades de la raya eléctrica y otros peces, ni de las lenguas de fuego y aureolas, que a veces, han sido vistos rodeando a ciertos individuos, de la atracción y repulsión producidas entre los objetos, bien sustancias inertes o cuerpos magnéticos. Ahí llegamos por segunda vez a los límites de la Física clásica.

¿Qué podemos decir de las plantas luminosas, de las que digieren, mueven y actúan sobre la aguja imantada?

Son cosas de mucha más difícil explicación que la facultad de que los sonámbulos vean a través de los cuerpos opacos.

Parecía que los rayos X desarmarían a los incrédulos en este punto, pero no fue así, porque la mayoría de aquellos que han sido fosilizados por las doctrinas materialistas de la ciencia oficial del último medio siglo, no se contenta como hacían sus predecesores, con la negación de ciertos hechos, por no conformarse con sus teorías, miran llenos de terror para todo lo que tienda a probar la existencia, en el hombre, del elemento espiritual destinado a sobrevivir al cuerpo.

Y esa es la conclusión a que llegaron los más diversos países, en todos los períodos, los hombres más distintos por su inteligencia, e incluso por su carácter, no dudando en proclamar su creencia, corriendo el riesgo del ridículo o incluso de persecuciones. Después de inútiles viajes en varios sentidos, los hechos nos hicieron retroceder hasta encontrarnos el concepto del cuerpo fluídico, concepto tan viejo como el mundo.

Pido permiso para presentarles lo que tengo en mis notas sobre recientes experiencias hechas por individualidades que bien conocen.

Como postulado, establezco que existe en el hombre un cuerpo y un espíritu.

Es un hecho observable, dice Boirac, que cada uno de nosotros se presenta a sí mismo bajo un aspecto doble. Por una parte, si me considero por el exterior, veo en mí una masa material, ocupando espacio, móvil y pesada, un objeto semejante a aquellos que me rodean compuesto de los mismos elementos y sujeto a las mismas leyes químicas y físicas. Por otra parte, si considero mi interior, permítanme hablar así, veo un ser que piensa y siente, una individualidad que se conoce, conociendo a los otros, una especie de centro invisible e inmaterial, alrededor del cual se abre una ilimitada perspectiva del universo en el espacio y el tiempo, espectador y juez de todas las cosas, que sólo existen para él, encontrándose en los límites de sus relaciones.

Del espíritu no podemos formar un concepto, todo lo que conocemos de él, es que de él proceden los fenómenos de voluntad, del pensamiento y la sensación. En cuanto al cuerpo, no tenemos necesidad de definirle: En él distinguimos dos cosas: la materia animal (hueso, carne, sangre, etc.) y un agente invisible que transmite al espíritu las sensaciones de la carne, y a ésta las órdenes de aquel.

Íntimamente ligado con el organismo que limita durante la vida, él, en la mayoría de los casos, se conserva en los límites de la superficie del cuerpo y solamente los traspone por los efluvios, más o menos intensos, según los individuos, que se desprenden por los órganos de los sentidos y otras partes prominentes del organismo, como son las extremidades de los dedos.

Por lo menos, es lo que afirman todos aquellos que, por determinados procesos, se han hallado en estado de momentánea hiperestesia visual ⁴⁵, y lo que admiten los antiguos magnetizadores.

Con todo, el punto en que se da cada una de esas manifestaciones, puede ser trasladado en el cuerpo bajo la influencia de la voluntad, pudiendo la atención aumentar nuestra sensibilidad en algunas direcciones, anulándose más o menos en otras. Nosotros sólo vemos, oímos y sentimos, cuando vemos, escuchamos, olemos o palpamos.

Con ciertas personas, llamadas sensitivas, la adherencia del fluido nervioso al organismo carnal es débil, habiendo algunas en que puede ser trasladado con mucha facilidad, produciendo los conocidos fenómenos de hiperestesia e insensibilidad completa, ambos debidos a la auto-sugestión, es decir, a la acción del pensamiento del sensitivo sobre su propio fluido o a la sugestión de una persona extraña que, por el pensamiento, esté íntimamente ligada con aquel, sobre el mismo fluido.

Algunos sensitivos, de sensibilidad todavía más acusada, pueden proyectar su fluido nervioso, en ciertas condiciones, fuera de su cuerpo,

⁴⁵ Fenómeno excepcional que se da en algunas personas que tienen la vista dotada de la facultad de percibir a mucha distancia pequeños objetos o muy pequeños, como si utilizaran unos invisibles prismáticos (nota del traductor español).

produciendo los fenómenos que hemos estudiado con el nombre de exteriorización de la sensibilidad.

Fácilmente se concibe que una acción mecánica ejercida sobre esos efluvios, fuera del cuerpo, pueda propagarles y también hacerles volver al cerebro.

La exteriorización de la motricidad es más difícil de comprender, y yo, para satisfacer mi deseo de explicarlo, sólo lo podré hacer recurriendo a un ejemplo.

Supongamos que, por un medio cualquiera, impedimos que el agente nervioso pueda ir hasta la mano, ésta quedará muerta, como una materia inerte, como un objeto de madera, y sólo podrá volver a la vida por un acto de nuestra voluntad, cuando hagamos volver a esa materia inerte la porción de fluido precisa para animarla.

Admitamos ahora que un individuo pueda proyectar en un tejido ese mismo fluido, en cantidad suficiente para cargarlo en la misma proporción, no sería entonces un absurdo creer que, por un mecanismo tan desconocido como las atracciones y repulsiones de la electricidad, el tejido se muestre como si fuese una prolongación del cuerpo del individuo. Así se podrían explicar los movimientos de las mesas colocadas bajo los dedos de los que son llamados médiums y, en general, todos los movimientos, con contacto, de objetos leves, producidos por muchos sensitivos sin un apreciable esfuerzo muscular. Esos movimientos fueron minuciosamente estudiados por el barón de Reichenbach, que los describió en cinco comunicaciones hechas en 1856 en la Academia de Ciencias de Viena. Sabemos que la producción de esos movimientos exige siempre una fuerza superior a la del médium, por el hecho de que la cadena humana formada pone a su disposición una parte de la fuerza de los asistentes.

Dejando, sin embargo, aparte la formación de las cadenas de manos, vamos a la conclusión. El agente nervioso se difunde a lo largo de los sensoriales o nervios motores por todos los puntos del cuerpo, pudiéndonos decir que, en su todo, presenta la misma forma de este, ocupando la misma porción de espacio, y debe ser llamado doble fluídico del hombre, sin salirnos del dominio de la ciencia positiva.

Numerosas experiencias, por desgracia sólo dependientes del testimonio de los sensitivos, nos hacen saber que ese doble fluídico puede volver a formarse fuera del cuerpo, siguiendo una exteriorización del influjo nervioso, de la misma manera que un cristal se transforma en una solución, cuando esta última es suficientemente concentrada. El doble fluídico, así exteriorizado, continúa siendo dirigido por el espíritu, y le obedece con la mayor facilidad, cuanto menos le moleste su adherencia al cuerpo, de manera que el sensitivo puede moverle y acumularle de materia hasta el punto en que desee volverle perceptible a nuestros sentidos. De esta manera, Eusapia forma las manos que son vistas y tocadas por los espectadores.

Otras experiencias, menos numerosas, motivo por el que las aceptamos con más reserva, tienden a probar que la materia fluídica exteriorizada puede ser modelada bajo la influencia de la voluntad, como el yeso lo es por la mano del escultor.

Podemos suponer que Eusapia, a consecuencia de sus relaciones con varios médiums espíritas, concibió en su imaginación una figura de facciones características, y que dio a su lenguaje la entonación de ese personaje, John King, como también le dio a la figura de él su cuerpo fluídico, que ella nos hizo sentir como dotado de una gran mano de hombre, y le imprimió, a distancia, en el yeso, la figura de una cabeza de hombre. Si nada, nos prueba que John haya existido, también nada nos prueba que él no exista.

Además de eso, no estamos secuestrados en el mundo, hay personas a quien conozco personalmente y en quienes deposito la mayor confianza, que narran hechos que sólo pueden ser explicados por medio de la posesión temporal del cuerpo fluídico exteriorizado por una entidad inteligente de origen desconocido. Así son las materializaciones de cuerpos humanos enteros, observados por el Sr. William Crookes con la médium Florence Cook, por el Sr. James Tissot con Eglinton y por el Sr. Aksakof con la Sra. E. D'Esperance ⁴⁶.

Esos fenómenos extraordinarios, cuyo simple enunciado basta para exasperar a los que se creen científicos por haber estudiado más o menos rigurosamente algunas ramas del árbol de la ciencia, para nosotros no son más que una ampliación de los que han observado, y respecto a los cuales hoy no es más posible la duda.

De hecho, obtenemos un primer desprendimiento del cuerpo fluídico en la exteriorización de la sensibilidad con la forma de capas concéntricas al cuerpo del individuo, la naturaleza material del efluvio se demuestra por el hecho de disolverse en ciertas sustancias, como el agua y la grasa, pero, como sucede con el olor, la disminución del peso del cuerpo emisor es tan pequeña que nuestros instrumentos no pueden apreciarla.

El segundo grado o fase del fenómeno se presenta en la condensación del efluvio para formar un duplicado sensitivo, pero todavía no visible a los ojos ordinarios.

En la tercera, y en la cuarta fase, se da algo semejante a un transporte galvanoplástico de materia del cuerpo físico del médium para ir a ocupar en el duplicado su lugar correspondiente. Un gran número de veces, la balanza ha atestiguado que el médium perdió una parte de su peso, habiendo sido este encontrado en el cuerpo materializado.

Un caso muy especial, único hasta el presente, es el de la Sra. E. d'Esperance, con la que el transporte fue tan intenso que una parte de su cuerpo carnal se hizo invisible. En el lugar de la parte desaparecida sólo quedó la correspondiente del cuerpo fluídico, pudiendo los espectadores

⁴⁶ Léase la obra de Aksakof "*Un caso de desmaterialización*" y la de la Sra. d'Esperance "*En el país de la sombras*" (nota del autor).

pasar sus manos a lo largo de su cuerpo, sin que ella, en esa parte, sintiese la impresión del tacto. Este fenómeno, llevado al límite, nos conducirá hasta la desaparición completa del cuerpo del médium y su aparición en otro lugar, como vemos reflejado en tantas vidas de santos.

En la materialización de un cuerpo completo, ese cuerpo casi siempre está animado por una inteligencia diferente de la médium. ¿Cuál es la naturaleza de esas inteligencias y en qué fase de la materialización intervienen para dirigir la materia física exteriorizada?

Son cuestiones de gran interés, que todavía no han podido ser respondidas por mis colaboradores ni por mí.

Lo que he dicho demuestra que el estudio de los fenómenos psíquicos depende de tres ciencias distintas.

A los hombres de la Física compete definir la naturaleza de la fuerza física, por las acciones mutuas que se dan entre ella y las otras simples fuerzas de la naturaleza: el sonido, el calor, la luz y la electricidad. La Fisiología tiene que examinar las acciones y reacciones de esa fuerza en los cuerpos vivos. Y finalmente entramos en el dominio del Espiritismo, cuando buscamos conocer cómo la fuerza psíquica puede ser impulsada al trabajo por entidades inteligentes invisibles. Sabemos también que todos los fenómenos naturales se unen por cambios insensibles.

“La naturaleza no da saltos”, por eso iremos a encontrar entre esas tres grandes provincias, mal definidas fronteras donde las causas serán complejas. Esa es una de las mayores dificultades de esa clase de estudios, pero no tendrá fuerza para detenernos, y yo no puedo concluir este trabajo de un modo mejor que citando la frase amable de vuestro ilustre compatriota, el profesor Lodge. La barrera que separa el mundo espiritual y el material irá, como muchas otras, cayendo gradualmente, y entonces llegaremos a la más alta percepción de unidad de la naturaleza. Las posibilidades en el universo son tan infinitas como su extensión.

Lo que ya sabemos es nada, comparado con lo que nos queda por saber. Si nos conformamos con el medio mundo ya conquistado, destruiremos las más altas aspiraciones de la ciencia.

LA FÍSICA DE LA MAGIA

Comunicación realizada por el Coronel de Rochas en 1900 en el Congreso Internacional de Historia de las Ciencias.

Señores:

El asunto que tengo el honor de abordar ante ustedes, ya fue tratado en otras ocasiones ante asambleas de sabios.

Fue discutido, en primer lugar, hace dos mil años, en los cursos de la célebre escuela de Alejandría, entonces centro intelectual del mundo entero. Los griegos que acompañaron a Alejandro el Grande a Egipto, se hicieron iniciar allí ventajosamente en las ciencias secretas y emplearon su gran genio en explicar, por las leyes naturales, los prodigios que los sacerdotes realizaban en sus templos para impresionar a las masas, y cuyo conocimiento, venido de Oriente, constituía la ciencia de los magos, o magia.

Unas veces eran estatuas o pedestales que parecían caminar solos, gracias a unas ruedas ocultas puestas en movimiento, por la caída calculada de una cierta cantidad de arena desde un recipiente superior a otro inferior, o bien por acción de un muelle. Otras eran puertas que se abrían espontáneamente, imágenes de dioses, diosas o animales que daban gritos o distribuían libaciones bajo la acción de líquidos desplazados por medio de sifones o de aire comprimido.

El ingeniero Heron reunió sus instrucciones en una serie de pequeños tratados, de los que solamente dos “*Los Automatas*” y “*Los Neumoautomatas*”, llegaron hasta nosotros ⁴⁷. Otro sabio alejandrino, el célebre Euclides, también nos dejó tratados de óptica y catóptrica ⁴⁸, sin embargo, al ser discípulo del divino Platón, que no quería que la ciencia descendiese a las aplicaciones usuales, se limitó a exponer las propiedades geométricas de los rayos luminosos, y a dar las leyes de la perspectiva, de la refracción y reflexión.

Quince siglos más tarde, la toma de Constantinopla por Mahomet II hizo emigrar a la tierra hospitalaria de Italia los restos de la civilización griega que habían escapado al hierro y fuego de los turcos.

Muchos refugiados bizantinos encontraron un medio de vida en la copia y venta de los manuscritos que trajeron consigo y que, hasta entonces, eran casi desconocidos en Occidente. Luego, en todas las ciudades de Francia, Italia y Alemania, los sabios rivalizaban en esfuerzos para asociar su nombre al de un antiguo, traduciendo sus obras en latín, lengua universal de las escuelas en esa época.

Entre ellos estaba Jean de Gene, que, muy joven todavía, no tenía 30 años cumplidos, ocupó la cátedra de matemáticas en el Colegio de Francia, de reciente creación. Esa materia, que fue interrumpida a los dos años por su muerte, trataba exclusivamente de la óptica y de la catóptrica de Euclides, y el discurso de apertura, pronunciado en 1556, estuvo dirigido a mostrar como esas ciencias podían servir para explicar hechos

⁴⁷ Traduje del griego al francés los dos tratados de Pneumato de Aéron y Fílon, que fueron publicados en 1882 por la Librería Masson con el título de “*La Science des Philosophes et l'art des thaumaturges dans l'antiquité*” (nota del autor).

⁴⁸ Parte de la óptica que trata de la luz refleja (nota del traductor español).

reputados prodigiosos ⁴⁹. He aquí una citación consagrada a los fantasmas:

“No quiero negar la presencia y evocación de los genios, de los manes⁵⁰ y de las sombras, ya que las historias profanas y las sagradas escrituras nos ofrecen numerosos ejemplos. Sabemos por los historiadores que evocaron la sombra de Pausanias, a los que los lacedemonios habían dejado morir de hambre en el templo de Minerva, y que les convidó a apaciguar a los manes. Sabemos también, por Lucano, que Erictone, pitonisa tesaliana, evocó una sombra, al cual se encargaría de anunciar la derrota de Farsalia en Sexto Pompeio. El historiador Pausanias, en sus “Beóticas”, cuenta haber visto en Pioneu, en Misia, cerca del río Caicus, la sombra de Pion, fundador de la ciudad, salir de su túmulo en el momento en que le ofrecían un sacrificio. La historia sagrada nos dice que los manes de Samuel dejaron la tumba ante la voz de la pitonisa, para que en el futuro no se pudiese dudar de la posibilidad de evocar a las sombras⁵¹ .

Admitiendo como incontestable que los manes y los genios han sido evocados por pitonisas y forzados a aparecer, digo al mismo tiempo que, gracias a la ciencia extraordinaria de ciertas personas, habéis podido obtener un gran número de apariciones que los ignorantes atribuyen exclusivamente a demonios.

Las personas esclarecidas solamente las atribuyen a hombres versados en la óptica, y no se dejan seducir por las promesas de los magos que se prestan a hacer aparecer la sombra de un muerto. Para obrar ese prodigio, estos se sirven de un espejo consagrado por ciertas fórmulas, con las que pretenden evocar a los manes. Todo eso me hace sospechar, y creo que en el fondo debe existir algún artificio. La parte de la óptica denominada catóptrica nos enseña que se hacen espejos que, en lugar de retener en la superficie las imágenes que le son presentadas, las reenvían a la atmósfera. Vitelion dio la composición de esos espejos y, si Dios quiere, hablaremos a ese respecto cuando tratemos de la catóptrica.

¿Qué importa que ciertas personas abusen, con ese espejo, de la buena fe de la gente, al punto de creerse que se ven las almas de los muertos evocados de la tumba, mientras sólo se ve en el aire la imagen de un niño o de una estatua que se cuidan bien de mantener oculta?

⁴⁹ La traducción latina de la “*Optica y catóptrica*” de Euclides fue publicada por primera vez con el discurso de Jean de Gène sirviendo de prefacio, en 1557, en París, por la librería André Wechel (nota del autor).

⁵⁰ Entre los romanos, se entendían unas veces como antepasados, otras como dioses de los muertos, y en ocasiones como ambas cosas al mismo tiempo (nota del traductor español).

⁵¹ Sombras significa Espíritus o almas de los muertos. La médium inglesa Sra. E. d’Espérance dio también ese nombre a una obra suya “*En el país de las sombras*” (nota del autor).

Es cierto (aunque parezca increíble) que, si colocas un espejo de forma cilíndrica en un cuarto cerrado por todos los lados, y que si tuvieses fuera de este cuarto un maniquí, una estatua o cualquier otro objeto dispuesto de tal manera que algunos de los rayos proyectados por él puedan pasar a través de una ligera brecha en la ventana o la puerta del cuarto e ir a dar con el espejo, la imagen de ese objeto, que está fuera del cuarto, se verá dentro del cuarto, suspendida en el aire. Por poco que la imagen reflejada por el espejo se deforme, aparecerá terrorífica, excitando el asombro y el horror.

El espejo está suspendido por un hilo muy fino. Los magos imponen un ayuno como preparación a las ceremonias que convienen a esa clase de misterios, el ignorante timorato que les consulta y que está lejos de dudar la impostura sacrílega, obedece dócilmente.

Cuando llega el momento, los pretendidos magos proceden a sus exorcismos y conjuros para darle a la ceremonia, gracias a esos accesorios, un carácter más asombroso y divino. La persona que consulta, está colocada en el lugar donde llega el rayo reflejado, y ella ve, no dentro del espejo, sino en el aire, el espectro ligeramente agitado, pues el espejo que está suspendido es él mismo agitado.

Llena de espanto, ve en el aire una imagen vaporosa y lívida, que parece caminar hacia ella. Aterrorizada, no se preocupa en descubrir el artificio, sino en huir, y la pitonisa la deja partir. Entonces, como si hubiese sido arrancada del abismo del infierno, esa persona dice a todo el mundo que vio a los manes y las almas venir del infierno. ¿Quién no sería engañado por la ilusión que produce ese aparato? ¿Quién resistiría a esos artificios? Nadie, con toda seguridad, escapa al prestigio de las pitonisas, desconociendo la óptica, ya que esta ciencia, descubriendo bastantes cosas a este respecto, demuestra que la mayor parte de los manes no tienen ninguna causa física, ya que son un artificio imaginado por los impostores. La óptica enseña a desenmascarar impostores y a alejar los terrores inútiles.

En efecto ¿qué puede temer aquel a quien la óptica enseña que es fácil construir un espejo por medio del cual se ven imágenes danzantes, que comprende que se puede colocar el espejo de forma que se observe lo que pasa en la calle o en la casa de los vecinos, que sabe que si se coloca de una cierta forma y se mira un espejo cóncavo, sólo se ven los ojos, que sabe igualmente que se puede, con espejos planos, construir un espejo tal que, al echarle la vista encima, se ve la imagen volar?

En verdad, aquel a quien se haya enseñado todo eso, ¿no reconocerá fácilmente la causa del prestigio de las hechiceras de Tesalia? ¿No sabrá distinguir la verdadera física entre la falsedad y la impostura?"

En el siglo XVII, los descubrimientos sobre el magnetismo y la electricidad provocaron intentos análogos, bajo otra forma: en lugar de buscar explicar los prodigios antiguos, se buscaba producir nuevos milagros.

Se constituyeron numerosas sociedades para atender a los gastos de los experimentos y construcción de los aparatos. La más antigua tenía el nombre de Academia de los Secretos, y fue fundada en Nápoles en 1600, bajo los auspicios del cardenal d'Este, protector de Porta, cuyo primer libro sobre Magia Natural tuvo tal éxito que las primitivas ediciones no podían ser encontradas. Fue en esa época cuando también se comenzó a utilizar el vapor de agua.

Se puede ver que las investigaciones de los sabios se situaron en primer lugar sobre dos fuerzas –la fuerza y la elasticidad– que se encuentran por todas partes en la naturaleza, y que se pueden utilizar de manera más sencilla, después abordaron la luz, cuyos efectos ya son más sutiles, y, mucho más tarde, se fijaron en el calor y la electricidad, cuya producción necesita la intervención de la industria humana.

A mitad del siglo XVIII Mesmer llamó la atención de las academias para una fuerza, cuyas leyes podían ser difícilmente determinadas, ya que se manifiesta de un modo suficientemente aparente, y sólo en ciertos organismos humanos es susceptible de ser influenciada por la voluntad.

Mesmer, que era médico y conocía, por las tradiciones de ciertas sociedades secretas, el poder de sus efectos tanto para bien como para mal, impuso a sus adeptos el siguiente juramento:

“Convencido de la existencia de un principio no creado, Dios, y de que el hombre, dotado de un alma inmortal tiene el poder de actuar sobre su semejante en virtud de las leyes prescritas por ese ser Todopoderoso, prometo y garantizo bajo mi palabra de honor, que solamente emplearé el poder y los medios de ejercer el magnetismo animal que me van a ser confiados con el único fin de ser útil y aliviar a la humanidad sufriendora. Rechazaré lejos de mí cualquier interés de amor propio y curiosidad banal, prometo dejarme llevar solamente por el deseo de hacer bien al individuo que me conceda su confianza, y ser fiel al sigilo impuesto, así como estar unido por el corazón y la voluntad a la sociedad benefactora que me recibe en su seno”.

Durante mucho tiempo, los magnetizadores fieles a su juramento, sólo tuvieron en cuenta las curas y se ocuparon poco de las teorías, pero, acumulando las observaciones en presencia de una multitud de fenómenos, y de que era imposible no reconocer la semejanza con los milagros de los santos y los prestigios atribuidos al demonio, desde entonces se experimentó y se admitió la hipótesis, ya formulada por Mesmer, según los ocultistas de la época medieval, de un agente especial que se llamó sucesivamente:

Espíritu universal, fluido magnético, o fuerza psíquica y ese agente que hoy se busca definir en el estudio de las acciones recíprocas que se ejercen entre él y las fuerzas naturales ya conocidas.

Desde entonces, algunas de sus propiedades, perfectamente establecidas permitieron hacer pasar cierto número de fenómenos, del dominio de

la magia al de la ciencia positiva, explicando la fascinación por la acción de la fuerza psíquica sobre los nervios especiales de nuestros sentidos, que hace vibrar de manera que da, bajo la influencia del pensamiento, una ilusión de realidad. La base de brujería reposa sobre el armazón en ciertas sustancias, de aquella fuerza, o todavía antes de una materia extremadamente sutil que está unida a ella, la condensación de esta materia da lugar a las apariciones. Los movimientos a distancia, observados en las casas embrujadas, son casi siempre debidos a una reproducción anormal de esa fuerza psíquica en algunas personas llamadas médiums.

Los rayos Roentgen y la telegrafía sin hilos ya no permiten negar a priori la visión de los sonámbulos a través de los cuerpos opacos y la telepatía.

Cuando, hace algunos meses, vuestro comité de organización se dignó, a mi petición, inscribir en su programa esta pregunta: ¿Cuales son, entre los descubrimientos modernos, los que pueden explicar ciertos hechos reputados como prodigios en la antigüedad? Yo esperaba verla tratada por un filósofo muy conocido en Alemania, el barón Carl du Prel. Su muerte inesperada nos privó de esa colaboración, pero su última obra titulada: "*Die Magie als Naturwissenschaft*" publicada en Jena, en 1899, nos dejó un estudio magistral sobre el asunto, donde envió al lector interesado en esas cuestiones y, me limitaré a señalar aquí una idea osada sobre la cual el Sr. du Prel no deja de insistir en los dos volúmenes de sus sabias investigaciones, para resaltar el lado práctico.

Partiendo de esta observación de que los mecanismos artificiales son casi siempre imitaciones inconscientes de los organismos naturales, y que, por ejemplo, la cámara oscura es sólo una copia de los ojos, piensa que las concordancias ya señaladas no pasan de ser casos particulares de una regla general, aplicándose también a los procesos psíquicos, y resalta el mutuo auxilio que pueden prestar: el psiquista, que pone en evidencia y analiza las facultades del alma, más o menos veladas en la mayor parte de los hombres, el fisiólogo, que describe nuestros diversos órganos corporales, y el técnico que se propone reemplazar unos y otros por instrumentos.

Si, por una parte, el técnico hubiese atendido la constitución del sistema nervioso que hace comunicar al cerebro con la periferia de nuestro cuerpo, y la relación exclusiva que se establece entre el magnetizador con el magnetizado, habría podido concebir más pronto la idea del hilo telegráfico, de los resonadores y de las comunicaciones múltiples. Por otra parte, el técnico, por la invención de los electroscopios y espectroscopios, permite al psiquista concebir que nuestra alma, por un perfeccionamiento progresivo de sus facultades, llegue a percibir vibraciones a las que actualmente es insensible, y puede guiar en el camino a seguir para alcanzar ese objetivo.

De un modo general, es lógico y conforme a la experiencia, suponer que todo lo que se produce sobre una forma sensible en un individuo, se produce o se puede producir bajo una forma atenuada en todos los indivi-

duos semejantes y lo que se produce naturalmente en un individuo, puede ser producido también en todos los individuos semejantes ⁵² y, en fin, que psiquistas, fisiólogos y técnicos podrán encontrar en los trabajos de los otros, analogías directas para sus propios trabajos.

Supongamos, dice el Sr. du Prel, que un técnico esté versado en la magia, la hechicería y también en la historia de los santos, que haya observado los sonámbulos de todas clases, naturales y artificiales, experimentado con los médiums, y que tenga convicción de que todos los fenómenos mágicos son hechos incontestables, gracias a la convicción no menos fuerte de que toda la magia no pasa de ser una ciencia natural desconocida, y él se encontrará delante de una abundancia inagotable de problemas. Supongamos, por ejemplo, que la levitación o erguimiento por encima del suelo contra la ley de gravedad realizada por los faquires indios, probada con documentos, por José de Cupertino y una multitud de santos, y que fue frecuente en los poseídos de la época medieval. Supongamos que él mismo haya sido testigo de lo que fue visto por cerca de doce sabios ingleses: el médium Home erguido en el aire en la misma sala, saliendo por una ventana y entrando por otra, después de haber flotado cerca de veinticuatro pies por encima de la calle.

¿Ese técnico no estaría más próximo que Newton a la solución del problema de la gravitación? Sabría lo que Newton desconocía, es decir, que el peso es una propiedad variable de las cosas. Pero, conocer esa variabilidad no es hacerla nacer, existió antes y después de ese descubrimiento, cuyo resultado es explicar el pasado y guiar en el futuro.

En un congreso que tiene por objeto la historia de las ciencias, no podría terminar mejor esta comunicación, muy superficial, sino citando las reflexiones profundamente justas, inspiradas a mi ilustre amigo por el asunto que acabo de abordar. El lado brillante de la historia de la civilización es, dice el Sr. du Prel, la historia de las ciencias. Cuando se refleja en las operaciones, muchas veces maravillosas, del pensamiento productor de los descubrimientos que han cambiado la faz del mundo, cuando se considera la suma de saber condensado y clasificado en los libros de estudio, uno se ve impulsado a tener una idea muy alta de la humanidad.

Pero la historia de las ciencias tiene también un lado triste. Nos demuestra que el número de los espíritus verdaderamente superiores ha sido siempre muy restringido, que ellos tuvieron siempre que luchar con grandes dificultades para hacer valer su descubrimiento y, por supuesto, que los representantes científicos de las ideas entonces reinantes, jamás dejaron de proclamar, como apartado de la ciencia, todo lo que no estuviese de acuerdo con ellos. Es una historia que todavía no fue escrita y que contribuiría bastante para aniquilar el orgullo de los hombres. La historia de las ciencias no debe sólo registrar el triunfo de las ideas

⁵² Fabre "*La Musique des Couleurs*", Paris, 1900, página 31 (nota del autor).

nuevas, debe también exponer las luchas que les precedieron, y las resistencias de los representantes de las nuevas ideas... ¿Se descubre una verdad nueva? Sale parecida a una revelación, del cerebro de un hombre, sin embargo, tiene delante de sí millones de contemporáneos, con sus prejuicios.

El poder de la verdad es indudablemente grande, sin embargo, cuanto más se aparta de las ideas reinantes, menos preparada está la humanidad para recibirlo y más difícil es abrirle camino. Así sucederá si la historia de las ciencias no nos hubiese enseñado que las verdades nuevas, por eso tienen una importancia capital, no pueden ser plausibles y sí paradójicas, que la generalidad de una opinión no es en modo alguno prueba de que es verdad, en fin, que el progreso implica un cambio en las opiniones, cambio preparado por individuos aislados y que, poco a poco, se extiende gracias a las minorías. No debemos olvidar nunca que todas las mayorías proceden de las minorías iniciales, y que, por consiguiente, ninguna opinión debe ser rechazada solamente por el escaso número de sus representantes, al contrario, debe ser examinada sin ningún preconcepto, pues la paradoja es la precursora de todas las nuevas verdades.

Por otro lado, el desarrollo regular de las ciencias solamente se hace con la condición de dejar ahí un elemento conservador. Es necesario que las verdades nuevas sean en principio consideradas solamente como simples hipótesis, cuanto más importantes sean, tanto más largo será su tiempo de pruebas, que nadie puede impedir.

Aquellos que las descubren son sólo los campeones, a los que los adeptos suceden poco a poco, pues está claro que aquellos que se adelantaron cien años a sus contemporáneos, deberán esperar cien años para ser comprendidos por todos.

Albert de Rochas

GRAVITACIÓN Y LEVITACIÓN ⁵³ POR EL DR. CARL DU PREL

EL ENIGMA DE LA GRAVITACIÓN

El lenguaje humano no es el resultado del raciocinio científico, pero nació antes que cualquier ciencia. Y esa es la causa de los términos por los que son designados los fenómenos naturales: no se conformaron con la doctrina científica, pero sí con la idea que de ellos hacía el hombre

⁵³ Artículo publicado en “*Zukunft*”, números del 16 de abril y del 7 de mayo de 1898 (nota del autor).

prehistórico. Este apreciaba siempre las cosas de la naturaleza a su modo, y suponía siempre la vida donde veía movimiento.

Gracias a la asociación de esas dos ideas, se formaron los verbos reflexivos. Todavía hoy, el movimiento y la vida están asociados en el lenguaje, así, cuando el viento agita las hojas de un árbol, decimos que se mueven. El naturalista debería, en rigor, protestar contra semejantes expresiones, que realmente designan el fenómeno como nosotros lo vemos, pero no como lo comprendemos. La ciencia está, pues, constantemente obligada a servirse del lenguaje de la ignorancia, hijo de los conceptos prehistóricos del universo.

Lo que prueba de un modo muy natural que esos conceptos todavía tienen en nosotros profundas raíces, es el placer que nos produce la poesía. El poeta lírico, que da vida a la naturaleza inanimada, lisonjea a esos conceptos primitivos que dormitan en el fondo de nuestro ser y fueron recibidos por la herencia.

Esos conceptos tienen el cuño de la subjetividad, ahora bien, el poeta no habla el lenguaje de la ciencia, no precisa la marcha objetiva de los fenómenos, pero los expresa, como nosotros los sentimos. Por eso, y en virtud del principio de la menor acción, aceptamos plenamente y con vivo placer las descripciones poéticas. Y por el grato sentimiento que despierta en nosotros es por lo que amamos la poesía. Nuestro lenguaje encierra todavía un gran número de esos elementos paleontológicos, muchos trazos de esa interpretación subjetiva de los fenómenos naturales, y eso se da, no solo en nuestro sentido íntimo, sino en todos nuestros sentidos. De ahí resulta una gran confusión en las discusiones científicas.

Cuando cogemos una piedra, nos parece que una clase de actividad emana de esa piedra, que ejerce un esfuerzo para aproximarse al Sol, pesando sobre nuestra mano. Es ese sentimiento el que expresamos cuando decimos que la piedra es pesada, juzgando así designar la misma naturaleza de piedra. Ese sentimiento se tiene generalizado a tal punto, que cada uno de nosotros se cree razonablemente autorizado a decir: todos los cuerpos son pesados.

Aquí existe una expresión contra la que el naturalista debería protestar, porque, considerado en sí mismo, un cuerpo no es pesado sino cuando se encuentra al lado de otro que le atrae. Nuestro lenguaje, sin embargo, transforma el hecho de la atracción pasiva en una propiedad de la piedra, y coloca en la propia piedra la causa del peso que reside fuera de ella. Atrayendo la Tierra la piedra que tenemos en la mano, nos abstraemos de la atracción que la piedra también ejerce sobre la Tierra para mayor sencillez, en fin, la piedra parece ser pesada.

Eso, es una simple apariencia, que fácilmente sería demostrada, si pudiésemos suprimir la Tierra. Entonces, solamente la verdadera naturaleza de la piedra aparecería, y ésta se presentaría sin peso. Si recolocásemos la Tierra en la proximidad de la piedra, su estado natural se modificaría de nuevo, y tendríamos lo que llamamos peso. En resumen, la

palabra peso indica una relación entre dos cuerpos y no la naturaleza de uno de ellos, es la constatación de una acción ejercida sobre la piedra, pero no el enunciado de una causa que reside en ella. No es en la piedra donde buscar la causa del peso, sino fuera de ella, y si esa causa fuese suprimida, la piedra dejaría de ser pesada.

Y sirviéndose de ese mismo lenguaje de la ignorancia los astrónomos dicen que la Tierra pesa millones de kilogramos. Si pudiésemos suprimir el Sol (y todas las estrellas fijas), el peso de la Tierra sería nulo. Si hiciéramos desaparecer el cuerpo atrayente, el otro, naturalmente, nunca más sería atraído, porque únicamente en la atracción es en lo que consiste el peso. En una palabra, la gravitación no caracteriza de ninguna manera el estado efectivo e invariable de los cuerpos.

Pero, dirán, esas consideraciones son bastante estériles, pues en razón de la imposibilidad que tenemos de sustraernos a la atracción terrena, no podemos encontrar cuerpos sin peso, para someterlos a examen. No es justa esa reflexión. Ciertamente, no podemos suprimir la Tierra, pero quizás su fuerza de atracción pueda ser anulada mediante la ayuda de fuerzas capaces de transformar, en las debidas condiciones, la gravitación en levitación. Conocemos una fuerza de ese género opuesta a la gravitación: es el magnetismo mineral.

Muchas observaciones, realizadas en el dominio del ocultismo, se refieren precisamente a la levitación, fenómeno que debe su nombre al hecho de ver disminuir o anularse el peso natural de los cuerpos. Millares de testimonios aseguran haber visto mesas suspendidas en el aire, teniendo solo las manos puestas sobre ellas, o incluso a cierta distancia.

Hace cincuenta años que los espíritas afirman el hecho, y sus adversarios, en lugar de examinarlo, responden simplemente que la levitación es imposible, porque es contraria a la ley de gravitación. Es la repetición continua de la escena caracterizada por una antigua respuesta del oráculo: Entraron un sabio y un loco, el sabio examinó antes de juzgar, el loco juzgó antes de examinar. La alusión al imán basta para probar que, en ciertas circunstancias, la levitación es posible, queda por saber si se puede presentar también en otras condiciones. Desde que se puede presentar una excepción a la ley de gravitación, también otras aparecen como posibles.

Pueden existir en la naturaleza otras fuerzas capaces de vencer la atracción de la Tierra. Una primera razón para no oponer a esa suposición el propósito de no recibirla, es que nosotros mismos no sabemos en qué consiste la gravitación. Comprobamos los efectos, pero se nos escapa el modo de la acción física. Todos los físicos saben que el proceso de la atracción es todavía un enigma.

Se imaginaron las teorías más variadas para dar una explicación física de la gravitación⁵⁴, y como el problema queda siempre sin solución, la

⁵⁴ Ieenkrahe, *Das Rcethsel der Schwerlcraft* (nota del autor).

ciencia tendrá mayores motivos para examinar los fenómenos de levitación. Es evidente que el conocimiento de las condiciones bajo las cuales se anula la gravitación no puede dejar de esclarecer el propio fenómeno de la gravitación.

No es menos evidente, según lo citado anteriormente, que la levitación no puede ser comprendida sino a la luz de nuestras nociones sobre gravitación, por eso debemos comenzar por el estudio de esta última. Newton, el primero, dio una demostración rigurosa de la gravitación, ya sospechada desde la antigüedad. Este es el enunciado de la ley establecida por él: *“Todos los cuerpos se atraen en razón directa del producto de sus masas, y en la inversa del cuadrado de sus distancias”*. Esta fue la primera ley terrestre a la que se atribuyó un valor universal, es real tanto para la piedra lanzada por el niño como para el cometa que llega desde las profundidades del espacio. Es el fundamento sobre el que se puede establecer la ciencia moderna de la astrofísica, ciencia que parte de este principio: *“Todas las leyes terrestres, la del calor, la de la luz, la electricidad, etc., tienen un valor universal”*.

Newton sabía que sólo había descubierto la ley de la gravitación y no su causa. Él mismo confesó desconocer la naturaleza de la gravitación, y dijo: *“No conseguí todavía deducir de los fenómenos observados la razón de esa propiedad de la gravitación, no establezco hipótesis. (“Aypotheses non Pingo”)*⁵⁵.

En una carta a Bentley dijo: *“La gravitación debe ser ocasionada por algún tipo de impulso, actuando de un modo continuo y de acuerdo con ciertas leyes, mis lectores que juzguen si se trata de un impulso material o inmaterial. El problema a resolver no se presenta bajo el nombre de gravitación, sino bajo el de atracción”*. También le dijo a Bentley: *“es inconcebible que la materia bruta e inanimada pueda actuar sobre la materia a distancia, sin un intermediario material”*.

Para explicar esa acción a distancia podemos, según las reglas de la lógica, enunciar, bajo dos formas diferentes, la proposición de Newton y decir: *“es concebible que la materia animada pueda actuar a distancia o también es concebible que la materia inanimada pueda actuar a distancia por un intermediario”*. La primera fórmula renuncia a una solución científica y supone la materia animada como hizo primero Maupertius y recientemente Zollner. La segunda fórmula permanece en el ámbito de las ciencias naturales e implica una concepción que ya se encuentra en Newton.

Este suponía el espacio ocupado por una materia por todas partes: el éter, vehículo de los fenómenos, como el calor, la luz, la gravitación, la electricidad, etc. Incluso antes de la publicación de su obra, él escribió a Boyle citando el éter en el que buscaba la causa de la gravitación. Así

⁵⁵ Newton, *Principio III* (nota del autor).

como la ley de gravitación no puede ser descubierta sino por la generalización de una ley terrestre, así también sólo podemos descubrir la causa de la gravitación dando valor cósmico a una fuerza terrestre actuado a distancia. La ciencia astronómica solamente se transforma en una posibilidad humana presuponiendo la universalidad de las leyes terrestres, porque solamente ellas son accesibles a una comprobación experimental.

Existe una fuerza terrestre actuando a distancia que nos parece apropiada para explicar la gravitación: se trata de la electricidad. En una memoria sobre las fuerzas que rigen la constitución íntima de los cuerpos, publicada en 1836 y reproducida por Zollner ⁵⁶, Mossoti ya declara que la gravitación puede ser considerada como una consecuencia de los principios que rigen las leyes de la fuerza eléctrica.

Faraday quería determinar experimentalmente las relaciones que podían existir entre la gravitación y la electricidad. Partía de la siguiente premisa: si esas relaciones existen, la gravitación debe contener alguna cosa que corresponda a la naturaleza dual o antitética de las fuerzas electromagnéticas. El había reconocido que, en caso de existir tal cualidad, no habría expresiones bastante potentes para traducir la importancia de esas relaciones ⁵⁷. En efecto, ese sería un hecho de extraordinaria importancia, porque entonces el peso o la gravitación se nos presentarían como una fuerza modificable en ciertas condiciones, y su demostración tendría para la ciencia un valor mayor que cualquier otro descubrimiento. Las experiencias de Faraday no dieron un resultado positivo, pero no por ello se mantuvo menos firme en su convicción de la existencia de esa relación.

Fue una lástima que no hubiese buscado descubrir esas relaciones donde realmente existen, es decir en los fenómenos de levitación del ocultismo. En 1872, Tisserand, por su parte, hizo a la Academia de Ciencias una comunicación sobre el movimiento de los planetas alrededor del Sol, según la ley electrodinámica de Weber ⁵⁸.

Probó que los movimientos de los planetas se explican tanto por la ley de Weber como por la de Newton, y que esta última no es más que un caso particular de la anterior. Recientemente, Zollner volvió a esa idea: La ley de Weber, tiende a presentarse al espíritu humano como una ley general de la naturaleza, rigiendo tanto los movimientos de los astros como los de los elementos materiales.

Los movimientos de los cuerpos celestes se explican, en los límites de nuestra observación, tanto por la ley establecida por Weber para la electricidad, como por la de Newton. Sin embargo, al no ser ésta más que

⁵⁶ *Erkloerung der universellen Gravitation aus den statischen. Wirleungen der Eleletrieitbt, et Wissenechaítl.* Abhandl., I, 417-459 (nota del autor).

⁵⁷ Faraday-Rech. "*Expérim sur electricité*". Traducción alemana, III (nota del autor).

⁵⁸ Qampbes: *andus*, 30 de septiembre de 1872 (nota del autor).

un caso particular de la ley de Weber sería necesario, conforme a las normas de una inducción racional, sustituir esta última a la ley de Newton para el estudio de las acciones recíprocas entre partículas materiales en reposo o movimiento ⁵⁹. Por tanto, si el peso o la gravitación es un fenómeno eléctrico, debe ser modificable y polarizable por las influencias magnéticas eléctricas lo que demuestra el imán actuando en sentido inverso al del peso. Este depende de la densidad, de la cohesión de las partículas, no siendo la cohesión más que electricidad contenida.

La hipótesis que hizo un fenómeno eléctrico de la atracción del Sol sobre los planetas, ganaría en verosimilitud, de ahí que la atracción que Newton atribuyó a la luna, y cuyo efecto se siente en las mareas, pudiese ser imitada eléctricamente. Si aproximamos a un líquido un palo de ámbar electrizado por fricción, veremos formarse en la superficie de ese líquido como una ola.

Esa hipótesis ganaría todavía más verosimilitud, si pudiese poner en evidencia, en el sistema solar, el hecho de la repulsión eléctrica, que es precisamente el caso de la cola de los cometas. El núcleo de los cometas, en su cualidad de masa fluida sembrada de pequeñas gotas, está sometido a la acción de la gravedad y obedece a la ley de Kepler. La cola, es decir, los vapores formados a costa del núcleo, actúan de una forma diferente. Esos vapores no son atraídos por el Sol, sino repelidos por él, según la prolongación de la línea recta que une el Sol al núcleo y que se llama rayo vector.

Todo líquido en vías de pulverización se electriza, como es sabido, por tanto, podemos suponer que los vapores desarrollados a costa del núcleo del cometa, bajo la influencia del calor solar, son igualmente electrizados. Como las electricidades del mismo polo se repelen, se podría pensar que la cola de los cometas sufre su repulsión simplemente por el hecho de estar cargada de una electricidad de la misma naturaleza que el Sol. Pero, cuando los cometas se aproximan al Sol, en la época del perihelio ⁶⁰, el proceso de ebullición que comenzó en la superficie del cometa, debe avanzar cada vez más en profundidad y puede suceder que nuevas sustancias químicas tomen parte en él y que la señal de electricidad, de que los vapores están cargados, cambie, es decir, que los vapores adquieran una electricidad de naturaleza contraria a la del Sol.

En esas condiciones, y en razón de la universalidad supuesta de las leyes de la naturaleza, se puede formar una cola de cometa dirigida hacia el Sol, es decir, atraída por él como el propio núcleo. En base a ese razonamiento, Zollner explicaba la apariencia del cometa en 1823, que

⁵⁹ Zollner, *Natur der Kometen*, 70, 127, 128 (nota del autor).

⁶⁰ *Perihelio* es el punto más cercano de la órbita de un cuerpo celeste alrededor del Sol. Es lo contrario de *afelio* (nota del traductor español).

presentaba dos colas: una dirigida hacia el Sol y la otra en sentido opuesto, formando entre sí un ángulo de 160°⁶¹.

El examen de ese fenómeno cósmico nos hace suponer que la gravitación es idéntica a la atracción eléctrica, pero que, por el cambio de señal de la electricidad, la gravitación puede ser convertida en levitación y viceversa. Resulta de esto, para la ciencia, la posibilidad de cambiar o abolir el peso en condiciones sometidas a las leyes.

Si la ciencia consiguiese determinar esas condiciones y hacer de ellas una aplicación técnica a los misterios de la naturaleza, la vida humana se encontraría más profundamente cambiada de lo que lo ha sido por todos los descubrimientos realizados hasta la fecha. Si la hipótesis de Faraday, atribuyendo a la gravitación el carácter antitético de la electricidad, fuese comprobada, y nosotros la aplicásemos, los fenómenos de levitación, tan numerosos en el ocultismo, perderían su aspecto paradójico. El levantamiento, a través del imán, de un pedazo de hierro colocado sobre una mesa, su sustracción a la acción del peso, es un fenómeno natural y no puede ser comprendido sino admitiendo que la gravitación posea una naturaleza antitética. Las colas de los cometas, que se dirigen bien hacia el Sol o en sentido opuesto, proporcionan la prueba de que la gravitación puede, en algunas condiciones, de conformidad con las leyes universales, transformarse en levitación y viceversa.

La ciencia de la naturaleza, utilizando el principio de la evolución que tomó prestado a la filosofía, comete siempre el error de desconocer su propio poder evolutivo.

Desde que aparece una idea nueva, se apresuran en considerarla como definitiva, creando de esta forma un grave obstáculo a todo progreso posterior.

Hoy, apoyándose en la ley de gravitación se niegan y se declaran imposibles los fenómenos ocultistas de levitación, sin reflexionar que, si existen imposibilidades matemáticas y lógicas, todo en la física reposa sobre la observación y la experimentación. En este último dominio sólo tendría el derecho de formular a priori la palabra “imposible” el que posea la ciencia absoluta. No fue ese el procedimiento de Newton. Jamás fue realizado un descubrimiento aplicándose una porción tan enorme del universo, como la de la gravitación universal, de Newton.

Una ley en acción, incluso sobre los más ínfimos globos del espacio, fue transportada a la Vía Láctea y a las más apartadas nebulosas, cuya luz tarda millones de años para llegar hasta nosotros. Newton nunca tuvo la idea de imponer a la potencia evolutiva de la ciencia esos límites que la mayoría de las veces no pasan de ser manifestaciones de orgullo del sabio que hace un descubrimiento y no admite que se vaya más allá.

⁶¹ Zollner, *Wissensch Abhemdl*, II, 2, 638-640 (nota del autor).

En su lecho de muerte, decía: “No sé qué pensará la posteridad de mí, me comparo a un niño que, saltando en una playa, encontró para su felicidad, una piedra más pulida o una concha más bonita que las otras, mientras que delante de él se extiende, hasta perderse de vista y todavía inexplorado, el océano inmenso de la verdad”⁶².

Ese océano inmenso e inexplorado todavía se extiende delante de nosotros, y los grandes descubrimientos de los siglos futuros sólo serán posibles si tenemos la modestia de considerar los mayores descubrimientos del pasado y del presente como piedras pulidas o bonitas conchas. Mientras la ciencia de la naturaleza siga fiel al prejuicio, que cultiva con tanto mimo, de ver en el peso una fuerza invariable, no podrá concebir la simple idea de investigar las leyes cuya acción pueda contrariar la gravitación, y continuará afirmando la imposibilidad.

La naturaleza, decía él, ha envuelto en un velo y en tinieblas tan espesas las vías y los medios de que se sirve para imprimir a todos los cuerpos su tendencia a caer sobre la Tierra que, a pesar de todo esfuerzo y sagacidad, todavía no se puede descubrir nada. Fue eso lo que llevó a los filósofos a buscar la causa de ese fenómeno maravilloso en los propios cuerpos, en una propiedad que fuese esencial a ellos, en virtud de la cual tenderían para el centro de la Tierra, como si sintiesen la necesidad imperiosa de, como una parte, unirse al todo. Eso no se llama descubrir causas, sino crearlas poco claras e incomprensibles para cualquier persona⁶³.

Los cuerpos son pesados, tal es la fórmula enunciada en el lenguaje de la ignorancia, que se sujeta al hecho más inmediato, la sensación de peso que nos hacen experimentar los cuerpos.

Situamos en los cuerpos una actividad, que, en su tendencia a caer, no obedecen sino pasivamente la atracción terrestre. Si el peso fuese inseparable de la materia, sería invariable, lo que no es así. Porque si se transportase el hombre a la luna, no poseería más que la sexta parte de su peso, y si fuese para el Sol, tendría un peso enorme.

El peso, de causa exterior y variable, no es pues, inseparable de la concepción de la materia. Desde ahí cae toda posible objeción contra la posibilidad de la levitación, y cada día se podrá conocer un nuevo proceso para sustraer un cuerpo material a la atracción terrestre, por la acción de una fuerza actuando en sentido contrario. Ahora bien, la levitación no sólo es posible, es una realidad. Millares de personas la verificaron, y entre ellas se encuentran investigadores serios que la sometieron a investigación científica. Por tanto, la ciencia tiene el deber de explorar el dominio del ocultismo que presenta esa fuerza de la levitación.

Pero, el día que se confirme la idea de que, a pesar de conocer la ley de gravitación, su causa es todavía un gran enigma, se liberará de ese

⁶² Brewaber, *Life of Newton*, 338 (nota del autor).

⁶³ Huyghens, *Díss. de causa gravítatis* (nota del autor).

prejuicio y desaparecerá ese gran obstáculo para el progreso. Si la ciencia no se dejase cegar y no permaneciese sistemáticamente apartada del dominio donde podría explorar libremente tan numerosos fenómenos de levitación, habría dado un gran paso para la solución de uno de los problemas de mayor importancia para la humanidad.

Babinet dijo: “Aquel que, contra toda posibilidad, consiguiese elevarse en el aire y mantener ahí, en suspensión, una mesa o cualquier otro cuerpo en reposo, podría ufanarse de haber hecho el descubrimiento más importante del siglo. Newton se convirtió en inmortal por su descubrimiento de la gravitación universal. Aquel que supiese sustraer un cuerpo a la gravitación, sin medios mecánicos, habría hecho todavía más”⁶⁴.

Babinet tenía razón para atribuir tan gran valor al descubrimiento, pero se equivocó resaltando que el hecho era imposible. También confundió la ley y la causa de la gravitación. Aunque no tuviésemos la menor idea de esa causa, sería ilógico afirmar la imposibilidad de la levitación. Pero, si la gravitación entra en las leyes fundamentales de la electricidad, la levitación se convierte en una de sus más positivas posibilidades.

Las leyes son inmutables, pero las causas pueden variar, y su variabilidad queda establecida con el descubrimiento de las fuerzas que permiten modificarlas. Lo que hace que un sabio, como Babinet, tenga esa idea tan fija sobre el peso, y, sin reflexionar mucho, lo considera como un atributo inseparable de la materia. Pero ya hace doscientos años que Huyghens nos ponía en guardia contra semejantes errores. Por tanto, la ciencia tiene el deber de explorar el dominio del ocultismo que presenta esa fuerza en actividad, de estudiarla en sus manifestaciones y, variando las condiciones experimentales, establecer la ley de los fenómenos.

Soy partidario de una estrecha alianza entre la física y el ocultismo, en interés de ambos. Si todos los ocultistas fuesen excelentes físicos, no veríamos acumularse desde hace tantas decenas de años hechos y materiales relativos a la levitación, sin algún intento serio de explicación. Yo no tendría necesidad aun habiendo estudiado física, de detenerme en esto, abandonando el resto a los físicos.

Si, por el contrario, todos los físicos fuesen excelentes ocultistas, en vez de las discusiones estériles donde unos afirman hechos y otros niegan la posibilidad de su existencia, veríamos surgir discusiones fecundas sobre los fenómenos. Los físicos no tardarían en reconocer que el ocultismo es susceptible de proporcionarles una nueva orientación, y que en particular el estudio de la levitación ofrece la solución de un problema que excede en importancia a todos los demás.

⁶⁴ *Revue des Deux-Mondes*, 1854, 530 (nota del autor).

LA LEVITACIÓN

Cuando se da un fenómeno inexplicable a primera vista, el sabio lo encarará de una manera diferente, según la opinión elevada que tenga de sí o de la naturaleza.

Uno rechazará todo lo que no pueda encajar en su sistema y, al tropezar con uno de esos hechos, además de hacer todo lo posible para evitar corregir su sistema, tratará al hecho con soberano desprecio. Otro lo admitirá como un intruso que incomoda, pero sin intentar apartarle. Sólo el verdadero investigador se esforzará por obtener fenómenos que pueden proporcionarle la ocasión de reformar su sistema. Para poner de relieve esas diferentes actitudes, he aquí algunos pasajes de diversos autores:

La Academia de Medicina de París: despreciemos los hechos que son raros, insólitos y maravillosos, como la renovación de los movimientos convulsivos por la dirección del dedo o de un conductor a través de una puerta, un muro... Creemos que no debemos fijar nuestra atención sobre casos raros, insólitos y extraordinarios, que parecen contrariar todas las leyes de la física ⁶⁵.

Virchow: nadie se alegra con la aparición de un nuevo fenómeno, por el contrario, su constatación es, muchas veces, penosa ⁶⁶.

Herschel: sus ojos (los del observador) deben siempre estar abiertos para no dejar escapar cualquier fenómeno que se oponga a las teorías reinantes, porque todo fenómeno de ese género, marca el comienzo de una nueva teoría ⁶⁷.

Los casos de levitación se multiplican cada vez más en estos tiempos, a pesar de eso, su realidad no se acepta por esa actitud, la más perjudicial para cualquier progreso, y tan perfectamente caracterizada en el párrafo arriba citado del informe de la academia de París. No los examinan, los rechazan por imposibles.

Pero, si para entregarse al examen que se imponen hubiesen tomado por punto de partida el único verdadero, la gravitación, comprobarían luego que la levitación, es decir, la suspensión del peso de un cuerpo terrestre, se producirá necesariamente en el caso de poderse suprimir la Tierra, o por otra, sustraer el cuerpo a su centro de atracción.

⁶⁵ *Rapport des Commissaires de la Soc. Royale de Med. pour faire l'examen du magnetisme animal*, pag. 21 (nota del autor).

⁶⁶ Virchow, *Über Wunder*, 23 (nota del autor).

⁶⁷ Herchel, *Einleitung in das Studium der Naturwissenschaft*, 104 (nota del autor).

No siendo eso realizable, es preciso, para explicar la levitación, intentar ver si existe alguna fuerza opuesta a la gravitación y capaz de vencerla. La cuestión presentada de esta forma tiene una respuesta clara y evidente. La propia naturaleza nos ofrece ejemplos de fuerzas de ese género. El calor dilata los cuerpos, es decir, bajo la influencia del calor, la cohesión o fuerza de atracción que se ejerce entre los átomos, disminuye o desaparece.

El ejemplo del imán es todavía más exacto: el imán que soporta un trozo de hierro, vence al peso de éste. Si entre dos poderosos imanes colocamos un tubo de vidrio, en el que se ha introducido una bola de hierro, ésta queda libre en suspensión en el tubo. El magnetismo, en este fenómeno de atracción, como en los fenómenos de repulsión que produce, es pues, un antagonista del peso.

Ahora, hace cien años que Mesmer descubrió una nueva fuerza, cuya fuente se encuentra en el organismo humano y a la que llamó magnetismo animal, por las analogías que encontró entre ella y el magnetismo mineral, por ejemplo: en los fenómenos de atracción y de la acción producida por los pases directos e inversos. Esas analogías permiten suponer que el magnetismo animal es susceptible, por su parte, de oponerse a la acción del peso, es decir, de producir la levitación.

Ahora bien, entendamos que existe levitación no solamente en el caso en que un cuerpo se levanta verticalmente, en sentido contrario al peso, sino en aquellos casos en que los movimientos se operan en cualquier sentido, siempre que previamente sea vencida la acción del peso. No es necesario que se produzca un movimiento, como prueba un hecho relatado por Ginelin: la moneda que, a pesar de la ley de gravitación, se quedó adherida a la frente de un individuo que sufría de dolores de cabeza.⁶⁸

Hace cien años, Petetin hizo experiencias con catalépticos. Cuando colocaba su mano por encima de los cataleptizados, a distancia de una pulgada, la mano de éstos se levantaba y todo el brazo seguía el movimiento lento de descenso del operador⁶⁹. Sin embargo, fue Reichenbach quien creó la física del magnetismo y el primero que hizo experimentos de esta índole. Se encuentra, dijo él, en el estudio de los *efluvios ódicos*, modos particulares de atracción y repulsión, que se traducen por la reunión y separación de sus polos.

Si hacemos que un sensitivo extienda su mano izquierda horizontalmente, con la palma hacia abajo, y presentamos a esta las puntas de los dedos de nuestra mano derecha, con la palma hacia arriba, la mano extendida parece hacerse pesada, con tendencia a ir hacia abajo, como si

⁶⁸ Herachel, *Einleitung in das Studium der Naturwissenschaft*, 104 (nota del autor).

⁶⁹ Herachel, *Einleitung in das Studium der Naturwissenschaft*, 104 (nota del autor).

fuese atraída hacia el suelo. Si, por el contrario, presentamos a la palma las puntas de los dedos de nuestra mano izquierda, las sensaciones del sensitivo serán inversas: su mano parecerá ser más liviana, con una tendencia a elevarse, como si fuese atraída hacia arriba.

Este fenómeno es delicado y poco acentuado, pero suficientemente claro, y se comprueba en todos los sensitivos, siempre que su sensibilidad no sea demasiado débil. Si, en lugar de operar sobre la mano izquierda del sensitivo, se opera sobre la derecha, las sensaciones serán las mismas, pero en sentido opuesto...

Los miembros del mismo nombre se repelen débilmente, los de nombres contrarios, se atraen de la misma forma. En uno de los casos, el peso natural de la mano parece haber aumentado, en el otro parece haber disminuido.⁷⁰

Reichenbach mostró que esa atracción y repulsión pueden ser obtenidas por medio de polos ódicos inanimados, de esta manera, los polos de los cristales y de los imanes producen los mismos efectos que las puntas de los dedos⁷¹. Emprendió análogos experimentos con otras fuentes *od* como la luz solar, las plantas y los cuerpos amorfos⁷².

Lo que es más notable es el antagonismo que se manifestó en los experimentos de Reichenbach entre el magnetismo animal y el mineral: Dio al Sr. Leopolder, profesor de mecánica en Viena, actualmente en la Universidad de Lemberg, una pequeña barra imantada, que él conservó en equilibrio en la punta de su índice derecho, esa barra tenía cinco pulgadas de largo y 1/16 de pulgada cuadrada de sección; se movía también para dentro (es decir, su extremo más próximo al medio del cuerpo se dirigía hacia éste), bien sobre el dedo de la mano izquierda o sobre el de la derecha.

Este caso es muy interesante para la indagación que nos ocupa. La barra imantada operaba siempre una rotación hacia dentro, independientemente de la posición del operador en relación con el horizonte.

Le situamos con la cara vuelta hacia el sur, teniendo en equilibrio, sobre el índice derecho, la barra conservada en el plano del paralelo terrestre, con el polo norte del imán dirigido a Occidente, en esa posición, el polo norte negativo debe tender hacia el Norte, la fuerza magnética lo atrae necesariamente para el polo norte terrestre, desde el momento en que ella tiene una intensidad suficiente para vencer la fricción de la barra sobre su punto de apoyo, es decir, sobre la punta del dedo. Produciéndose entonces el hecho, la fuerza de rotación (ódica) poniendo en movimiento la barra por su preponderancia sobre la resistencia de la fricción, si polo norte debería,

⁷⁰ Reichenbach, *Wer ist sensitiv, wer nicht?* (nota del autor).

⁷¹ *Der sensitive Mensch*, 1, 4, 447-456 (nota del autor).

⁷² *Les atilavas odiques*, trad. franc., 104-106 (nota del autor).

según nos indica la razón, girar para el polo norte de la Tierra y es lo que *no hace*; al contrario, gira para el sur, en oposición directa a la atracción polar natural, en cuanto a su polo sur, se dirige agitado, para el cuerpo de su soporte vivo, es decir, para el polo norte de la Tierra.

Por tanto, el imán estaba lejos de obedecer la atracción magnética, vencido por la fuerza de rotación (atracción o repulsión ódicas) y, a pesar de su naturaleza íntima, era violentamente forzado a moverse en el sentido inverso de su polarización. La fuerza que estudiábamos en este caso es, por tanto, muy considerable, característica e independiente, la fuerza (ódica) de rotación en aquellas circunstancias es tan superior a la fuerza (magnética) de rotación, que no dudamos en aceptar la lucha con el magnetismo, que se le opone directamente y es vencido en la lucha por ella... el resultado fue idéntico en todas las orientaciones, y lo fue en todas las veces que repetimos la experiencia con muchos otros sensitivos y otras barras ⁷³. Por tanto, se dieron los mismos resultados en una serie de experimentos muy diversos. Los sensitivos débiles no conseguían provocar los movimientos. Más de uno tenía días, e incluso horas, en que periódicamente obtenían esas rotaciones ⁷⁴. Este es el resumen que ofrece Reichenbach:

Descubrimos una fuerza desconocida, que se revela en los sensitivos, pero solamente en ellos, pareciendo no existir en aquellos que no lo son... Crece por la reunión de muchos sensitivos, y emana más abundante en los que están dotados de mayor sensibilidad. Se puede, por medio de obstáculos ódicos, aumentar su importancia, hasta producir malestar, desfallecimientos y convulsiones. Sus manifestaciones exteriores se debilitan por todo lo que restringe la expansión del *od*, como por ejemplo, por la oposición de polos de distinto nombre... Esos efectos (de inhibición) no son continuos sino que se componen por una sucesión de saltos ⁷⁵.

Como los experimentos realizados en objetos inanimados presentan una fuerza más demostrativa para nosotros, inclusive para los doctores, voy a pasar a realizar ensayos cuya narración me forzaré a entrar en el dominio del espiritismo. No se asuste el lector, no le hablaré de espíritus, sino de una fuerza emanada del médium y, por tanto, de un asunto que la antropología ha despreciado. En el fenómeno de las mesas giratorias todos los asistentes contribuyen para la producción de esa fuerza. Ese fenómeno, observado en la cámara oscura de Reichenbach, es acompañado de la producción de luz ⁷⁶. La parte superior de la mesa se vuelve luminosa, y desde ese momento empieza a oscilar, a moverse y elevarse; en este caso igualmente el magnetismo animal aparece como una fuerza motora, opuesta al peso.

⁷³ *Les atilavas odiques*, trad. franc., 118-111 (nota del autor).

⁷⁴ *Les atilavas odiques*, trad. franc., 118 (nota del autor).

⁷⁵ *Les atilavas odiques*, trad. franc., 123-133 (nota del autor).

⁷⁶ Reichenbach, *Der sensitive Mensch*, 1, 121-126 (nota del autor).

Examinemos de más cerca algunas de las manifestaciones de esa fuerza... En el transcurso de cierta sesión, colocó en una balanza una gran mesa del comedor, que pesaba 121 libras. Al expresar simplemente el deseo, el peso descendía a 100, después a 80 y 60 libras, o subía a 130 e incluso a 144 libras. El cambio de peso se producía un intervalo de 3 a 8 segundos ⁷⁷.

El profesor Boutlerow experimentó igualmente con esa fuerza, que o bien se combina con el peso o se le resiste. Repele la expresión “cambio de peso” por parecerle poco exacta y dijo: “ninguno de nosotros pensó nunca en un real cambio de peso. Para nosotros se trataba allí de otra cosa que un cambio en las indicaciones de la balanza, determinado por una fuerza que actuaba en concurrencia con el peso. Esa fuerza actúa o bien en el mismo sentido que el peso y se une a él, o en sentido contrario y entonces el marcador de la balanza indica una disminución aparente del peso”.

En cuanto al origen de esa fuerza, Boutlerow admite, con Crookes, que la proporciona la materia ponderable del cuerpo del médium, no existiendo más que el transporte de la fuerza vital de un cuerpo material hacia otro. Los movimientos aparentemente espontáneos de los cuerpos se explicarían de la misma forma, el contacto del médium con los objetos no sería siempre necesario. He aquí lo que dijo Boutlerow a propósito de un experimento con Home:

“Momentos después, Home tomó una campanilla que estaba sobre la mesa, y la puso a cierta distancia del borde de ese mueble, un poco más bajo que el plano superior. La campanilla y la mano de Home estaban bien iluminadas por la luz de una vela. Al cabo de algunos segundos, Home dejó la campanilla y ésta se mantuvo libremente suspendida en el aire” ⁷⁸.

Boutlerow observó hechos análogos en la presencia de otras personas de su conocimiento, que no eran médiums de profesión.

Si ahora notamos que el peso aparente de un cuerpo puede modificarse sin adición ni sustracción de materia, resulta, una vez más, que el peso de un cuerpo no depende de la cantidad de materia que contiene, sino de su contenido de *od*. Aquí surge una cuestión embarazosa, cuyo examen dejó a los físicos. El modo en que se comportan las colas de los cometas, parece imponernos la obligación de identificar la gravitación con la atracción eléctrica, y la levitación con la repulsión eléctrica.

⁷⁷ Owen, *Das streitige Land*, 1, 109. – Existe la traducción al portugués de esta obra, *Região em Litígio* editada por la F.E.B (notas del autor y del traductor portugués, respectivamente).

⁷⁸ *Psych. Studien*, 1874, 24-25 (nota del autor).

En el movimiento de las mesas y otros hechos de esa especie, vemos los mismos resultados producirse por la influencia del *od*, actuando como fuerza motora.

Reichenbach mostró que, en la naturaleza, el *od* y la electricidad ofrecen entre sí relaciones estrechas, a pesar de la independencia de su actividad ⁷⁹. Quedaría saber de cuál de esas dos fuerzas dependen los fenómenos, pero hoy el problema sólo puede ser formulado. La única cosa probada es que, por la sustracción o adición de *od*, el peso de los cuerpos se encuentra modificado, como si la cantidad de materia contenida en ellos estuviese disminuida o aumentada y, además de eso, la fuerza que rige esas modificaciones debe ser polarizada, pues es susceptible de producir esos fenómenos.

No se puede tratar aquí sino de un cambio de polaridad ódica. Sea como sea, esa fuerza es susceptible de producir efectos considerables. Wallace dijo: “vi, en presencia del célebre médium Daniel Home, variar de 30 a 40 libras el peso de una gran mesa, que previamente se había determinado en pleno día, para apartar cualquier posibilidad de error” ⁸⁰.

Será bueno citar también los experimentos de Crookes, realizados con gran precisión, porque las modificaciones se producían ante un simple deseo del operador.

- 1º. Experimento: se hace más ligero. La mesa se levantó, y la balanza no acusó más que un peso de media libra, si acaso.
- 2º. Experimento: se vuelve pesada. Fue preciso una fuerza de 20 libras para levantar la mesa por uno de sus lados, encontrándose todas las manos colocadas en el borde de la mesa, con los pulgares a la vista.
- 3º. Experimento: pregunto si la fuerza que rige es capaz de levantar la mesa horizontalmente, cuando yo intente atraerla por medio del cordón de la balanza. La mesa abandonó el suelo, quedando perfectamente horizontal, y la balanza acusó una fuerza de 24 libras. Durante ese experimento las manos de Home estaban colocadas sobre la mesa, mientras que los dos asistentes se encontraban en el borde de la misma, como en el experimento precedente.
- 4º. Experimento: se vuelve pesada. Todas las manos están en el borde de la mesa, esta vez fue preciso emplear una fuerza de 43 libras para elevar la mesa del suelo.
- 5º. Experimento: se vuelve pesada. Esta vez, el Sr. B... tomó una luz e iluminó la parte interior de la mesa para comprobar que el aumento del peso no era producido por los pies de los asistentes o por algún artificio. Durante ese tiempo, examiné la balanza y comprobé que era preciso un peso de 27 libras para levantar la mesa. Home, A.R.

⁷⁹ Reichenbach, *Die Dynamide* (nota del autor).

⁸⁰ *Sphinx*, X, 265 (nota del autor).

Wallace y las dos damas tenían las manos colocadas en el borde de la mesa, y B... afirmó que nadie tocaba el mueble de manera que su peso fuese aumentado. Pregunté entonces si se me permitía pesar la mesa sin Home tocarla. –Sí, fue la respuesta.

- 6°. Experimento: sujeté a la mesa una balanza de muelle y pedí que se volviese pesada. Intenté entonces levantarla y, para conseguirlo, fue preciso una fuerza de 25 libras. Durante ese tiempo, Home estuvo sentado en su silla, recostado en el respaldo, con las manos lejos de la mesa y con los pies tocando los de las personas más próximas.
- 7°. Experimento: se vuelve pesada. El Sr. H... tomó entonces una luz e iluminó la parte inferior de la mesa, para comprobar que nadie la tocaba, mientras que yo hacía idéntica verificación en la parte superior. Las manos y los pies de Home se conservaban en la misma posición que en el experimento precedente, el indicador de la balanza acusó un peso de 25 libras ⁸¹.

Así, de la misma forma que un imán puede magnetizar un pedazo de hierro (produciendo la llamada inducción magnética), y que un cuerpo cargado de electricidad puede influir en otro, existe también en el cuerpo humano una fuerza, que es capaz de trasladarse a objetos variados.

El número de cuerpos que pueden sufrir la acción del magnetismo animal parece ser muy considerable. Slade tocó con la punta del dedo el respaldo de una silla y ésta se levantó a una altura de tres pies, flotando durante algunos segundos, y después cayó ⁸². Zollner y W. Weber vieron una aguja imantada desviarse por los efluvios de las manos de Slade.

Zollner propuso intentar la imantación de una aguja no magnética. Escogieron una aguja de hacer punto y comprobaron, por medio de la brújula que no estaba imantada, pues atraía igualmente los dos polos de la aguja magnética.

Slade colocó esa aguja sobre un plato que dejó debajo de la mesa, como hacía habitualmente con la losa para obtener la escritura directa, al cabo de cuatro minutos, colocó el plato con la aguja sobre la mesa y comprobó que esa aguja estaba imantada sólo en uno de sus extremos, pero tan poderosamente que atraía limaduras de hierro y pequeñas agujas de coser, y que, por ella, se podía hacer que la aguja de la brújula efectuasen rotaciones completas.

⁸¹ Crookes, *Anfreichn. uber Sitzungen mit Home*. (Traducción del alemán) 10-12. En la obra de Delanne: “*O Fenômeno Espírita*” se encuentran reflejados los experimentos de Crookes (notas del autor y del traductor portugués, respectivamente).

⁸² *Annales des sciences Psychiques*, IV, 196 (nota del autor).

El polo obtenido era el austral, repelía el polo austral de la brújula y atraía el boreal ⁸³. Comprobaron también que, por influencia del médium, las corrientes moleculares podían ser desviadas, fenómeno sobre el cual reposa precisamente la magnetización de los cuerpos, según la teoría de Weber y Ampère.

Muchas veces se observaba que las tijeras y agujas que utilizaban las sonámbulas en sus trabajos de costura, etc., estaban magnetizadas, y es probablemente la misma influencia que se debe atribuir al hecho de que los relojes de bolsillo de ciertas personas nunca funcionen con regularidad, a pesar de todas las revisiones que tengan.

Posiblemente fue también una acción magnética la que ejerció el profeta Eliseo en el siguiente hecho relatado en la Biblia: El profeta había ido con sus compañeros a las playas del Jordán para cortar madera destinada a la construcción de una cabaña. Uno de ellos dejó caer en el agua su hacha y se lamentaba amargamente por esa pérdida. Eliseo le dijo que le indicase el lugar donde había caído el hacha, y sumergiendo en el agua una rama de madera que había cortado, ésta volvió a la superficie trayendo el hacha ⁸⁴.

En las sesiones espíritas se comprueba que la fuerza de la levitación, como fuerza motora, emana del médium ⁸⁵ y también de los asistentes. En general, el médium no se distingue de las otras personas sino por la mayor facilidad de canalizar los efluvios ódicos que posee. En esas sesiones se pone mucho empeño para que la cadena formada por las manos no se rompa, pues, si esto sucediese, se interrumpiría el fenómeno, y por tanto, existiría un serio riesgo, si en ese momento se estuviese efectuando una levitación.

Así, por ejemplo, si los objetos fluctúan en el aire, caerían si se rompe la cadena, lo que prueba que la fuerza de levitación sale de los asistentes. En el transcurso de una sesión a oscuras, en Viena, yo oía –ya que nada podía ver– como subía y flotaba en el aire una pesada caja de música, que yo sólo podría haber cogido utilizando mis dos brazos, si hubiésemos roto la cadena, la caja habría caído sin ninguna duda, como sucedió en una sesión en Autuil con una guitarra, que, pasando por encima del círculo, cayó sobre la cabeza de uno de los asistentes, hiriéndole, ya que, queriendo cogerla, soltó la mano de su vecino.

En sesiones de este tipo se han visto muchas veces objetos inanimados, mesas, sillas, etc., aproximarse en línea recta al médium, y otras veces también se apartaron de él. Cuando en la mística cristiana se cuenta que ciertas imágenes, contempladas piadosamente por los fieles, se aproximan a ellos, quizás pueda creerse la realidad de este fenómeno, ya que

⁸³ Zollner, *Wissenschaft Abhandlungen*, II, 1, 340 (nota del autor).

⁸⁴ 2. Reyes 6, 4 (nota del autor).

⁸⁵ De Rochas, *L'Extériorisation de la Motricité* (nota del autor).

los contempladores eran posiblemente agentes mediúmnicos inconscientes.

En esa clase de fenómenos tenemos, ante todo, una fuerza en el médium, susceptible de ser exteriorizada y actuar como fuerza motora ⁸⁶, y de Rochas dedicó un libro a ese problema ⁸⁷, donde prueba que los efluvios ódicos de los médiums deben ser considerados como el origen de una fuerza motora.

El magnetismo animal actúa a distancia, como el magnetismo mineral, está como éste último, polarizado, y puede igualmente reforzar o contrariar la acción del peso. Es una analogía entre esas dos clases de magnetismo. La acción a distancia, como cualquier otro fenómeno de magia, no procede pues, del hombre material, sino del hombre ódico, y como no es posible imaginarnos a este último sino según el esquema del primero, podemos decir que la acción a distancia procede del cuerpo astral.

Viéndose la misma fuerza ejercer en las sesiones espíritas, se trata pues, de saber si pueden explicarse los fenómenos por la simple acción del médium, o si es preciso recurrir a inteligencias extrañas –a espíritus– o, también, si fuerzas idénticas de ese origen parejo se combinan para producir los fenómenos. Anticipando posteriores investigaciones, podemos decir que el cuerpo astral exteriorizado no constituye solamente el soporte de una fuerza motora, sino que es también portador de la fuerza vital, de la fuerza formativa, de la sensibilidad y de la conciencia. Puede existir independientemente del cuerpo material y estar separado de él, lo que equivale a afirmar su inmortalidad, como quedará probado experimentalmente en las investigaciones iniciadas por el Sr. de Rochas. Por tanto, las acciones producidas por el cuerpo astral durante la vida terrestre del hombre, en los sonámbulos y los médiums, deben ser idénticas a las del cuerpo astral definitivamente exteriorizado por la muerte.

Los fenómenos observados en las sesiones espíritas pueden presentar un origen doble: los médiums y los espíritus, e innumerables observaciones han probado que los espíritus operan por medio de fuerzas que se funden con las del médium en un todo homogéneo. El mismo proceso se aplica al fenómeno de la levitación.

Por tanto, tenemos las mejores razones, cuando se trata de hechos dependientes del *od* para instruirnos con aquellos que tienen conciencia de hallarse en relación con él. En primer lugar, debemos dirigirnos a los sonámbulos, los médiums nos serán de menor utilidad porque al producirse los fenómenos, o se encuentran en trance y, por tanto, sin conciencia, o despiertos, pero sin la conciencia ódica. Limitémonos pues a los sonámbulos.

⁸⁶ Reichenbach, *Die odische Loch und einige Bewegungerschenungen* (nota del autor).

⁸⁷ De Rochas, *L'Extériorisation de la Motricité* (nota del autor).

Uno de los más notables, y que era al mismo tiempo médium, una vidente de Prevorst, presentó, sobre el fenómeno de la levitación, consideraciones dignas de estudio. Ella designa a la fuerza ódica o magnética con el nombre de *espíritu nervioso* que dicen ser una energía mucho más imponderable y poderosa que la electricidad, el galvanismo y el magnetismo mineral. Ella atribuyó al *espíritu nervioso*, antes de Reichenbach y Rochas, la facultad de suprimir el peso de los cuerpos. En las personas sumergidas en un estado magnético profundo, ese *espíritu nervioso* se distinguiría fácilmente de los nervios y del alma, pudiendo, a través de él, actuar a distancia y manifestarse por golpes ⁸⁸.

El Dr. Klein habla de una sonámbula que le pedía su reloj y lo colocaba en su frente, donde quedaba adherido a pesar de todos los movimientos que ella hacía con la cabeza ⁸⁹. Jacolliot vio un faquir que, utilizando una pluma de pavo como conductor, bajaba un platillo de la balanza cuando en el otro existía un peso de 80 kilogramos. El faquir tocaba con la punta de los dedos el borde de un vaso lleno de agua, y ese vaso se podía mover en todos los sentidos sin que el agua contenida en él se moviese. El vaso se elevó muchas veces a siete u ocho pulgadas encima del suelo. El mismo hindú pidió un lápiz, que colocó sobre el agua y, extendiendo la mano por encima, el lápiz se desplazaba en todas direcciones. Él tocó delicadamente el lápiz, que flotaba en el agua, y éste se sumergió hasta el fondo del vaso.

Sobre una mesa pequeña que Jacolliot podía levantar con dos dedos, el faquir colocó su mano durante un cuarto de hora. Después de esto, Jacolliot no podía levantarla y, al emplear toda su fuerza en ello, la tabla superior se desprendió. Algunos minutos después, la fuerza comunicada a la mesa se disipaba, y volvió a disponer de su movilidad. Cuando iba a salir, el faquir observó un haz de plumas de los más notables pájaros de la India, tomó unas cuantas y las tiró hacia arriba lo más alto que pudo. Las plumas cayeron lentamente, pero al llegar cerca de la mano del faquir, volvieron a elevarse hasta el toldo de la terraza y allí quedaron fijas en él. Cuando el faquir se fue, cayeron al suelo ⁹⁰.

Crookes imaginó aparatos que permitían suprimir toda la comunicación mecánica directa, de la fuerza emitida por el médium Home al instrumento registrador de las variaciones de peso ⁹¹. Vio una silla elevarse, con una señora sentada en ella, muchas pulgadas por encima del suelo, quedar suspendida por unos diez segundos, y después descender lentamente ⁹².

⁸⁸ Kerner, *Die somnambulen Tisch*, 21. –*Die Seherin von Prevorst*, 158 (nota del autor).

⁸⁹ *Archiv. f. thier Magnetismus*, V, 1, 149 (nota del autor).

⁹⁰ Jacolliot, *Le Spiritisme dans le Monde*, 245, 281, 282, 285, 295 (nota del autor).

⁹¹ Crookes, *Recherches sur le Spiritualisme* (nota del autor).

⁹² *Psychische Studien*, 1874, 108 (nota del autor).

Todas esas facultades de aumento de peso y levitación, no pueden ser propias del cuerpo material del médium, pero sí de su cuerpo astral que, siendo de naturaleza ódica y polarizada, puede actuar sobre el contenido ódico íntimo de los objetos. Como, después de la muerte, el cuerpo astral subsiste, está claro que los espíritus deben estar dotados de las mismas facultades. A ese respecto hay que destacar que la vidente de Prevorst atribuía la facultad de suprimir el peso, no solamente a su *espíritu nervioso*, sino también a los espíritus. Ella afirmó en muchas ocasiones que los espíritus tienen el poder de sustraer peso a los objetos ⁹³, y ese hecho me parece experimentalmente probado por todos los fenómenos espíritas, en los que el peso se encuentra aumentado o disminuido según el deseo expreso del operador, como en los citados experimentos de Crookes.

En una experiencia del Dr. Halle con el médium Home, había sobre la mesa un vaso con agua, dos velas, un lápiz y algunas hojas de papel. Hallándose la mesa elevada con una inclinación de treinta grados, todos los objetos que se encontraban sobre la misma conservaron su posición, como si estuviesen pegados. Pidieron después a los espíritus que levantasen la mesa con la misma inclinación y dejaran caer el lápiz, conservándose el resto en su posición. El lápiz cayó al suelo y los otros objetos continuaron fijos. Volvieron a colocar el lápiz sobre la mesa y pidieron la misma experiencia, pero esta vez para conservar todo excepto el vaso. Este último se deslizó por la mesa y fue recogido en el borde por uno de los asistentes. En otra sesión, la mesa se elevó en un ángulo de 42°. Sobre ella estaban un jarrón de flores, libros y pequeños objetos de decoración. Todo se conservó inmóvil, como si los objetos estuviesen pegados ⁹⁴.

En un experimento realizado por el príncipe Luis Napoleón con el médium Home, un candelabro con velas encendidas pasó de la posición vertical a la horizontal, donde quedó flotando libremente, siguiendo las llamas brillando en sentido horizontal ⁹⁵.

La teoría espírita se impone todavía más en el fenómeno de transportes, cuando objetos colocados a una gran distancia son traídos a petición, como por ejemplo, en la sesión en casa de Napoleón, donde objetos, que se encontraban en el quinto o sexto salón, fueron traídos al primero.

Los hechos de ese género son innumerables y si, en esas experiencias se utilizasen aparatos registradores, comprobarían que el fenómeno de transporte se basa en la levitación. Es lo que se observa en las numerosas historias de las casas “encantadas”, donde los objetos más extraños sirven de proyectiles. Todas esas historias afirman que no quedaron heridas las personas alcanzadas por esos proyectiles. Glanvil cuenta la historia de una casa “encantada” en Londres, donde una persona fue alcanzada en la cabeza por

⁹³ Kerner, *Blaetter aus Prevorst*, I, 119 (nota del autor).

⁹⁴ Home, *Révélations sur ma vie surnaturelle*, 44, 222 (nota del autor).

⁹⁵ Hellenbach, *Verurtheile der Menschheit*, III, 265 (nota del autor).

un zapato que le habían tirado, pero tan suavemente que no sufrió lo más mínimo ⁹⁶. En otra casa, en Mulldorf, una persona fue alcanzada por un martillo, otra por una teja, pero todos los proyectiles eran tan leves que no ocasionaban mal alguno y, al caer, parecían no tener peso alguno ⁹⁷.

En Munchof, los objetos más variados, todo lo que pudiese servir como proyectil, fueron lanzados contra las ventanas, sin embargo los más pesados, a pesar de la velocidad con la que venían, quedaron fijos en las vidrieras y otros, sin apenas tocarlas, cayeron al suelo. Las personas alcanzadas por grandes piedras no sufrieron, con gran espanto suyo, sino ligeros choques, a pesar de la enorme velocidad con que eran lanzadas las piedras y, apenas se producía el contacto, los proyectiles volvían a caer verticalmente. Un hombre alcanzado por una cuchara que pesaba tres cuartos de libra, apenas experimentó un levísimo toque ⁹⁸. El abogado Joller cuenta que, muchas veces, tiraban piedras a su casa y daban a alguno de sus hijos, que solamente sentían un leve choque ⁹⁹.

En el convento endemoniado de Maulbronn, eran lanzados los objetos más diversos, pero al traspasar la ventana, en lugar de caer rápidamente, descendían al suelo lentamente, como flotando.

En otra casa, se tiraban piedras que hacían tanto daño como si fuesen simples esponjas ¹⁰⁰. Daumer tuvo la singular idea de atribuir en tal caso la preservación a la acción de misteriosos espíritus protectores, pero esa afirmación no concuerda con la confesión hecha por él mismo de producirse, en ocasiones, heridas ¹⁰¹, y debemos buscar el sustituirla por una explicación científica, que será fácil de encontrar, dado que se trata de una fuerza polarizada.

Sabemos que la electricidad neutra de un cuerpo, descompuesta por influencia, puede ser polarizada de tal forma que la electricidad positiva se disipe y la negativa permanezca en el cuerpo, o viceversa. Si tocamos un conductor, mientras está sometido a influencia, determinamos una disipación de la electricidad, que se libera, siempre del mismo nombre que la carga del cuerpo que ejerce la influencia, mientras que el de nombre contrario permanece en el conductor.

⁹⁶ Glanvil, *Sadduscismus triumphatus*, II, 220 (nota del autor).

⁹⁷ Gcerres, *Die christliche Mystik*, V, 145 (nota del autor).

⁹⁸ Gcerres, *Die christliche Mystik*, V, 145 (nota del autor).

⁹⁹ Daumer, *Das Gesteirreich*, II, 253. Cf. Joller, *Darstellung selle terleleter mystischer* (nota del autor).

¹⁰⁰ Daumer, *Das Gesteirreich*, II, 256-259. Cf. Joller, *Darstellung selle terleleter mystischer* (nota del autor).

¹⁰¹ Daumer, *Das Gesteirreich*, II, 267-268. Cf. Joller, *Darstellung selle terleleter mystischer* (nota del autor).

En un comunicado al Congreso Internacional de Ciencias Psíquicas en Chicago, en 1893, el profesor Coues presentó tres hipótesis posibles para explicar el movimiento de las mesas y otros fenómenos análogos:

- 1º. La teoría mecánica, conocida por el nombre de teoría de las acciones musculares inconscientes, de la cual dijo: es el refugio natural de todos los físicos y fisiólogos que fueron forzados a admitir el hecho de la mesa giratoria, ya que, conociendo poco o nada del psiquismo, se encuentran sin recursos, ya que no tienen otro medio de esconder su ignorancia ¹⁰².
- 2º. La teoría telequinética, según la cual los objetos inanimados son movidos en dirección contraria al efecto habitual del peso, por una fuerza comunicada a esos objetos a distancia, por personas vivas.
- 3º. La teoría espírita, que admite que inteligencias desencarnadas imprimen a los objetos el mismo movimiento que nosotros les podríamos comunicar.

Nada tengo que decir sobre la primera hipótesis, que diseña el problema para facilitar su explicación. Ahora bien, se ha comprobado mil veces que algunos objetos se mueven sin contacto, luego esa hipótesis, aunque fuese exacta, no explicaría sino una pequeña parte de los fenómenos. Desde el momento que se hace de la ciencia un lecho de Procusto ¹⁰³, sobre el que colocan el problema, la explicación se hace fácil. En cuanto a las otras dos teorías, el profesor Coues hizo mal en separarlas.

Cuando los espíritus mueven objetos, el proceso no es idéntico al que empleamos. Sería preciso un cuerpo con la misma densidad (materia) que el nuestro, y eso sólo es posible en las materializaciones completas. Los espíritus obran de un modo totalmente distinto, y la única hipótesis que puede ser aplicada al caso es la segunda, la telequinética. La telequinesia, o acción motora a distancia, no puede emanar del cuerpo material de los vivos, sino solamente de su cuerpo astral. Ahora bien, nuestro cuerpo sobrevive a la muerte terrestre con todas sus facultades. Los espíritus están provistos de ese cuerpo astral, luego el modo de obrar es telequinético, tanto entre los encarnados dotados de esas facultades extraordinarias como entre los espíritus. Sería fácil probar de cien maneras diferentes, que las fuerzas llamadas anormales, que el hombre puede desarrollar, gracias a su cuerpo astral, son las fuerzas normales de los espíritus.

¹⁰² Sphinx, XVIII, 251-260; *Annales des Sciences Psychiques*, 1893-94 (nota del autor).

¹⁰³ Procusto era un famoso bandido del Atica, en la antigua Grecia, que hacía tender a sus víctimas sobre un lecho de hierro, haciéndolas ajustar exactamente a la longitud del mismo, a cuyo fin les cortaba las extremidades de las piernas si éstas eran más largas, o las estiraba con fuerza mediante una cuerda si eran más cortas. Esta alegoría, se aplica principalmente a aquellos dogmáticos que se empeñan en ajustar de un modo forzado y violento una idea determinada a su propio criterio o a una norma preestablecida (nota del traductor español).

Una mano invisible o fluídica no puede imprimir mecánicamente un movimiento a cualquier objeto e incluso si esa mano fluídica asegura el objeto, no será más que el efecto de una asociación de ideas, de una reminiscencia humana provocada por la materialización, o también porque ese contacto facilita la levitación.

La única clasificación exacta de los diferentes modos de movimiento, abstracción hecha del movimiento mecánico producido por el hombre normal es pues la siguiente:

1º. El movimiento producido por las contracciones musculares inconscientes. Pero no es precisamente por ese modo como se producen los movimientos de la mesa, que son debidos al *od* actuando como fuerza motora, como prueban los fenómenos luminosos asociados a su producción.

2º. La telequinesia, fenómeno debido al cuerpo astral y que se efectúa sin contacto. Es de naturaleza anímica, cuando emana de los vivos y de naturaleza espírita, cuando emana de los desencarnados.

La constatación del hecho de la levitación no viene de ayer. Hace muchas décadas que ha sido objeto de experimentos, en ocasiones muy rigurosos. Nuestros adversarios no tienen más argumento que el de la imposibilidad de la levitación, por ser contraria a la ley de gravitación. Esta respuesta prueba desde luego la ignorancia de hechos realmente comprobados.

Además, es tan poco lo que sabemos de la naturaleza de la gravitación, que ya es un motivo para no servirnos de ella con la intención de combatir la levitación. No es exacto que los cuerpos sean pesados. Sólo el hecho de que la gravitación disminuye en razón inversa al cuadrado de las distancias, nos debería impedir hacer del peso uno de los atributos de la materia. Los cuerpos no son pesados sino en relación a los centros de atracción que se pueden presentar, y estos existen en gran número en el universo, para que nos equivoquemos al creer que la gravitación debe entrar en el concepto de materia.

Vemos que la electricidad y el *od* pueden ser contrarios a la gravitación, y siendo ambas fuerzas dotadas de dualidad (polaridad), no es absurdo considerar la gravitación como la expresión unilateral de una fuerza polarizada, como la atracción eléctrica u óptica, susceptible de transformarse en repulsión, en levitación, si la carga del cuerpo influenciado cambia de señal (como en el caso de las colas de los cometas) o si la electricidad neutra de ese cuerpo fuese descompuesta. Luego la gravitación y la levitación no se contradicen una a otra más de lo que hacen los polos de un imán.

CARL DU PREL

LOS EFLUVIOS ÓDICOS

El empleo de la varita en busca de las fuentes y yacimientos metálicos.

Parte de la introducción del coronel de Rochas a la obra del barón de Reichenbach "*Les effluves odiques*".

A finales del siglo XVI apareció la utilización de la varilla giratoria en las manos de ciertas personas para descubrir en el suelo filones metálicos. A mediados del siglo XVII se empleaban para buscar agua, y algunos años después se hicieron célebres gracias a Jacques Aymar, un campesino del Delfinado, en Francia que se sirvió de ella oficialmente para descubrir al autor de un asesinato cometido en Lyon en 1692.

Después de ese acontecimiento, que tuvo un ruidoso eco, se publicaron numerosas obras para estudiar los hechos, detallar los procesos y presentar sus explicaciones.

El abad de Vallemont, el de Lagarde y los doctores Chauvin y Garnier, que igualmente estudiaron el tema, atribuyen los efectos de la varilla a los corpúsculos que, desprendiéndose de todos los cuerpos, actúan, bien directamente sobre la varilla, o indirectamente sobre el cuerpo del operador, y gracias a los torbellinos puestos en boga en esa época por Descartes, determinan el movimiento de la varilla de un modo análogo al del imán actuando sobre el hierro, pero esos efluvios actúan de forma diferente sobre los individuos. Los buenos operadores, dotados de una sensibilidad especial, llegan a reconocer la naturaleza de los diversos efluvios una vez los perciben y conocen, por eso pueden seguir como un sabueso, la pista de un criminal, una vez que la hayan descubierto en un punto.

El padre Lebrun cita en algunos ejemplos que la causa que hace girar la varilla se acomoda a los deseos del hombre y que ella sigue sus intenciones.

No han faltado experimentos, con mejor o peor resultado. Unas veces era necesario tener en la mano un objeto de la misma naturaleza de aquello que se buscaba para obtener el movimiento de la varilla, otras veces la varilla apuntaba para todas las direcciones, menos para el lugar donde se encontraba un metal determinado o una corriente de agua, si se tenía en la mano ese metal o un paño mojado.

Al final de siglo siguiente, un tal Sr. Bleton, del Delfinado, en Francia, poseía en grado elevado el poder de descubrir fuentes con la varilla. Un médico, el doctor Thouvenel, habiendo oído hablar de él, le pidió que viniese a Lorena y le sometió a numerosas pruebas cuyos resultados se publicaron en París en 1781 bajo el título de "*Memoria física y médica*" donde muestra relaciones evidentes entre los fenómenos de la varilla adivinatoria, el magnetismo y la electricidad.

Thouvenel cree que tanto de las aguas subterráneas como de los minerales escondidos en la tierra, se desprenden efluvios que, penetrando en el cuerpo del sensitivo por los pies, ojos y pulmones, pasan para la sangre, actúan sobre el sistema nervioso y producen una conmoción en el pecho. De ahí los movimientos inconscientes que determinan la rotación de la varilla y también el aumento de las pulsaciones, con fiebre, sudores, síncope y pérdida considerable de fuerzas.

Después de esa publicación, Bleton se dirigió a París, donde fue examinado por diversos miembros de la academia, en especial por Lalande, que le prepararon trampas en las que cayó. Este hecho se ha visto reproducirse siempre que las sensaciones delicadas de los sensitivos fueron sometidas a influencias perturbadoras, incluso de orden moral.

Después de la Revolución, el Dr. Thouvenel emigró a Italia, adonde condujo a otro sensitivo francés, Pennet, también de la región del Delfinado, y le sometió a experimentos con diversos sabios como Spallanzane, el padre Barletti, profesor de física experimental en Pavía, Charles Amoretti, director de la Biblioteca Ambrosiana de Milán ¹⁰⁴ y Fortis. Este último publicó el resultado de sus experimentos en la *“Memoria para servir a la Historia Natural”* y principalmente en la *“Orictografía de Italia y países adyacentes”* en 1802.

Pennet consiguió encontrar depósitos metálicos y un acueducto subterráneo, pero tuvo poco éxito en cierto número de experimentos, lo que prueba solamente la inestabilidad de esas facultades especiales ya que no se puede establecer una comparación entre el número de los éxitos y de los fracasos, cuando se trata de encontrar un objeto colocado en un lugar determinado y extremadamente restringido en relación al espacio en que se realiza el experimento.

Algunos años después, en 1806, un sabio alemán, Ritter, que había visto como operaba Pennet, encontró esa misma facultad de hidroscofia en un joven campesino llamado Campetti. Ritter le llevó a Munich, donde Schelling y Francisco Baader experimentaron igualmente con él.

El conde de Tristan publicó en 1826 un libro con el título de *“Estudio de algunos efluvios terrestres”*, donde constata la realidad del movimiento inconsciente de la varilla sobre las corrientes de agua y proximidad de los metales, exponiendo con muy buena fe y franqueza los numerosos experimentos que intentó para establecer una teoría, infelizmente un tanto confusa. Me limitaré a exponer algunas de sus conclusiones:

¹⁰⁴ Amoretti encontró en su casa diversas personas capaces de hacer girar la varilla, entre las cuales un criado de diez años, Vicente Afossi, con quien realizó gran número de experimentos. Algunas sustancias hacían experimentar a Anfossi una sensación de calor en la parte inferior de los pies; otras le producían una sensación de frío. En el primer caso la varilla giraba hacia adentro, en el segundo, hacia afuera (nota del autor).

La Tierra emite efluvios de naturaleza eléctrica que difieren en cantidad y calidad según los lugares, estaciones y horas, esos efluvios penetran en los cuerpos de ciertas personas que poseen una conductibilidad especial y ahí se polarizan, pasando el fluido positivo o boreal a la mitad derecha y el negativo o austral a la mitad izquierda.

Las medias de seda se oponen al movimiento de la varilla, impidiendo que el fluido penetre en el cuerpo del sensitivo, de la misma forma, el movimiento se detiene por las cintas de seda que rodeen la empuñadura de la varilla, interrumpiendo así la corriente. Si el fluido positivo vence al negativo, la varilla, partiendo del plano horizontal, se eleva, bajando en el caso contrario. El fluido que se desprende del suelo por encima de una corriente de agua es debido a la fricción del agua contra las paredes del canal.

Experimentos realizados en el siglo XIX con el péndulo e instrumentos análogos.

Los experimentos realizados con la varilla giratoria indujeron a Fortis, Amoretti, Volta Ritter, Schelling y Baader a ocuparse de otro fenómeno análogo: el de un péndulo que se tiene en la mano y que realiza diversos movimientos según la sustancia sobre la que está expuesto.

Los resultados obtenidos por Ritter fueron publicados en enero de 1807 por la “*Morgenblatt*” (*Periódico matinal*) de Tubinga, en Alemania. En ese artículo se encuentran indicaciones claras sobre la polaridad del cuerpo humano, de los huevos, las frutas, los metales, etc. Ritter opina que la varilla adivinatoria es sólo un péndulo doble que, para ser puesto en movimiento, sólo precisa de una fuerza superior a aquella que produce los movimientos del péndulo simple. Pasamos a transcribir lo que dice:

“Tómese un cubo de pirita, de azufre o un metal cualquiera. El tamaño y la forma del metal son indiferentes (puede, por ejemplo emplearse un anillo de oro). Se sujeta a un hilo de tres a seis decímetros de largo, se aprieta el hilo entre los dedos, suspendiéndole perpendicularmente e impidiendo todo movimiento mecánico. Conviene que se moje un poco el hilo.

En estas condiciones, se coloca el péndulo por encima de un vaso lleno de agua o de un metal cualquiera, por ejemplo, encima de una moneda, una placa de zinc o de cobre. El péndulo hace insensiblemente oscilaciones elípticas, que se transforman en circulares y cada vez más regulares. Sobre el polo norte del imán, el movimiento se efectúa de izquierda a derecha y sobre el polo sur, de derecha a izquierda. Por encima del cobre o de la plata, sucede lo mismo que sobre el polo sur y por encima del zinc o del agua, lo mismo que sobre el polo norte.

Se debe proceder siempre del mismo modo, es decir, aproximar el péndulo al objeto, bien por encima o por uno de los lados, porque cambiando la aplicación, se cambia asimismo el resultado. El movimiento que se realizaba de izquierda a derecha, se hará de derecha hacia la izquierda y viceversa. También influye que la operación se haga con la mano izquierda o la derecha, ya que en algunos individuos hay tal diferencia entre el lado derecho y el izquierdo que produce una diferencia de polos. Toda suposición de error en estas pruebas es fácil de destruir, porque el péndulo oscila sin el menor movimiento mecánico, la regularidad de los movimientos acabará por convencerles de esto. Pueden multiplicar los experimentos o incluso dar al péndulo un impulso mecánico opuesto a su movimiento. No dejará de volver a tomar la dirección primitiva cuando cese la fuerza mecánica.

Si se suspende el péndulo por encima de una manzana o patata, etc., del lado del tallo, el movimiento se efectúa como sobre el polo sur del imán. Si se da la vuelta a la fruta, el movimiento también cambia. La misma diferencia de polaridad se presenta sobre un huevo fresco y todavía más sobre las diversas partes del cuerpo humano.

Por encima de la cabeza, el péndulo hace el mismo movimiento que sobre el zinc, por encima de la planta de los pies, lo mismo que sobre el cobre, por encima de la cata, ojos o barbilla lo mismo que sobre el polo norte, por encima de la nariz o de la boca, lo mismo que sobre el polo sur. Análogos experimentos se pueden realizar sobre todas las partes del cuerpo. El movimiento que se da en la palma de la mano es inverso del que se opera en su parte externa. El péndulo se mueve por encima de cada punta del dedo, pero el cuarto dedo (el anular) provoca un movimiento inverso. Posee igualmente la facultad de detener el péndulo o impulsarle en otra dirección cuando lo colocamos sólo en el extremo de la mesa de los experimentos”.

En 1808, Gerboin, profesor en la Escuela Medica de Estrasburgo, publicó sus *“Estudios experimentales sobre un nuevo medio de acción eléctrica”*, un volumen de 356 páginas en el que describe 253 experimentos con un péndulo formado por una bola fija en el extremo de un hilo, cuya parte superior está sujeta por la mano, simplemente entre el dedo pulgar y el índice. Esta obra es digna de ser consultada, ya que es difícil analizar lo complejo de sus conclusiones.

En 1812, habiendo Deleuze expuesto las investigaciones de Fortis, Amoretti y Ritter a Chevreul, éste habló del tema a Ersteat, que se hallaba en París. Ambos constataron entonces los movimientos del péndulo, pero a pesar del alto concepto en que tenían a Ritter, se reservaron su parecer sobre la causa del movimiento.

Algunos años después (1833), Chevreul, que había continuado realizando experimentos con el fenómeno, publicó en la *“Revue des Deux-Mondes”*, bajo la forma de una carta dirigida a Ampère, las siguientes conclusiones:

–Pensar que un péndulo asegurado por la mano del experimentador puede moverse y se mueve, sin que se tenga conciencia de que el órgano le da un impulso, es el primer hecho.

–Ver ese péndulo oscilar, y ese movimiento volverse más extenso por la influencia de la vista sobre el órgano muscular, siempre sin tener conciencia de eso, es el segundo hecho.

Chevreur explica esos dos hechos por la sencilla suposición de que la posibilidad de un movimiento provoca movimientos musculares inconscientes para producirles, y que la visión de un movimiento provoca, por imitación, movimientos de la misma índole. Para apoyar esto último, destacó lo siguiente:

1°. Cuando la atención está fija por completo sobre un pájaro que vuela, una piedra que surca el aire o sobre el agua que corre, el cuerpo del espectador se dirige de una manera más o menos acentuada hacia la línea de movimiento.

2°. Cuando un jugador de pelota o billar sigue con la vista el objeto al que dio movimiento, inclina su cuerpo en la dirección que desea dar al objeto, como si le fuese posible dirigirle para el punto que quiere alcanzar.

Chevreur aplicó esa misma explicación a las mesas giratorias, en una obra que publicó en 1854, sin embargo, al no poder explicar los movimientos sin contacto, no pudo aplicarla más para los hechos en general.

Pero, en esa época en que los movimientos sin contacto parecían tan absurdos que ni eran discutidos, todos los esfuerzos de aquellos que atribuían los movimientos del péndulo a una acción ejercida sobre la materia del mismo por un agente fluídico especial emitido por el propio operador, debían tender solamente a disponer las condiciones del experimento para anular el efecto de los movimientos inconscientes en contacto con el péndulo.

Fue lo que hizo, el primero de todos, el Sr. J. de Briche, secretario general de la Prefectura de Loiret, por medio de un aparato muy sencillo, que le daba un punto de suspensión fijo. El citado aparato se componía de un taburete pequeño de roble de treinta centímetros de altura, formado de una traviesa de veinte a veinticinco centímetros de espesor, trece o catorce centímetros de ancho y treinta y seis centímetros de largo, fijo sobre una mesa sólida, para darle toda la estabilidad necesaria y servir de apoyo la mano del operador. Al extremo de un hilo de seda, cáñamo, lino, algodón o similar, de 21 a 22 centímetros de largo, sujetaba un anillo, una bola pequeña o un cilindro de metal (oro, plata, cobre o plomo). Fijaba ese hilo en medio de la parte horizontal del taburete con una pelota de cera, que le adhería a la madera en esta posición el péndulo, en presencia de cualquier sustancia, hacía espontáneamente, por el contacto de la mano con el hilo, movimientos rotatorios o de oscilación. Cuando se le presentaba otro objeto capaz de producir movimiento distinto, no era necesario detener el primer movimiento que, continuando los dedos

aplicados sobre el hilo, se modificaba insensiblemente para pasar a aquel (a veces totalmente contrario) movimiento que debía ser producido por el nuevo objeto.

Al final, Briche reconoció que el péndulo, al simple contacto con un dedo y sin impulso ninguno realizado por la mano, realizó todas las oscilaciones que le impuso la voluntad del operador ¹⁰⁵. Idénticos experimentos se hicieron en 1851 en Brighton, Inglaterra, por el Sr, Rutter ¹⁰⁶.

En una conferencia que se dio en el Instituto Literario y Científico de Brighton, sobre Fisiología humana, Rutter presentó al público, para apoyar sus demostraciones, un aparato de su invención llamado magnetoscopio.

Ese instrumento era una mesita de caoba barnizada, compuesta de una columna, un soporte y un disco. El disco se sujetaba por un eje que se introducía en el interior del soporte y estaba sujeto por un tornillo. El aparato se mantenía estable sobre una mesa perfectamente horizontal, colocado en una sala donde no hubiese vibraciones del suelo. Un asta de cobre atraviesa una bola del mismo metal y se encaja en una cavidad practicada en el centro de la columna. El asta va haciéndose más delgada hacia su extremo, hundido en forma de pinza, que se puede abrir o cerrar a voluntad por medio de un anillo corredizo ¹⁰⁷.

En lugar de plomo, el magnetoscopio estaba provisto de un pedazo de lacre en forma de peonza, sujeto a las puntas de la pinza por medio de un hilo de seda extremadamente fino.

Sobre el disco se colocaba una tela de vidrio, de 4,5 pulgadas de diámetro, quedando el centro de su base inmediatamente por debajo y distante de la peonza una pulgada. En la base en que se asentaba esta tela, estaba colocado un diagrama de la rosa de los vientos.

El péndulo, para ser protegido contra las corrientes atmosféricas de la sala y de la respiración de los asistentes y del operador, quedaba encerrado en una tela de vidrio de 12 pulgadas de altura.

Las condiciones para utilizar el instrumento eran las siguientes: colocarse al lado del aparato, tomar entre el pulgar y el índice de la mano derecha la bola de cobre que hay en la columna, sin apretar mucho los dedos, doblar contra la palma de la mano los dedos que no se utilicen y fijar los ojos en el péndulo. Como se ve, Rutter quería evitar las obje-

¹⁰⁵ J. de Briche, *Le pendule ou indication et examen d'un phénomène physiologique dépendant de la volonté*, 1838 (nota del autor).

¹⁰⁶ J. O. N. Rutter, *Recherches sur les courants et les propriétés magnétoïdes des corps*, 1851 (nota del autor).

¹⁰⁷ En la edición francesa de la obra de Reichenbach, sobre los efluvios ódicos, se encuentra el diseño de este aparato, así como de los otros aquí citados (nota del autor).

nes y pretendía, aislando así el péndulo, demostrar experimentalmente la existencia de corrientes o irradiaciones magnéticas emanando no sólo del organismo humano, sino de todos los cuerpos de la naturaleza.

A pesar de las precauciones que había tomado en la construcción de su aparato, su teoría y procesos experimentales fueron violentamente atacados. Numerosas polémicas, que se pueden encontrar en el periódico científico de la época, el "*Homaepatic Times*", reproducían más o menos las mismas objeciones que ya habían sido hechas por Chevreul, apoyándose en la imperfección de ciertos detalles de la construcción. Entonces el Dr. Léger, médico francés residente en Londres y partidario de las teorías de Rutter, intentó invalidar esas objeciones construyendo un nuevo aparato para apartar cualquier sospecha de impulso muscular voluntario o inconsciente.

Colocó el péndulo en una campana de vidrio, sobre la que había una armadura de cobre terminada en una bola. Después, inspirándose en una de las experiencias en que Rutter probaba que las sustancias animales muertas como los huesos, el marfil y la aleta, no tienen la menor influencia activa sobre el péndulo. Hizo partir de la bola de cobre dos astas de la misma longitud colocadas en direcciones opuestas, una de cobre como la armadura, y otra de hueso, marfil o hueso de cerdo, cada una sustentando un hilo de seda de la misma extensión y una peonza de lacre con la misma forma e igual peso.

De esta forma, el instrumento se componía de tres péndulos: uno *central*, colocado bajo la campana y directamente accionado, el otro en el extremo del asta de cobre y que, indirectamente accionado tomaba el nombre de *repetidor* (pues recibía la misma acción que el péndulo central) y finalmente el tercero en la punta del asta de materia orgánica que, en virtud de las propiedades especiales de esa sustancia, no transmitía la corriente y, conservándose en la inercia más completa, tomaba el nombre de *testigo*.

Era evidente, que en un aparato así construido, el menor impulso mecánico o la más leve acción muscular, consciente o inconsciente, debía, si se produjese, afectar a los tres péndulos, a todos, por la propia naturaleza de su suspensión, que era idéntico y de una movilidad extrema, debían simultáneamente responder a la misma acción mecánica y es fácil comprender que la inmovilidad absoluta del péndulo testigo durante el trabajo de los otros dos (central y repetidor), debían ser la señal comprobante de la realidad del fenómeno, es decir del paso de la corriente emitida a partir de una fuente cualquiera que sensibiliza el aparato de demostración.

Tal era en conjunto el aparato con el que el Dr. Léger repitió los experimentos de Rutter y pudo, variándolas hasta el infinito, demostrar no sólo que cada cuerpo de la naturaleza, mineral, vegetal o animal, está dotado de propiedades de irradiación especiales, sino que también la voluntad del hombre es una fuerza efectiva, susceptible de influenciar, por la irradiación, a la materia inerte

De los experimentos publicados por el Dr. Léger, en Londres, resulta que, por la influencia de una voluntad firme y continua, y sin ayuda de ninguna fuerza mecánica (pues basta un simple contacto del dedo con la armadura), el péndulo entra en movimiento en la dirección exigida sobre todas las líneas del diagrama, es decir, describe a voluntad rotaciones normales o inversas y oscila en rumbos: N-S. E-O. N-E. y S.O, etc.

De ese hecho, sin embargo, no se debe concluir que la voluntad sea siempre la única causa de los movimientos del péndulo y por tanto, que el instrumento no puede dar una indicación distinta de la que el operador desea. Todas las sustancias con las que el operador se relaciona, tocándolas con la mano izquierda, cambian de un modo especial los movimientos de rotación u oscilación del péndulo, y esto no es una ilusión, porque no es necesario que el operador sepa con antelación en qué sustancia va a realizar el experimento, para que el fenómeno se produzca. La sustancia del experimento puede incluso ser guardada en una caja de cartón o en un tubo de vidrio.

Ese proceso, sin conocer previamente el nombre de la sustancia es, por consiguiente, el resultado que debe dar, y la mayor garantía de la veracidad de la operación, y al mismo tiempo ofrece una seguridad perfecta de la neutralidad del operador. Lo que conviene saber es que el operador puede sustituir la acción de su voluntad por la que resulta de la irradiación especial de su cuerpo, o dejar el campo libre a la manifestación de esa irradiación, reduciendo su potencia volitiva personal a un estado de neutralidad pasiva. Son, dice el Dr. Léger, variaciones muy delicadas a las que no todos los experimentadores conceden la importancia que tienen, y es a la ignorancia de esa condición indispensable al manejar un aparato tan delicado a la que es debida la verdadera causa de las irregularidades o variaciones descritas en los informes de los experimentos, variaciones que incluso pueden hacer dudar de la autenticidad del fenómeno.

Así, a pesar de los numerosos experimentos realizados por el Dr. Léger con un aparato cuya precisión en la construcción dejaba poco margen a ninguna objeción, la idea progresó muy poco. Sin embargo no fue abandonada y eso es la mejor prueba de su valor, ni por un instante dejó de ser objeto de estudios perseverantes y curiosos. El químico Louis Lucas fue quien, en 1834, se esforzó primeramente por fijar las relaciones que unen los seres vivos a las fuerzas libres del ambiente. Se sirvió, alternativamente, de agujas no imantadas de hierro batido y de un galvanómetro especial al que llamó biómetro o balanza vital ¹⁰⁸. Sus conclusiones son las mismas que las de los experimentadores del péndulo y pueden resumirse así:

- 1) Cada cuerpo está dotado con un poder de irradiación especial.

¹⁰⁸ Louis Lucas, *La médecine nouvelle basée sur des principes de physique et de chimie transcendentes*, París, 1862 (nota del autor).

2) Esa irradiación es traducida fielmente por la aguja del biómetro, no sólo cuando está en contacto, sino también a distancia.

3) La influencia de la voluntad en el fenómeno de transmisión es considerable.

4) Los seres vivos se diferencian entre sí por el grado de intensidad de la influencia que cada uno de ellos ejerce sobre el instrumento.

5) La acción de los cuerpos muertos es nula.

6) Los vegetales y los minerales, como los cuerpos orgánicos vivos, poseen irradiaciones, aunque menores.

7) Esas influencias de las irradiaciones son polarizadas.

8) El carácter de ese movimiento de irradiación es el ser continuo y en relación constante con el foco de acceso lo que permite establecer una jerarquía progresiva en la emisión de radiaciones de todos los cuerpos de la naturaleza, mineral, vegetal y animal.

En 1885, el Dr. Durant constató ¹⁰⁹ en todos los cuerpos la existencia de una fuerza que, según la naturaleza de estos cuerpos es susceptible de determinar a distancia los efectos especiales sobre la economía viva, a pesar de la interposición de materias densas y compactas, efectos cuyo carácter e intensidad pueden ser exactamente determinados por medio de procesos mecánicos. Las propiedades de esa fuerza que irradia varían en razón de su cualidad o de la disposición molecular.

Utilizando el aparato del Dr. Léger, que vio en Londres, se detallan los resultados obtenidos por el Dr. Durand:

1. Existe un principio nuevo de la física que se desprende del conjunto de resultados particulares obtenidos en Francia, Austria ¹¹⁰ e Inglaterra y por hombres cuyos estudios tienden para este fin sin que haya combinación previa entre ellos.

2. La influencia ejercida por una sustancia sobre el péndulo es siempre la misma en naturaleza y amplitud e independiente de la cantidad de la sustancia. De esta forma, el experimento muestra que simples glóbulos homeopáticos, de dinamizaciones elevadas (a 30°, por ejemplo), producen sobre el péndulo un efecto idéntico al de la misma sustancia, en masa, que esos glóbulos representan.

3. En las experiencias poco importa para el resultado final, que la sustancia esté al aire en la mano, o colocada, en una caja de cartón o en un tubo de vidrio herméticamente cerrado, lo que indica que cierto aislamiento entre el experimentador y la sustancia no disminuye sensiblemente el efecto obtenido por el contacto directo.

¹⁰⁹ Philips, *Electro-dynamisme vital ou les relations physiologiques de l'esprit et de la matière*, Paris, 1885 (nota del autor).

¹¹⁰ Reichenbach acababa de publicar sus experimentos (nota del autor).

Veinte años después, el conde de Puyfontaine demostró, por medio de un aparato de extrema sensibilidad, la posibilidad para la mayor parte de los seres humanos, de producir movimientos a distancia, bajo influencia de la voluntad.

He aquí como la Enciclopedia Popular de Pierre Conil, publicada en París en 1880, relata los experimentos del Dr. de Puyfontaine, bajo el título “*Magnetismo*”:

Hay en el acto magnético, emisión de un fluido dotado de cualidades especiales en virtud del medio que lo origina, y presentando en su esencia eterna una analogía pronunciada con los fluidos eléctricos y electromagnéticos. El hombre, cuya voluntad pone en juego el mecanismo de esa acción se asemeja a una pila y, de la misma forma que ella, produce corriente partiendo de él para volver a él mismo después de atravesar conductores especiales y seres animados.

Esta verdad física fue demostrada, desde 1876 por experimentos efectuados en presencia de varias personas, no dejando duda sobre la exactitud de un hecho hasta entonces impugnado.

El conde de Puyfontaine hizo construir al Dr. Rhumkorf un galvanómetro de hilo de plata, cuya sensibilidad era la mayor posible. Ese hilo tenía una extensión de 80 kilómetros. El aparato, puesto en comunicación con una débil fuente eléctrica, proporciona todas las indicaciones conocidas, cuando se introduce en el circuito un regulador, un interruptor y un conmutador. Se suprime después la fuente eléctrica, al igual que los instrumentos accesorios, tomando los electrodos con las manos. El reposo, las dislocaciones de la aguja para la derecha o la izquierda, o su estacionamiento en un grado determinado, revelan la ausencia o el paso del fluido humano, su refuerzo o debilitamiento, a voluntad de la persona que sustituye la fuente eléctrica.

Igualmente se pueden colocar los electrodos en recipientes aislados o aislantes, conteniendo agua pura, y obtener las mismas indicaciones, operando con los dedos sumergidos en el agua delante de los electrodos.

De estos experimentos se desprende que el hombre posee en sí una fuente fluídica, las corrientes que obtiene de ahí, pueden ser proyectadas fuera de él, y es en su voluntad donde se encuentra el excitador, el conmutador, el regulador y el interruptor de esa facultad, que se vincula a la propia vida y cuyo principio reside en causas de origen superior.

En 1881, el Dr. Baréty, de Niza, presentó a la Sociedad de Biología una memoria con el título “*Des propriétés physiques d'une force particulière du corps human, force neurique rayonnante, connue vulgairement sous le nom de magnétisme animal*”. Más tarde, en 1889, publicó una voluminosa obra sobre el magnetismo animal ¹¹¹, en la que intentó poner

¹¹¹ Baréty, *Le Magnétisme animal étudié sous le nom de force neurique rayonnante et circulante dans ses propriétés physiques, physiologiques et thérapeutiques*, Paris, 1887 (nota del autor).

de acuerdo a los mesmeristas con los braidistas, presentando la fuerza nerviosa como una fuerza esencialmente física análoga a las ya conocidas, calor, luz y electricidad. En la revisión del magnetismo que tiene lugar hace tantos años, permanecemos, dice él, en el período analítico, pero quizás no estemos muy lejos del día en que todos los fenómenos, agrupados en el mismo eje por un gran trabajo de síntesis, aparecerán a los ojos del público con su brillante e indestructible sencillez.

El Dr. Baréty cita, aprobándoles, los experimentos realizados por un colega suyo, el Dr. Plamat, para dar una prueba visible de la acción de irradiación de la fuerza nerviosa sobre los objetos inanimados.

El aparato del Dr. Plamat consiste en una aguja de acero extremadamente fina, de tres o cuatro centímetros de largo, en la que está enrollado un hilo de latón muy fino, cuyos extremos se prolongan cinco centímetros más allá de la aguja y terminan en dos pequeñas asas, estando unido por la mitad a una tira de papel engomado de uno a dos centímetros de anchura, cuya parte libre, en ángulo agudo está provista de un hilo de seda para suspender el aparato a un globo de vidrio, cubriendo un semicírculo graduado de ambos lados hasta 90°, con la línea media en el cero.

Así, al abrigo de toda corriente de aire y de la acción instantánea calórica, la aguja libre conduce (aunque no imantada), con extrema lentitud, todo el equipaje para el meridiano magnético del lugar, sufriendo francamente la acción coercitiva del globo. Ofrece la ventaja de desempeñar el papel de amortiguador en relación a las acciones espontáneas o provocadas a las que pueda ser sometida.

Esas acciones, consideradas como corrientes electromagnéticas de los cuerpos, no se ejercen sensiblemente a través del vidrio de la campana, sino para los animales, mientras que tratándose de metales, maderas, cristales, etc., sólo se obtendrá efecto presentándolos directamente a las pequeñas asas de la aguja. Esas influencias se traducen por la atracción o repulsión. Presentando uno o varios dedos por fuera del globo delante de un asa de aguja, y siguiendo muy lentamente el contorno de la protección de vidrio, se puede conseguir que la aguja describa un ángulo de 90°. La producción de esa fuerza no es exclusiva del sistema nervioso, pues también se observa en los minerales, y el aparato del Dr. Plamat parece adecuado para medir el grado de tensión de su emisión de irradiaciones.

El Dr. Baraduc también intentó establecer un modo de medición exacta de esta emisión, para lo que se sirvió del magnómetro del abad Fortín, cuya construcción complicada no ofrece quizás al experimentador la misma certeza sobre la verdadera causa del fenómeno, pero permite constatar la acción de las corrientes.

De esta manera, el Dr. Baraduc llegó a la conclusión de que el cuerpo humano está influenciado por el medio que le rodea, y ejerce sobre los

cuerpos próximos a él una acción proporcional al grado de su propia energía ¹¹².

Ese cuerpo tiende constantemente a situarse en relación armónica con el estado vibratorio ambiental, de ahí las influencias recíprocas que existen de un modo permanente entre el organismo y todos los cuerpos de la naturaleza, y la posibilidad, mediante un aparato lo suficientemente sensible, de constatar las variaciones de esas emisiones de irradiación.

Es en este punto donde el aparato del abad Fortin constituye, según el Dr. Baraduc, un proceso de biometría susceptible de dar una medida suficiente de la tensión de una persona sana o enferma. Constató que la fórmula biométrica obtenida de esta forma estaba relacionada con la energía de la pulsación arterial y de la fuerza muscular dada por el dinamómetro.

El Sr. Thore de Dax publicó, en 1887, en el boletín de la Sociedad Científica de Borda, los experimentos que realizó por medio de un nuevo aparato, sobre la emisión de irradiaciones de una nueva fuerza.

Ese aparato se compone de un cilindro de marfil de 24 milímetros de largo por 5 de diámetro, suspendido por una simple hilo de seda, de tal manera que su eje permanece bien fijo en la prolongación del hilo de suspensión, que se fija por el otro extremo en un soporte que tiene una junta que permite subir o bajar el cilindro sin imprimirle movimientos bruscos, en una palabra, es un pequeño péndulo que se coloca al aire libre, en el centro de una mesa bien fija puesta en medio de un compartimento cuyas aberturas se encuentran todas cerradas para evitar en lo posible los movimientos de la atmósfera. Una vez conseguida la estabilidad del cilindro suspendido, si se le aproxima otro cilindro de marfil dispuesto verticalmente, se verá producirse en el primer cilindro un movimiento acelerado de rotación, que parece no tener más límite que el esfuerzo contrario desarrollado por la torsión del hilo.

Esa rotación se efectúa siempre en el mismo sentido que las agujas del reloj cuando el segundo cilindro está colocado a la izquierda del primero en relación al observador de frente al aparato, y en sentido contrario cuando el segundo cilindro está colocado a la derecha.

La naturaleza y cantidad de las sustancias de los dos cilindros no tiene efecto sobre la producción del movimiento, el sentido de rotación está íntimamente ligado a la posición del observador en relación al aparato, lo que parece indicar que el origen de esa fuerza está en el propio observador. El autor concluye que es inútil buscar la causa de esos singulares movimientos en las fuerzas físicas conocidas, pues debe ser una propiedad inherente al organismo humano y quizás una propiedad general de la materia viva.

¹¹² Baraduc, *La Force vitale, notre corps vs La fluídique, su formule biometrique*, París, 1893 (nota del autor).

Hace algunos años tuve ocasión de conocer en Turenne a un venerable sacerdote, el abad Guinebault, cuya sensibilidad nerviosa era tal que tuvo que renunciar al servicio parroquial. Las tempestades le afectaban de un modo terrible ¹¹³. Gozaba del don de encontrar las corrientes de agua con una varilla de punta de hierro, indicando exactamente su profundidad. Además de eso, podía indicar con los ojos vendados la dirección del polo magnético ¹¹⁴. Habiéndole dicho un capitán de navío que los chinos se servían del péndulo para descubrir las fuentes, él hizo experimentos que dieron el siguiente resultado:

- a) Movimiento del péndulo bajo la acción de los cursos de agua subterráneos.

Si yo mantengo en mi mano derecha un anillo de hierro, cobre u oro, suspendido por un hilo de cáñamo o de lino, y vuelvo mi cara en el sentido de una corriente de agua subterránea, es decir, mirando para la parte menguante de la misma, mi péndulo se pone a oscilar en línea recta en el sentido de la corriente, y las oscilaciones no tardan en alcanzar de 76 a 80 centímetros de amplitud siempre que la longitud del hilo lo permita. Más tarde, en tres o cuatro minutos, el péndulo comienza a describir elipses alargadas y luego círculos concéntricos, acabando por oscilar en un plano perpendicular a la corriente. Pero ese movimiento no es definitivo, porque el péndulo vuelve a ir después al movimiento elíptico y al circular, para volver al movimiento plano en el sentido de la corriente, y así indefinidamente, sin variar nunca.

Dos jóvenes profesores del pequeño seminario de Tours, incrédulos al principio, acabaron por experimentar esos efectos.

¡Cosa extraña! Cada vez que levanto el pie derecho, dejando sólo el izquierdo en contacto con el suelo, no se produce ningún tipo de movimiento, sea cual sea el tiempo del experimento. Si tuviese un guante de seda en la mano derecha o simplemente un pañuelo de seda en la parte derecha del cuello, el movimiento se detiene de repente.

Si tuviese el péndulo en la mano izquierda, nunca se dará el fenómeno. Si, en lugar de colocarme al principio en el sentido de la corriente, volviese la cara para el lado opuesto, es decir, mirando para el imán, el péndulo se pone luego en movimiento pero, en lugar de balancearse en el sentido de la corriente, oscila al principio perpendicularmente y pasa del mismo modo que el caso precedente, por movimientos elípticos y circulares, para oscilar en el sentido de la corriente, y así seguidamente.

¹¹³ En febrero de 1893, fui sorprendido por la gran perturbación que invirtió los polos de los instrumentos magnéticos del mundo entero y de la que sólo tuve conocimiento por su propio estado (nota del autor).

¹¹⁴ Poseía esa facultad en mi infancia, cuando fijaba la atención en mis sensaciones. Sólo me quedaba tranquilo cuando me volvía hacia el norte (nota del autor).

Obsérvese que el movimiento del péndulo, admitiendo que sea determinado por la presencia del curso de agua, es dirigido por la posición del cuerpo.

b) Movimiento del péndulo por influencia del magnetismo terrestre.

Cuando, teniendo en la mano el péndulo, vuelvo mi cara hacia el lado norte, el péndulo se mueve en el plano del meridiano magnético, dirigiéndose primero al norte, y después de algunas oscilaciones en ese plano, se inclina un poco hacia la izquierda, describe sucesivamente elipses y círculos y acaba por moverse en plano perpendicular al meridiano magnético. Si, en lugar de volver la cara hacia el norte, lo hiciese hacia el sur, el péndulo, en lugar de oscilar al principio en el plano del meridiano, entra luego en movimiento en el plano perpendicular. La acción de la corriente magnética es mucho más débil que la de las corrientes de agua.

c) Acción de la voluntad

Cuando el péndulo está bien lanzado en la dirección del meridiano magnético, por ejemplo, si yo, por una voluntad íntima muy fuerte, le ordeno que se detenga, lo hace casi instantáneamente y se mantiene inmóvil mientras se mantiene mi voluntad prohibitiva. Todavía más, si una persona extraña toma mi mano y quiere mentalmente que el péndulo se dirija en un sentido que no me hace saber, el péndulo se detiene y toma poco a poco la dirección mentalmente indicada.

Debo resaltar que, bajo la acción de ciertas influencias, probablemente atmosféricas, pierdo a veces toda la influencia sobre el péndulo y permanezco muchos días sin poder ponerlo en movimiento por el proceso usual empleado, a pesar de una voluntad enérgica y de la persistencia del ensayo.

Finalizaré este estudio con la exposición, todavía inédita, de las investigaciones del Sr. A. Bué que, como Reichenbach, estudió el tema con una perseverancia y un método enteramente excepcionales.

Considerando las objeciones realizadas contra los primeros procesos de experimentación, que dejaban, en efecto, un amplio campo a la crítica, el Sr. Bué se dedicó a rodear a sus experimentos de todas las garantías suficientes, variando para eso en lo posible, sus medios de comprobación. Estudió al mismo tiempo en los cuerpos vivos organizados y en los cuerpos inorgánicos, no sólo el modo de transmisión de esa fuerza misteriosa tan diversamente apreciada, sino también sus transformaciones y su influencia.

A finales de mayo de 1886, el Sr. Bué presentó al Sr. Chevreul el resultado de sus investigaciones sobre las propiedades magnéticas de los cuerpos y sobre la influencia de irradiación de las corrientes nerviosas. El Sr. Chevreul transmitió, en el mes de agosto de ese año, esa comunicación a la Academia de Ciencias.

La objeción realizada contra la sensibilización del péndulo por la corriente emanante de la red nerviosa del operador, fue más o menos la misma que la que había sido formulada, cincuenta años antes, en la "*Revue*

de Deux-Mondes” (Revista de Dos Mundos). Los músculos, decían, siendo los órganos auxiliares de la voluntad, obedecen las órdenes de ésta con una precisión y prontitud tales que los movimientos que resultan son muchas veces espontáneos y voluntarios.

La atención y la anticipación tienen una influencia tan poderosa sobre todo el sistema nervioso que ciertos fenómenos subjetivos se presentan muchas veces de manera que simulan los efectos producidos por causas exteriores u objetivas. De esta forma, el oído atento percibe sonidos en el silencio más profundo, el mirar fijo y preciso, que espía febrilmente, ve objetos imaginarios, la atención, fijada sobre una parte determinada del cuerpo, produce sensaciones particulares. Es decir, un movimiento anticipado puede perfectamente, por la misma razón, ser inconscientemente preparado por los músculos encargados de la producción de ese movimiento.

No había desde ahí más que un paso para obtener la conclusión de que el movimiento impreso al péndulo conservado entre los dos dedos del experimentador era sólo el resultado de un impulso muscular inconsciente, generado por la concentración de atención anticipada del operador, y es sobre este punto donde se apoya la crítica para negar la existencia de corrientes emanando de los cuerpo e irradiando alrededor de ellos, en la producción del fenómeno.

El Sr. Bué que, por una larga práctica en el estudio del magnetismo humano, había comprobado en muchas ocasiones el intercambio de esas corrientes ¹¹⁵, no sólo entre dos organismos en contacto, sino también entre organismos colocados a distancias más o menos considerables uno de otro, tenía bastantes motivos para creer en la generalización del fenómeno.

Resolvió, por tanto asentar su convicción en experiencias realizadas en condiciones rigurosas, y fue con esta intención que reconstituyó en 1886, por medio de documentos recogidos en la Biblioteca Real de Londres, el aparato del Dr. Léger, cuyas disposiciones especiales presentan, a causa del péndulo “testimonio”, garantías suficientes para que no se pueda hacer intervenir en la crítica la anticipación o la tendencia al movimiento.

Con ese aparato renovó todos los experimentos de sus antecesores, imaginaron otros y, para dar al fenómeno una consagración más firme, confrontó las experiencias del péndulo con las que habían sido simultáneamente emprendidas con individuos sensitivos por los Sres. Dècle y Chazarain, que entonces estudiaban las leyes de la polaridad. La concordancia de los resultados obtenidos de esas dos formas es extremadamente curiosa.

¹¹⁵ Léase la obra del Sr. A. de Bué: “*Magnetismo curativo*” (nota del autor).

Los Sres. Dècle y Chazarain habían experimentado sucesivamente en sus sensitivos la influencia de las corrientes polarizadas del organismo humano, de los imanes, de la electricidad, de los colores y las sustancias vegetales, en fin, de todos los productos químicos, sales, bases ácidas, álcalis, metales y metaloides. El Sr. Bué, sin tener indicación ninguna de los efectos obtenidos por esos caballeros, comprobó a su vez cada experimento con su aparato.

Para comprender los puntos de comparación por medio de los cuales se puede admitir la identidad de los fenómenos, es preciso saber que el péndulo realiza seis movimientos absolutamente distintos, cuyo trazo se indica en el diagrama situado en la base del aparato ¹¹⁶.

1º. Por un círculo dando dos rotaciones circulares opuestas: a) Rotación normal, movimiento circular de derecha a izquierda en el sentido del movimiento de las agujas del reloj. b) Rotación inversa, movimiento circular de izquierda a derecha en sentido inverso del movimiento de las agujas.

2º) Por otras dos líneas cortándose en ángulo recto, en oposición normal. c) Movimiento de oscilación N-S. d) Movimiento de oscilación E-O.

3º) Por otras dos líneas cortándose igualmente en ángulo recto, en oposición normal. e) Movimiento de oscilación N-E. S-O. f) Movimiento de oscilación N-O. S-E.

Los operadores admitían como resultado de una polaridad positiva (+) los siguientes movimientos ¹¹⁷: Rotación normal (R.N.), oscilaciones N-S y N-E-S.O. Por este hecho, los otros tres movimientos del péndulo: Rotación inversa (R.L) y oscilaciones E.O y N.O-S.E se volvían necesariamente negativos (-) pues son opuestos a los primeros.

Polaridad humana

Mano derecha (R.N), (+)

Mano izquierda (R.L), (-)

Lado del pulgar en las dos manos (R.I), (-)

Lado del dedo meñique en las dos manos (R.N), (+)

¹¹⁶ En la página XXXVIII de la obra de Reichenbach, *Les Effluves Odiques*, se encuentra dibujado ese aparato (nota del traductor portugués).

¹¹⁷ La polaridad positiva se refleja con este signo (+) y la negativa con este otro: (-) (nota del autor).

Polaridad del imán ¹¹⁸

- Planta, lado de la raíz o tierra: (R.L) (-).
- Planta, lado de la flor o de la hoja: (R.N), (+).
- Fruto, lado del pie (R.L) (-)
- Fruto, lado de la corona: (R.N)
- Porciones horizontales de un asta, de una legumbre o fruto.
- Parte posterior (lado de tierra): (R.L), (-).
- Parte anterior (lado de arriba): (R.N), (+).
- (Las flores, reducidas a polvo, dan indistintamente. Las raíces, reducidas a polvo, dan indistintamente), (-) ¹¹⁹.

Polaridad de las sustancias químicas y de los minerales

- a) Oro, cobre, azufre, magnesio, antimonio, arsénico, y mercurio dan: (R.N).
- Plata y bismuto: (R.L), (-).
- Hierro y manganeso: Oscilación N.S. (+).
- Acero y platino: oscilación E.O, (-).
- b) Los ácidos dan (+), los alcalinos y los carbonatos dan (-).
- c) Cuanto más compuesta esté una sustancia de elementos diversos, menos veloz y claramente determina el movimiento del péndulo. Los carbonatos tardan más en sensibilizar el péndulo que sus metales y dan menores amplitudes ¹²⁰.

¹¹⁸ El Sr. Bué, creyendo obtener efectos más pronunciados sobre el péndulo, empleando un imán más poderoso del que habitualmente se servía, vio con espanto que, en vez del resultado esperado, la transmisión de corriente perturbaba la sensibilidad del aparato, hasta el punto de impedir la continuidad de los experimentos. El péndulo, inmovilizado sin duda por una influencia muy persistente, había perdido de repente esa sensibilidad natural que, hasta entonces, había permitido traducir las más delicadas impresiones. No recuperó esa sensibilidad hasta el día siguiente, después de que el aparato hubiese reposado (nota del autor).

¹¹⁹ Si se mezcla en cantidades iguales el polvo de la flor y el de la raíz de una misma planta, se obtiene sobre el péndulo el movimiento que produciría el tinte madre obtenido de la planta entera, como si la reconstitución del individuo vegetal hubiese sido realizada por esa mezcla. El movimiento cesa entonces de ser polarizado, para convertirse en específico de la sustancia (nota del autor).

¹²⁰ Debemos señalar aquí una pequeña divergencia entre los experimentos con sensitivos de los Sres. Dècle y Chazarain y las que se hicieron sobre el péndulo por el Sr. Bué: mientras los primeras determinan positiva la polaridad de la plata, el aluminio, el plomo, el cobalto y el platino, y negativa la del azufre, los que se hicieron con el péndulo establecen lo contrario. ¿De donde proviene tal divergencia? Es difícil de explicar. Esa es la única diferencia que existe entre las constataciones realizadas por todos los experimentadores. Los experimentos

Influencia de la forma

El Sr. Bué constató que la forma de los cuerpos ejerce sobre el modo de manifestación del fenómeno una influencia preponderante, y que su longitud modifica la naturaleza de la corriente, ya que sustituye el movimiento específico dado por la sustancia el movimiento polarizado del imán, de esta forma, si tomamos el polvo de una sustancia cualquiera, mineral o vegetal, y lo encerramos en un cartucho largo de 12 a 15 centímetros, ese cartucho, en lugar de sensibilizar el péndulo por la influencia de la irradiación de su contenido, se comporta en relación al aparato como una barra de imán, es decir, da R.N (+) en uno de los extremos, y R.I (-) en el otro, cualquiera que sea su composición, acusando claramente de esta manera la doble polaridad del imán. Una regla, un cigarro puro, una vela, un lápiz, una ganzúa, un tubo de vidrio, es decir, todos los cuerpos cilíndricos o alargados actúan del mismo modo. Por esto el Sr. Bué, apoyándose en otros experimentos similares, llegó a la conclusión de que la forma de los cuerpos y su disposición cilíndrica influyen poderosamente sobre las corrientes y obtuvo deducciones nuevas aplicables a la fisiología del sistema nervioso y a las corrientes en el organismo humano ¹²¹.

Influencia de la masa

Según el Sr. Bué, los efectos obtenidos con el péndulo no están, como se podría creer y como habían afirmado muchos experimentadores, en razón directa de la masa de los cuerpos. Como los Sres., Durand de Gros y Léger, el Sr. Bué, experimentando sobre dinamizaciones homeopáticas, comprobó que los preparados vegetales o minerales de la trigésima, habían acusado en el péndulo un movimiento de la misma naturaleza y tan claramente pronunciado como el proporcionado por la propia sustancia. Esto induce a creer que las corrientes no están en potencia proporcional a la masa de los cuerpos ¹²² y, demostrando que la millonésima de grado de una sustancia puede producir el mismo efecto que un gramo de la misma especie, se reconoce implícitamente en las dinamizaciones medicinales una virtud que les fue negada y que todavía hoy está más o menos replicada.

realizados por los Sres. Durand de Gros y Léger dan la razón al Sr. Bué, caracterizando la polaridad de esas sustancias en el sentido que él dice (nota del autor).

¹²¹ Vease en la citada obra de Bué: "*Magnetismo curativo*", la parte que trata de Biología e Higiene.

¹²² Por esa misma razón, en la nota de nuestro prefacio, solo decimos que las acciones se producen en razón inversa del cuadrado de las distancias (nota del autor).

Influencia de la voluntad

Las más curiosas constataciones que el Sr. Bué obtuvo de sus experimentos son, sin duda, las que realizó acerca de la influencia de la voluntad en la manifestación del fenómeno.

Al principio, dice el Sr. Bué, nada parece más fácil que utilizar el aparato, hacer mover el péndulo, poniendo un dedo sobre el disco de la armadura es una cosa tan simple en sí que todo el mundo está dispuesto a creer que el instrumento en sus manos producirá rápidamente el resultado esperado. Sin embargo, eso es un profundo error porque quizás no exista otro instrumento más difícil de manejar y que reclame más cuidado.

El principal inconveniente, propio de todos los principiantes, proviene de querer realizar los experimentos más diversos y complicados, sin preocuparse de las condiciones numerosas y delicadas que se deben observar para producir el fenómeno con exactitud. Algunos, negándose a escuchar cualquier explicación, son mal realizados y naturalmente se apresuran a decir que no deben dar crédito a los descubrimientos anunciados. Deberían pensar que, incluso las personas que tienen una gran veteranía en los experimentos científicos, no siempre triunfan en la primera prueba, sino que llegan a su objetivo después de múltiples pruebas e intentos, y después de adquirir una gran práctica. ¿No sería irrazonable esperar un éxito total?

¿Existe un instrumento, un utensilio cualquiera, que se pueda utilizar sin antes haber comprendido su manejo? ¿Por qué no admitir que debe existir un aprendizaje al tratarse de un instrumento tan delicado?

Además de las condiciones materiales y ambientales en que es indispensable colocarnos para experimentar convenientemente con el péndulo, el punto esencial es saber disponer mentalmente de nuestra voluntad, para irradiarla sobre el instrumento y comunicarle ciertas propiedades que sólo adquiere con el tiempo. Un péndulo es tanto más sensible cuanto mayor tiempo de servicio tiene. En eso concuerdan todos los experimentadores.

Ese estado particular de la fuerza nerviosa, cuya influencia es tan notable sobre el instrumento, es lo que se obtiene con mayor dificultad, no pudiendo comprenderlo aquellos que no tienen ningún hábito de magnetizar. Sin embargo, es ese estado el que proporciona al aparato sus cualidades especiales de conductibilidad, condición esencial de la experiencia. No debemos inferir de esto que la voluntad sea la única causa de los movimientos del péndulo, y que el instrumento no pueda dar otra indicación que no sea la voluntad del operador.

El experimento con sustancias guardadas en cajas de cartón y tubos de vidrio, sin conocer previamente cuales son y qué movimiento deben producir, basta para demostrar la neutralidad de la voluntad en esa circunstancia. Esa es la mejor prueba de la sinceridad de la operación, pues el operador no puede intervenir de modo efectivo en la producción del fenómeno, y es también el mejor modo de tener la seguridad de que el instrumento está siendo bien utilizado.

Pero, si en esa categoría de experiencias, se exige por la propia naturaleza de la operación el estado de neutralidad nerviosa que reduce a cero el poder volitivo del experimentador y deja campo libre a la acción de irradiación de la sustancia, no es menos verdad que el experimentador vuelve a tomar, cuando le place, el libre ejercicio de su voluntad.

Entonces, puede a capricho invertir todas las polaridades obtenidas. Basta para ello salir de neutralidad y formular mentalmente con energía la expresión de su voluntad, el péndulo entonces, en lugar de obedecer a las irradiaciones especiales de la sustancia, sólo responde al pensamiento mentalmente expresado por el operador.

El Sr. Bué descubrió esa influencia sutil de la voluntad por una circunstancia fortuita. Experimentaba con productos químicos guardados en cajas de cartón, con el nombre de la sustancia escrito en el interior de la tapa. En cierta ocasión creyó haber cogido una caja con carbonato de bismuto, cuyo movimiento negativo le era conocido (oscilación N.O-S.E) y, efectivamente, obtuvo esa oscilación, pero al examinar con más detalle, constató con gran sorpresa que se había equivocado, pues había experimentado con el ácido oxálico, que da precisamente la oscilación positiva (N.E-S.O). La predisposición mental en que se encontraba durante la operación, bastó para determinar la acción del péndulo en el sentido de su pensamiento.

Una serie de experimentos en las mismas condiciones le demostró que la influencia preponderante de toda predisposición mental, sustituyendo la actividad volitiva del cerebro con respecto a la influencia de la irradiación del objetivo, viene infaliblemente a cambiar la naturaleza del resultado.

Es probable entonces, que las divergencias notadas por los resultados obtenidos por el mayor número de aquellos que habían manejado el péndulo (divergencias cuyo efecto lamentable es comprometer la unidad del fenómeno), no sean debidas a otras causas, y por eso el mejor medio de no sufrir incluso involuntariamente, esas predisposiciones mentales que vienen a perturbar más o menos el fenómeno, es experimentar, sin conocer previamente la naturaleza de la sustancia, o por lo menos el modo por el que debe influenciar al péndulo.

La influencia de la voluntad mal ejercida puede, pues, ser perturbadora, y presenta un inconveniente grave contra el que se debe estar siempre alerta. Pero esa constatación nos lleva a un punto interesante: no sólo el organismo humano posee la faculta de unipolizar sus polaridades de detalle y actuar directamente en ciertas condiciones de estado y gradación sobre la materia inerte, sino también que esa acción se opera por el impulso de la irradiación de la voluntad, que absorbe entonces todas las polarizaciones inferiores a la suya.